

JURGEN

LA BOHE

LA BOHE

LA BOHE

PQ2367
M94
B58
1907
V.2



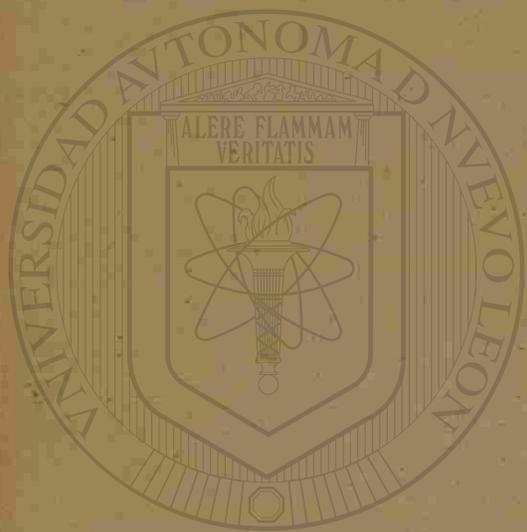
1020026688



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. N
Núm. Autor M 976 b
Núm. Adg. 30584
Procedencia -f-
Precio _____
Fecha _____
Clasificac. 629
Catálogo _____

LA BOHÈME

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30584

BIBLIOTECA AMBOS MUNDOS

Se han publicado las obras siguientes:

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).—2.^a edición.
El Crepúsculo, por Jorge Ohnet.—2.^a edición.
Indiana, por Jorge Sand.
Mimi Pinson, por Alfredo de Musset.
La Mujer de treinta años, por H. de Balzac.
Los Mineros de Polignies, por Elías Berthet.
Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira, por Julio Claretie.
El Capitán Richard, por A. Dumas (padre).
Roma bajo Nerón, por I. J. Kraszewski.—(3.^a edición).
Dosia, por Enrique Gréville.
Renata Mauperin, por E. y J. de Goncourt.
El Último Ateniense, por Victor Rydberg.
El Libro de los Snobs, por W. M. Thackeray.
Las Lágrimas de Juana, por A. Houssaye.
Margot, por A. de Musset.—(Agotada).
Una Entretenida, por A. Houssaye.
Cuentos al oído, por A. Silvestre.
La Modelo, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).
La Pecadora, por Arsenio Houssaye.

EN PREPARACIÓN

- El Cura de Longneval**, por F. Halévy.
Colomba, por Próspero Merimée.
Espíritu, por Teófilo Gautier.

LA BOHÈME

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA

POR

ENRIQUE MÜRGER

TRADUCCIÓN

DE

Francisco Casanovas

ILUSTRADA CON 17 MAGNÍFICAS LÁMINAS
Y VIÑETAS EN NEGRO

POR

GASPAR CAMPE

Tercera edición

TOMO II



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA 85607

"ALFONSO XIII"
1860. 1625 MONTERREY, N. L.

30584

BARCELONA

F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES

CALLE DE LA DIPUTACIÓN, 344

1907

843
M

Pa 2367

M 94

B 68

907

v. 2



INDICE

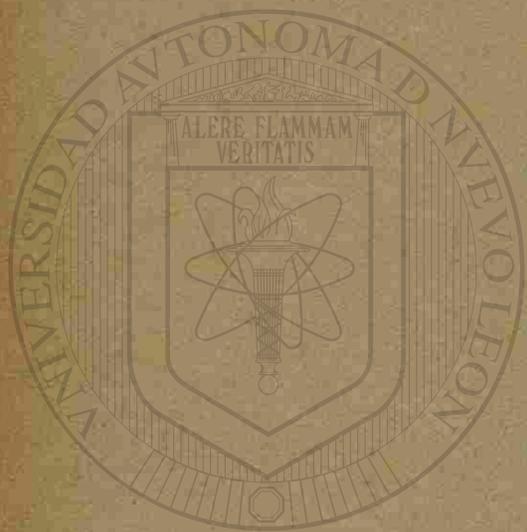
	<u>Págs.</u>
XIII.—El Hogar.	7
XIV.—La señorita Mimi.	19
XV.—Donec gratus.	42
XVI.—El paso del Mar Rojo.	54
XVII.—El tocador de las gracias.	66
XVIII.—El manguito de Paquita.	89
XIX.—Los caprichos de Musette.	119
XX.—Mimi posee plumas.	148
XXI.—Romeo y Julieta.	170
XXII.—Epílogo de los amores de Rodolfo y Mimi.	182
XXIII.—La juventud no vuelve.	220

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ESCENAS DE VIDA BOHEMIA

XIII

EL HOGAR

Lo que vamos a relatar ocurrió algún tiempo después de haberse reunido el poeta Rodolfo y la señorita Mimi; hacía unos ocho días que todo el cenáculo bohemio estaba con inquietud por la desaparición de Rodolfo, que se había eclipsado súbitamente. Le habían buscado por todos los sitios que solía frecuentar, y en todas partes habían contestado lo mismo:

—No le hemos visto desde hace ocho días.



Gustavo Colline, sobre todo, estaba poseído de grande inquietud, por el motivo siguiente. Algunos días antes había confiado á Rodolfo un artículo de alta filosofía que éste debía insertar en la sección de *Variedades* del periódico *El Castor*, revista de la sombrerería elegante, de la que era redactor en jefe. El artículo filosófico ¿había aparecido ya ante los ojos de la Europa admirada? Tal era el problema que preocupaba al desdichado Colline; y se comprenderá su ansiedad, cuando se sepa que el filósofo no había gozado aún de los honores de la imprenta, y que ardía en deseos de averiguar qué efecto produciría su prosa impresa en carácter de once puntos. Para satisfacer su amor propio, había gastado ya seis francos en sesiones de lectura en todos los salones literarios de París, sin encontrar en ellos *El Castor*. No pudiendo resistir más, Colline se juró no tomarse un minuto de descanso antes de haber puesto la mano sobre el desagradecido redactor de aquel periódico.

Merced á algunas casualidades que serían largas de explicar, el filósofo logró mantener su palabra. Dos días después, sabía perfectamente el domicilio de Rodolfo, y se presentaba en su casa á las seis de la madrugada.

Rodolfo vivía entonces en una casa amueblada de una desierta calle situada en el arrabal San Germán, donde había alquilado un cuarto en el quinto piso porque no había sexto. Cuando Colline llegó á la puerta, no halló la llave en la cerradura. Llamó durante diez minutos sin recibir respuesta del interior; el alboroto matutino llamó la atención del portero, que subió á rogar á Colline que cesara.



—Ya ve usted que ese caballero duerme—dijo.

—Por esto mismo quiero despertarle—respondió Colline llamando otra vez.

—Entonces, es que no quiere contestar—repuso el portero dejando al pie de la puerta de Rodolfo un par de botas de charol y un par de botinas de mujer, que acababa de limpiar.

—Espere usted—dijo Colline examinando los calzados masculino y femenino—¡botas de charol completamente nuevas! Habré equivocado la puerta, no es aquí donde vengo.

—Tendrá usted razón—asintió el portero—¿a quién busca usted?

—¡Botinas de mujer!—prosiguió Colline hablando consigo mismo y recordando las costumbres austeras de su amigo;—sí, decididamente me he equivocado. Esta no es la habitación de Rodolfo.

—Dispense usted, caballero, es aquí.

—Entonces ¿será usted el que me engaña, buen hombre?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que seguramente se equivoca usted. ¿Qué quiere decir esto?

—Son las botas del señor Rodolfo; ¿qué hay en esto de extraño?

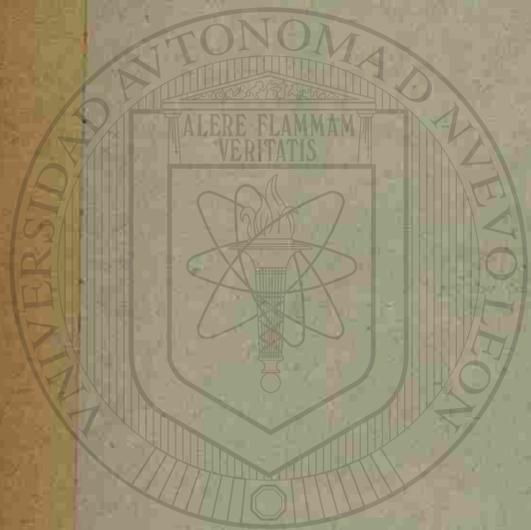
—¿Y éstas?—insistió Colline mostrando las botinas—¿son también del señor Rodolfo?

—Son de su señora—dijo el portero.

—¡De su señora!—exclamó Colline estupefacto.

—¡Ah, el libertino! He aquí porque no quiere abrir.

—¡Diantre!—dijo el portero,—el joven es bien libre de sus acciones. Si quiere usted dejarme su nombre, se lo participaré al señor Rodolfo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No dijo Colline;—ahora que sé donde encontrarle, ya volveré.—Y se marchó inmediatamente á comunicar la gran noticia á sus amigos.

Las botas de charol de Rodolfo fueron consideradas, por lo general, de fábula debida á la riqueza de imaginación de Colline, y fué declarado por unanimidad que la tal amante era una paradoja.

Aquella paradoja, sin embargo, era una verdad; pues aquella misma noche Marcelo recibió una carta colectiva para todos los amigos. Dicha carta estaba concebida así:

«Los cónyuges Rodolfo, literatos, les ruegan se sirvan honrarles yendo á comer á su casa mañana por la noche, á las cinco en punto.

Nota.—Habrá cubiertos.»

—Señores,—dijo Marcelo comunicando la carta á sus camaradas,—la noticia se confirma: Rodolfo tiene realmente una amante; además, nos invita á comer,—presiguió Marcelo—y en una postdata promete que habrá vajilla. No os oculto que este párrafo me parece una exageración lírica; no obstante, ya lo veremos.

Al día siguiente, á la hora señalada, Marcelo, Gustavo Colline y Alejandro Schaunard, hambrientos como el último día de cuaresma, se dirigieron á casa de Rodolfo, á quien encontraron jugando con un gato colorado, mientras que una mujer joven iba disponiendo la mesa.

—Señores—dijo Rodolfo estrechando la mano de sus amigos y designando á la mujer joven—permitid que os presente á la dueña de esta casa.

—¿Eres tú la casa?—dijo Colline, que tenía la lepra de ese género de juego de palabras.

—Mimi—respondió Rodolfo,—te presento á mis mejores amigos; y ahora ve á preparar la sopa.

—¡Oh, señora!—dijo Alejandro Schaunard acercándose presurosamente á Mimi, es usted fresca como una rosa silvestre.

Después de convencerse de que había realmente cubiertos en la mesa, Schaunard se informó de lo que había para comer. Y llevó su curiosidad hasta el extremo de levantar las tapaderas de las cazuelas donde se estaba guisando la comida. La presencia de una langosta le produjo honda impresión.

En cuanto á Colline, había llevado aparte á Rodolfo para pedirle noticias de su artículo filosófico.

—Querido amigo, está en la imprenta. *El Castor* saldrá á la luz el próximo jueves.

Renunciamos á describir la alegría del filósofo.

—Señores—dijo Rodolfo á sus amigos,—os pido que perdonéis si he permanecido tanto tiempo sin daros noticias mías; pero es que estaba en la luna de miel.—Y explicó la historia de su unión con aquella encantadora criatura que le había llevado en dote sus diez y ocho años y seis meses, dos tazas de porcelana y un gato rojo, que se llamaba Mimi como ella.

—Vamos, señores—dijo Rodolfo,—vamos á celebrar la fiesta de mi hogar. Os prevengo, no obstante, que vamos á tener una comida de artesanos; las trufas serán reemplazadas por la más franca cordialidad.

En efecto, aquella simpática diosa no cesó ni por un momento de reinar entre los comensales, que hallaban, sin embargo, que aquella comida, llamada frugal, no carecía de buenas disposicio-

nes. Rodolfo se había excedido, efectivamente. Colline hacía notar que se cambiaban los cubiertos, y declaró en alta voz que la señorita Mimi era digna de la banda azul con que se condecora á las emperatrices del fogón, frase que era completamente *sanscrita* para la joyen, y que Rodolfo tradujo diciéndole: «que sería una excelente cordón azul.» (1)

La entrada en escena de la langosta produjo universal admiración. So pretexto de que había estudiado historia natural, Schaunard pidió que se la dejaran partir; y se aprovechó de esta circunstancia para romper un cuchillo y para adjudicarse la mejor parte, lo que excitó la indignación general. Pero Schaunard no conocía el amor propio, en materia de langosta sobre todo; y viendo que aun quedaba una porción, tuvo la audacia de separarla, diciendo que le serviría de modelo para un cuadro de naturaleza muerta que estaba pintando.

La indulgente amistad cerró los ojos ante esta mentira, hija de una inmoderada glotonería.

En cuanto á Colline, reservaba todas sus simpatías para los postres, y se obstinó cruelmente en no querer cambiar su parte de pastel al ron por una compota de naranjas de Versalles que le proponía Schaunard.

Desde aquel momento, la conversación se fué animando. A las tres botellas con lacre encarnado sucedieron tres botellas con lacre verde, en medio de las cuales bien pronto se vió aparecer un frasco que por su cuello rematado en un casco de plata,

(1) Con el título de *cordón bleu* se designa en Francia á las cocineras.

se reconoció que formaba parte del regimiento de Champañeses Reales, un champaña de fantasía cosechado en las viñas de Saint-Ouen, y vendido en París á dos francos la botella, por tener que liquidar las existencias, según aseguraba el comerciante.

Pero la verdad es que el país no hace el vino, y nuestros bohemios aceptaron como Aí (1) auténtico el licor que les sirvieron en copas *ad hoc*; y á pesar de la poca presteza con que saltó el tapón de su cárcel, se deshicieron en lenguas sobre la buena calidad del líquido viendo la cantidad de espuma que levantaba. Schaunard empleó la serenidad que le quedaba en equivocarse de copa tomando la de Colline, quien mojaba gravemente su bizcocho en el tarro de la mostaza, mientras explicaba á la señorita Mimi el artículo filosófico que debía salir en *El Castor*; luego, palideció súbitamente y pidió permiso para ir á la ventana á contemplar el sol poniente, si bien eran ya las diez de la noche y el sol hacía rato que dormía.

—Es lástima que el champaña no sea helado—dijo Schaunard tratando de substituir su copa vacía con la copa llena de su vecino, tentativa que no tuvo ningún éxito.

—Señora—decía á Mimi Colline, que había dejado de tomar el aire,—el champaña se refresca con hielo, el hielo se forma con la condensación del agua, *aqua* en latin. El agua se hiela á dos grados, y hay cuatro estaciones, el estío, el otoño y el invierno; éste fué causa de la retirada de Rusia; Rodolfo, dame un hemistiquio de champaña.

(1) Aí, territorio de la Champaña.

—¿Pero, qué es lo que dice tu amigo?— preguntó á Rodolfo Mimi, que no comprendía una palabra.

—Es una palabra poética— respondió éste;— Colline quiere decir *media copa*.

De pronto Colline golpeó bruscamente en el hombro á Rodolfo, y le dijo con acento dificultoso, como si las sílabas se le pegaran á la boca:

—¿Mañana es jueves, no es cierto?

—No— respondió Rodolfo, —mañana es domingo.

—No, jueves.

—No, te repito; mañana es domingo.

—¡ Ah! domingo— exclamó Colline meneando la cabeza, —yo insisto en que mañana es jueves.

Y se durmió amoldando su cara en el queso á la crema que estaba en su plato.

—¿Qué quiere decir con su jueves?— preguntó Marcelo.

—¡ Ah! ahora recuerdo— dijo Rodolfo que empezaba á comprender la insistencia del filósofo, atormentado por su idea fija;— se trata de su artículo para *El Castor*... Mirad, ahora lo sueña en voz alta.

—¡ Bueno!— dijo Schaunard, —no tendrá café ¿verdad, señora?

—A propósito— dijo Rodolfo, —puedes servirnos el café, Mimi.

Iba á levantarse ésta, cuando Colline, que se había serenado algo, la detuvo por la cintura y le dijo confidencialmente al oído:

—Señora, el café es originario de Arabia, donde fué descubierto por una cabra. Su uso fué traído á Europa. Voltaire tomaba sesenta y dos tazas al

día. A mí me gusta sin azúcar, pero lo tomo muy caliente.

—¡ Jesús, qué sabio es este señor!— pensaba Mimi trayendo el café y las pipas.

Mientras tanto el tiempo iba transcurriendo; habían dado las doce de la noche hacía largo rato, y Rodolfo trató de dar á entender á sus convidados que era ya hora de retirarse. Marcelo, que había conservado toda su serenidad, se levantó para marcharse.

Pero Schaunard se apercibió de que aun quedaba aguardiente en una botella, y declaró que no llegaría la media noche mientras quedara una gota en el frasco. En cuanto á Colline, se había puesto á horcajadas en su silla y murmuraba en voz baja:

—Lunes, martes, miércoles, jueves...

—¡ Demontre!— decía Rodolfo apurado— no es posible que se queden aquí esta noche; en otro tiempo, conformes; pero ahora es otra cosa— añadió mirando á Mimi, cuyos ojos, dulcemente iluminados, parecían desear la soledad de los dos.

—¿Cómo lo haremos? Aconséjame tú, Marcelo. Inventar un pretexto para alejarles.

—No, yo no inventaré— dijo Marcelo— pero imitaré. Me acuerdo de una comedia en la que un camarero inteligente halla la manera de echar fuera de la casa de su amo á tres villanos borrachos como Sileno.

—Ya me acuerdo— dijo Rodolfo, —es en el *Kean*. Tienes razón, la situación es la misma.

—Pues bien— dijo Marcelo— vamos á ver si el teatro es la verdad. Espera un momento, empezaremos por Schaunard. ¡ Eh! ; Schaunard!— gritó el pintor.

—¡Hum! ¿qué hay?—respondió éste que parecía nadar en el piélagó azul de una dulce embriaguez.

—Hay, que no hay nada para beber aquí, y que todos tenemos sed.

—¡Ah, sí!—dijo Schaunard—¡cabe tan poco en estas botellas tan pequeñas!

—Pues bien—prosiguió Marcelo;—Rodolfo ha decidido que pasemos la noche aquí; pero hay que ir á buscar alguna cosa antes de que se cierren las tiendas...

—Mi droguero vive en la esquina de esta calle—dijo Rodolfo.—Schaunard, tú deberías ir. Toma dos botellas de ron de mi parte.

—¡Oh sí, sí! ¡oh sí, sí!—dijo Schaunard equivocándose de paletó y tomando el de Colline, quien dibujaba arabescos en el mantel con el cuchillo.

—¡Y va uno!—dijo Marcelo cuando Schaunard hubo salido.—Pasemos ahora á Colline; éste será más duro de roer. ¡Ah! una idea. ¡Eh! ¡eh! Colline,—exclamó meneando con violencia al filósofo.

—¿Qué?... ¿qué?... ¿qué?...

—Schaunard acaba de salir y ha tomado por error tu gabán avellana.

Colline miró á su alrededor y observó efectivamente, que en el sitio donde estaba su abrigo, había la casaquilla á cuadros de Schaunard. Una repentina idea átravesó su espíritu llenándose de inquietud. Colline, según su costumbre, había estado aquella mañana en el mercado de libros de lance, y había comprado por quince sueldos una gramática finlandesa y una novelita de M. Nisard, titulada: *El entierro de la Lechera*. A esas dos adquisiciones había que añadir siete ú ocho volú-

menes de alta filosofía, que llevaba siempre consigo, á fin de tener un arsenal donde buscar argumentos en caso de discusión filosófica. La idea de que esta biblioteca estaba en manos de Schaunard le produjo un sudor frío.

—¡Ah, pilló!—gritó Colline—¿por qué se ha llevado mi gabán?

—Por equivocación.

—Pero mis libros... Me los puede estropear.

—No tengas cuidado, no los leerá—dijo Rodolfo.

—Sí, pero le conozco bien; es capaz de encender su pipa con ellos.

—Si no estás tranquilo, aun puedes alcanzarle—dijo Rodolfo,—acaba de salir en este instante; le encontrarás en la puerta.

—¡Vaya si le encontraré!—respondió Colline poniéndose el sombrero, de alas tan anchas, que se podía servir en ellas un té para diez personas.

—Y van dos—dijo Marcelo á Rodolfo;—ya estás libre; yo me marcho y recomendaré al portero que no abra si llaman.

—Buenos noches, Marcelo, y gracias.

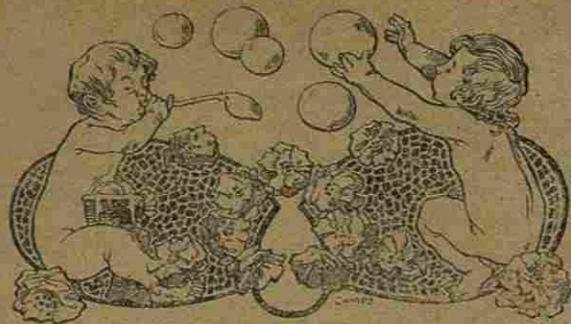
Cuando acababa de despedir á su amigo, Rodolfo oyó en la escalera un largo maullido, al que su gato rojo respondió con otro maullido, tratando de escapar sutilmente por la puerta entreabierta.

—¡Pobre Romeo!—dijo Rodolfo,—allí está su Julieta que le espera; vaya, vete —prosiguió abriendo la puerta á la enamorada bestia, que de un salto átravesó la escalera para ir á caer á los pies de su amada.

Una vez solo con su amante, que ante el espejo iba recogiendo su cabellera con actitud provoca-

tiva, Rodolfo se acercó á Mimi y la estrechó entre sus brazos. Luego, como un músico que antes de empezar á ejecutar su pieza, da una serie de acordes para asegurarse de la buena disposición de su instrumento, Rodolfo sentó sobre sus rodillas á la joven Mimi y aplicó á la nuca un largo y sonoro beso que imprimió una vibración instantánea en el cuerpo de la primaveral criatura.

El instrumento estaba templado.



XIV

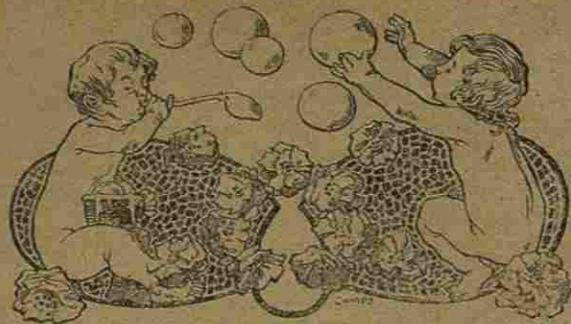
LA SEÑORITA MIMI

¡ Ah querido amigo Rodolfo! ¿ qué ha podido suceder para que hayas cambiado tan radicalmente? ¿ He de dar crédito á los rumores que corren, y esa desdicha ha podido abatir hasta este punto tu robusta filosofía? ¿ Cómo podría yo, el historiador vulgar de tu epopeya bohemia, tan llena de carcajadas, cómo podría relatar con voz bastante triste la lamentable aventura que cubre con un crespón tu constante alegría, y detiene de pronto el campanileo de tus paradojas?

¡ Oh Rodolfo, amigo mío! Comprendo muy bien que el mal es grande, pero con franqueza, la verdad es que no hay motivos suficientes para tirarse de cabeza al agua! Así, pues, te invito á echar una cruz al pasado lo más pronto posible. Huye sobre todo de la soledad poblada de fantasmas que eternizarán tus dolores. Huye del silencio, pues los ecos de tus recuerdos resonarían aún con sus alegrías y sus dolores pasados. Arroja valerosamente á los cuatro vientos del olvido el nombre que tanto

tiva, Rodolfo se acercó á Mimi y la estrechó entre sus brazos. Luego, como un músico que antes de empezar á ejecutar su pieza, da una serie de acordes para asegurarse de la buena disposición de su instrumento, Rodolfo sentó sobre sus rodillas á la joven Mimi y aplicó á la nuca un largo y sonoro beso que imprimió una vibración instantánea en el cuerpo de la primaveral criatura.

El instrumento estaba templado.



XIV

LA SEÑORITA MIMI

¡ Ah querido amigo Rodolfo! ¿ qué ha podido suceder para que hayas cambiado tan radicalmente? ¿ He de dar crédito á los rumores que corren, y esa desdicha ha podido abatir hasta este punto tu robusta filosofía? ¿ Cómo podría yo, el historiador vulgar de tu epopeya bohemia, tan llena de carcajadas, cómo podría relatar con voz bastante triste la lamentable aventura que cubre con un crespón tu constante alegría, y detiene de pronto el campanileo de tus paradojas?

¡ Oh Rodolfo, amigo mío! Comprendo muy bien que el mal es grande, pero con franqueza, la verdad es que no hay motivos suficientes para tirarse de cabeza al agua! Así, pues, te invito á echar una cruz al pasado lo más pronto posible. Huye sobre todo de la soledad poblada de fantasmas que eternizarán tus dolores. Huye del silencio, pues los ecos de tus recuerdos resonarían aún con sus alegrías y sus dolores pasados. Arroja valerosamente á los cuatro vientos del olvido el nombre que tanto

has amado, y arroja con él todo cuanto conserves todavía de aquélla que lo llevaba. Rizos de cabellos mordidos por los labios que enloquecía el desseo; frasco de Venecia donde duerme aún un resto de perfume, mucho más peligroso, si lo aspiras en este momento, que todos los venenos del mundo; al fuego las flores, las flores de gasa, de seda y de terciopelo; los blancos jazmines; las anémonas teñidas con la sangre de Adonis, los azules miosotis, y todos aquellos primorosos ramilletes que ella combinaba en los lejanos días de tu corta felicidad. Entonces yo también la amaba á tu Mimí y no veía peligro alguno en que la amaras. Empero, sigue mi consejo: al fuego las cintas, las bonitas cintas rosa, azules y amarillas que se ponía al cuello para lisonjear tu mirada; al fuego los encajes, las cofias, y los velos y todos aquellos elegantes trapillos con que se adornaba para dedicarse al amor matemático con César, Jerónimo, Carlos, ó cualquier otro galán del calendario, cuando tú la esperabas en la ventana, estremeciéndote de frío por los vientos y las escarchas del invierno; al fuego, Rodolfo, y sin piedad, todo cuanto le perteneció y podría hablarte aún de ella; al fuego las cartas de amor. Mira, aquí hay una precisamente, que te ha hecho llorar como una fuente; oh desdichado amigo mío!

«Como no vuelves, yo salgo para ir á ver á mi tía; me llevo el dinero que hay en casa, para tomar un coche.—Lucila.» Y aquella noche, oh Rodolfo, tú no has comido ¿te acuerdas? Y viniste á mi casa á entretenerme con tus chistosas bromas que atestiguaban la tranquilidad de tu espíritu. Porque tú creías que Lucila estaba en casa de su tía, y si yo te hubiera dicho que estaba en la de César,

ó con un cómico del Monteparnaso, me hubieras querido degollar sin duda. Al fuego también este otro billete que tiene toda la ternura lacónica del primero:

«Voy á encargar unas botitas, es necesario absolutamente que busques dinero para que pueda ir á recogerlas pasado mañana.» ¡ Ah! amigo mío, aquellas botitas bailaron muchas contradanzas en las que tú no eras la pareja. A las llamas todos aquellos recuerdos, y al viento las cenizas.

Mas, en primer lugar, oh Rodolfo, por amor á la humanidad y para gloria de *La gasa de Iris* y de *El Castor*, vuelve á tomar las riendas del buen gusto que abandonaste durante tu egoísta sufrimiento, sin lo cual pueden ocurrir cosas horribles de las que serías responsable. Volveríamos á las mangas de jamón y á los pantalones estrechos, y veríamos ponerse de moda ciertos sombreros que sacarían de quicio al universo y atracarían la cólera del cielo.

Y ahora, ha llegado el momento de relatar los amores de nuestro amigo Rodolfo con la señorita Lucila, por otro nombre Mimí. Tendría Rodolfo unos veinticuatro años cuando sintió el corazón súbitamente atacado por esa pasión, que ejerció grande influencia en su vida. En la época de su encuentro con Mimí, Rodolfo conducía aquella existencia accidentada y caprichosa que hemos tratado de describir en las escenas precedentes de esta serie. Era, seguramente, uno de los más risueños indigentes que haya tenido el país de la Bohemia. Y cuando durante el día había logrado comer mal y decir una buena frase, pisaba con más orgullo el adoquinado que con frecuencia había de servirle de cama, y llevaba con más orgu-

llo su traje negro, que pedía auxilio desde todas las costuras, que un emperador bajo el manto de púrpura. En el cenáculo donde vivía Rodolfo, por una de esas jactancias tan comunes á algunos jóvenes, afectábase tratar el amor como cosa de lujo, como á objeto de broma. Gustavo Colline, que mantenía relaciones desde hacia mucho tiempo con una chalequera á la que deformaba de cuerpo y de espíritu obligándola á copiar día y noche los manuseritos de sus obras filosóficas, pretendía que el amor es una especie de purga, buena para ser tomada al principio de cada nueva estación, para limpiarse de los humores. En medio de todos aquellos falsos escépticos, Rodolfo era el único que se atrevía á hablar con algún respeto del amor: y cuando se tenía la desgracia de dejarle tocar esta cuerda, lo menos duraba una hora el arrullo de las elegias sobre la dicha de ser amado, el azul del lago inmóvil, la canción de la brisa, el concierto de las estrellas, etc., etc. Esta manía le había granjeado el apodo de *la harmónica* por Schaudard. Marcelo había dicho á este propósito una frase muy bonita, en la que, haciendo alusión á las tiradas sentimentales y germánicas de Rodolfo, así como á su precoz calvicie, le llamaba *Miosotis el calvo*. La verdad verdadera era ésta: Rodolfo creía entonces seriamente que había dado fin á todo lo concerniente á la juventud y al amor. Cantaba con insolencia el *De profundis* á su corazón, que creía muerto, cuando sólo estaba inmóvil, pero dispuesto á despertar, más fácil á la dicha y más asequible que nunca á los amargos dolores que ya no esperaba y que eran ahora su desesperación. ¡Tú lo has querido, Rodolfo! y nosotros no te compadecemos, pues el mal que sufres,

es de los que más se envidian, sobre todo si se sabe que se pueden curar para siempre.

Rodolfo encontró, pues, á la joven Mimi, á quien conoció anteriormente, cuando era la amante de uno de sus amigos. Y la hizo suya. Al principio los amigos de Rodolfo levantaron grandes clamores al saber la noticia de su enlace; pero como la señorita Mimi era muy simpática, nada reservada, y soportaba sin dolores de cabeza el humo de las pipas y las conversaciones literarias, se acostumbraron á ella y la trataron como una camarada. Mimi era una encantadora mujer, cuya naturaleza convenía perfectamente á las simpatías plásticas y poéticas de Rodolfo. Tenía veintidós años; era pequeña, delicada, vivaracha. Su rostro parecía el esbozo de una cara aristocrática; pero sus facciones de extremada finura y como dulcemente iluminadas por el brillo de sus ojos azules y límpidos, tomaban, en ciertos momentos de enojo ó de mal humor, un carácter de brutalidad casi salvaje, en las que un fisiólogo hubiera reconocido tal vez indicios de un profundo egoismo ó de una grande insensibilidad. Pero por lo general era una linda cabeza de fresca y juvenil sonrisa, de miradas tiernas ó impregnadas de irresistible coquetería. Su sangre joven afluía rápida y ardorosa por sus venas, y coloreaba con sonrosadas tintas su tez transparente con blancuras de camelia. Aquella belleza enfermiza seducía á Rodolfo, y con frecuencia, por la noche, pasábase horas enteras en coronar de besos la frente pálida de su dormida amante, cuyos ojos húmedos y pesados brillaban entreabiertos entre las cortinas de sus magníficos cabellos negros. Pero lo que contribuyó sobre todo á que Rodolfo se enamorara locamente de Mimi,

fueron sus manos, que, á pesar de los quehaceres de la casa, sabía ella conservar más blancas que las manos de la diosa de la Ociosidad. No obstante, aquellas manos tan delicadas, tan pequeñitas, tan suaves al contacto de los labios, aquellas manos de niño entre las que Rodolfo había dejado su corazón reverdecido, aquellas manos blancas de la señorita Mimi debían bien pronto mutilar el corazón del poeta con sus uñas sonrosadas.

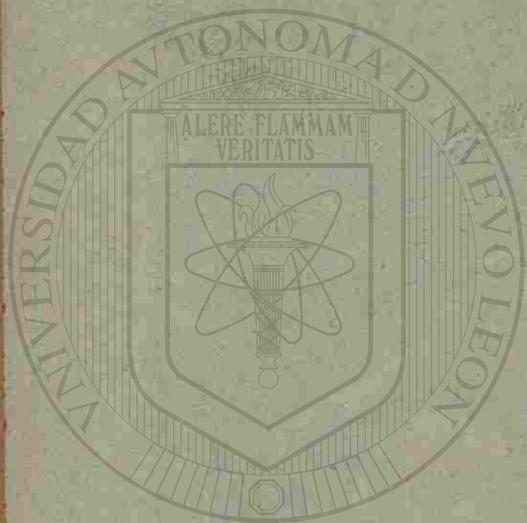
Al cabo de un mes, Rodolfo empezó á apercibirse de que se había unido á una tormenta, y que su amante tenía un gran defecto. Era aficionada á correr la vecindad, y pasaba mucha parte del tiempo en casa de las mujeres mantenidas del barrio, con quienes había trabado conocimiento.

Bien pronto sucedió lo que Rodolfo había temido cuando se apercibió de las relaciones contraidas por su amante. La variable opulencia de algunas de sus nuevas amigas, hizo nacer un bosque de ambiciones en la imaginación de la señorita Mimi, que hasta entonces había vivido modestamente contentándose con lo necesario, que Rodolfo le procuraba del mejor modo que sabía. Mimi empezó á desear las sedas, el terciopelo y los encajes. Y á pesar de las prohibiciones de Rodolfo, continuó frecuentando á las mujeres, de acuerdo todas en persuadirla que rompiera con el bohemio, quien ni siquiera podía darle ciento cincuenta francos para comprarse un corte de lana.

—Hermosa como usted—le decían sus consejeras,—encontrará con facilidad una posición mejor. No tiene más que buscar.

Y la señorita Mimi se puso á buscar. Testigo de sus frecuentes correrías, torpemente motivadas,





Rodolfo entró en el doloroso camino de las sospechas. Pero cuando descubría las huellas de alguna prueba de infidelidad, se ponía obstinadamente una venda en los ojos para no ver nada. A pesar de todo, adoraba a Mimi. Sentía por ella ese amor celoso, fantástico, reñidor y caprichoso, que la joven no comprendía, porque no la unía á Rodolfo más que el débil lazo que proviene de la costumbre. Y además, la mitad de su corazón se había gastado en la época de su primer amor, y la otra mitad estaba aún llena de recuerdos de su primer amante.

Ocho meses pasaron casi alternándose los días buenos y los malos. Durante este tiempo, Rodolfo estuvo veinte veces á punto de separarse de la señorita Mimi, que guardaba para él todas las groseras crueldades de la mujer que no ama. Hablando con propiedad, aquella existencia era un infierno para ambos. Pero Rodolfo se había acostumbrado á aquellas luchas cotidianas, y lo que más temía era que cesara aquel estado de cosas, porque presentía que con él acabarían para siempre aquellos entusiasmos juveniles y aquellas agitaciones, de que no había gozado en tanto tiempo. Y después, si hay que decirlo todo, había momentos en que la señorita Mimi sabía hacer olvidar á Rodolfo todas las sospechas que desgarraban su corazón. Había momentos en que ella hacía doblar las rodillas como un niño, bajo el encanto de sus ojos azules, á aquel poeta á quien hizo reanudar la perdida poesía, á aquel joven á quien había devuelto la juventud, y que, gracias á ella, había vuelto al ecuador del amor. Dos ó tres veces al mes, en medio de sus tempestuosas riñas, Rodolfo y Mimi se detenían de común acuerdo en el fresco

oasis de una noche de amor y de dulces coloquios. Entonces Rodolfo tomaba entre sus manos la cabeza sonriente y animada de su amiga, y durante horas enteras se abandonaba á ese admirable y absurdo lenguaje que la pasión improvisa en sus horas de delirio. Mimi escuchaba tranquila al principio, más bien sorprendida que emocionada, pero al fin la entusiasta elocuencia de Rodolfo, alternativamente tierna, alegre, melancólica, la vencía poco á poco. Sentía derretirse, al contacto de aquel amor, los hielos de indiferencia que paralizaban su corazón, un febril contagio empezaba á agitarla, y acababa por echar los brazos al cuello de Rodolfo, diciéndole con sus besos lo que no hubiera podido decirle con sus palabras. Y el alba les sorprendía así, abrazados uno á otro, los ojos en los ojos, las manos en las manos, mientras que sus húmedos y abrasadores labios murmuraban aún la frase inmortal:

Que hace cinco mil años se suspende:
Todas las noches en amantes labios.

Pero al día siguiente, el más fútil pretexto daba lugar á una rencilla y el amor asustado huía por mucho tiempo.

Sin embargo, al fin Rodolfo observó que, si no tomaba sus precauciones, las blancas manos de la señorita Mimi le encaminarian hacia un abismo en el que dejaría su porvenir y su juventud. Hubo un instante en que la austera razón habló dentro de sí más alto que el amor, y se persuadió con oportunos razonamientos apoyados en pruebas, de que su querida no le amaba. Llegó á decirse que las horas de ternura que ella le concedía no eran más que caprichos de los sentidos, semejantes á los

que las mujeres casadas sienten por sus maridos cuando desean un chal de Cachemira, un traje nuevo, ó cuando su amante está ausente, á lo que podría aplicarse el proverbio: «A falta de pan, buenas son tortas.» En una palabra, Rodolfo podía perdonarlo todo á su querida menos que no le amara. Tomó, pues, un partido supremo y participó á la señorita Mimi que se buscara otro amante. Mimi se echó á reír y soltó algunas bravatas. Finalmente, viendo que Rodolfo se afirmaba en su resolución y la recibía con mucha tranquilidad cuando volvía á su casa después de una noche y un día de estar fuera, empezó á inquietarse ante aquella firmeza, á la que no estaba acostumbrada. Entonces estuvo cariñosa durante dos ó tres días. Pero su amante no se retractaba de lo dicho y se contentaba con preguntarle si había encontrado á alguien.

—Ni lo he buscado siquiera—respondía ella.

Sin embargo, había buscado, aún antes que Rodolfo se lo aconsejara. En quince días lo intentó dos veces. Una de sus amigas la había ayudado y no tardó en facilitarle la relación de un jovencuelo novato que hizo brillar á los ojos de Mimi un horizonte de cachemiras de la India y de muebles de caoba. Pero, según la propia opinión de Mimi, aquel joven estudiantillo, que podía ser muy experto en álgebra, no era un gran pasante en amor; y como á Mimi no le gustaba el papel de institutriz, plantó á su novicio amante con sus cachemiras, que pastaban todavía en los prados del Tibet, y sus muebles de caoba, que brotaban aún en los bosques del nuevo mundo.

El estudiante no tardó en ser reemplazado por un noble bretón, de quien Mimi se había enamo-

rado rápidamente, y no hubiera tenido necesidad de insistir mucho para llegar á ser condesa.

A pesar de las protestas de su amante, Rodolfo sospechó alguna intriga: quiso saber con certeza dónde estaba, y una mañana, después de una noche en que la señorita Mimí no había vuelto á casa, corrió al sitio donde sospechaba debía estar, y allí pudo á su sabor hundirse en el corazón una de aquellas pruebas á las que no es posible dejar de dar crédito. Con los ojos orlados con una aureola de voluptuosidad, vió á la señorita Mimí salir del castillo en el que se había hecho ennoblecer, cogida del brazo de su nuevo dueño y señor, quien, á decir verdad, parecía menos orgulloso de su nueva conquista que lo estuviera París, el hermoso pastor griego, después del rapto de Elena.

Al ver á su amante, la señorita Mimí se quedó un momento sorprendida. Se acercó á él, y estuvieron hablando tranquilamente durante cinco minutos. En seguida se separaron cada uno por su lado. Su ruptura estaba resuelta.

Rodolfo volvió á su casa y pasó el día disponiendo en paquetes los objetos que pertenecían á su querida.

Durante el día que siguió al divorcio con su amante, Rodolfo recibió la visita de varios de sus amigos, y les participó todo cuanto había ocurrido. Todo el mundo le felicitó de aquel acontecimiento como de una gran fortuna.

—Nosotros te ayudaremos, oh poeta—le decía uno de los que habían sido á menudo testigos de las tristezas que la señorita Mimí hacía pasar á Rodolfo,—nosotros te ayudaremos á retirar tu corazón de manos de una mala criatura: Y antes

de poco estarás curado y pronto á recorrer con otra Mimí los verdes senderos de Aulnay y de Fontenay-aux-Roses.

Rodolfo juró que se habían acabado los duelos y las desesperaciones. Hasta se dejó arrastrar al baile de *Mabile*, donde su deteriorado traje representaba bastante mal á *La gasa de Iris* que le proporcionaba los billetes para aquel hermoso jardín de la elegancia y del placer. Allí, Rodolfo encontró á otros amigos con quienes estuvo bebiendo. Les contó su desgracia con un lujo inaudito de atrevidas imágenes, y durante una hora estuvo derrochando gracia é ingenio.

—¡Ay! ¡ay!—decía el pintor Marcelo al oír la lluvia de ironías que soltaban los labios de su amigo, — Rodolfo está muy alegre ¡demasiado alegre.

—¡Es simpático!—respondió una joven á quien Rodolfo acababa de ofrecer un ramo;—y aunque va tan mal vestido, me comprometería con gusto á bailar con él si me invitara.

Dos segundos después, Rodolfo, que había oído aquellas palabras, estaba á sus pies, envolviendo su invitación en un discurso aromatizado con todo el almizcle y todo el benjui de una galantería á 80 grados Richelieu. La dama se quedó confundida ante aquel lenguaje sembrado de adjetivos deslumbrantes y de frases acicaladas á lo regencia, hasta el punto de hacer ruborizar los tacones de las botas de Rodolfo, que nunca había estado tan almibarado. La invitación fué aceptada.

Rodolfo ignoraba los más ínfimos rudimentos de la danza cuanto la regla de tres. Pero le movía una audacia extraordinaria, y no vaciló en salir, improvisando un baile desconocido para todas las

pasadas coreografías. Era un paso que se llama el *paso de los lamentos y los suspiros*, y cuya originalidad obtuvo el éxito más inesperado. Los tres mil mecheros de gas en vano se esforzaban en sacar la lengua, como para burlarse de él; Rodolfo bailaba siempre, y tiraba sin cesar al rostro de su pareja puñados de requiebros completamente inéditos.

—¡Ay!—decía el pintor Marcelo,—esto es increíble, Rodolfo me produce el efecto de un hombre borracho que se arrastra por entre copas rotas.

—Mientras tanto, *ha hecho* una soberbia mujer—dijo otro viendo que Rodolfo escapaba con su bailarina.

—¿No nos dices adiós?—le gritó Marcelo.

Rodolfo se acercó al artista y le tendió la mano, aquella mano fría y húmeda como una piedra empapada.

La compañera de Rodolfo era una robusta muchacha de Normandía, rica y profusa naturaleza, cuya rusticidad nativa se había aristocratizado bien pronto entre las elegancias del mundo parisiense y una vida ociosa. Llamábase algo así como señora Serafina, y era en la actualidad la querida de un Reumatismo, par de Francia, que le daba cinco luises al mes, que ella compartía con un gentilhombre de mostrador que no le daba mas que golpes. Rodolfo le había gustado, y como ella no esperó que le diera nada, se lo llevó a su casa.

—Lucila—dijo á su camarera,—no estoy en casa para nadie.—Y después de pasar á su cuarto, volvió á los cinco minutos vestida con un traje especial, hallando á Rodolfo inmóvil y taciturno,

pues desde que entró en la casa, se había hundido, á pesar suyo, en las tinieblas llenas de silenciosos sollozos.

—¿No me mira usted ya, ya no me habla?—dijo sorprendida Serafina.

—Vamos—se dijo Rodolfo levantando la cabeza,—mirémosla, ¡pero únicamente como artista!

«¡Y qué espectáculo sus ojos vieron!», como dice Raul en los *Hugonotes*.

Serafina estaba admirablemente hermosa. Sus formas espléndidas, hábilmente avaloradas por el corte de su vestido, se acusaban llenas de seducciones bajo la semi transparencia de la gasa. Todas las imperiosas fiebres del deseo se despertaron en las venas de Rodolfo. Una cálida niebla anubló su cerebro. Miró á Serafina con otro amor que nada tenía que ver con la estética, y tomó entre sus manos las de la bella muchacha. Eran unas manos sublimes y que se hubieran dicho esculpidas por los más puros cinceles de la estatuaría griega. Rodolfo sintió que aquellas manos admirables temblaban entre las suyas: y cada vez menos crítico de arte, atrajo hacia sí á Serafina, cuyo rostro se coloreaba con aquellos arreboles que son la aurora de la voluptuosidad.

—Esta criatura es un verdadero instrumento de placer, un verdadero *stradivarius* del amor, y con el que tocaría de buena gana una pieza—pensó Rodolfo sintiendo el corazón de la hermosa palpar apresuradamente.

En aquel momento un brusco campanillazo resonó en la puerta del piso.

—¡Lucila! ¡Lucila!—gritó Serafina á la camarera,—no abra usted, diga que no he vuelto aún.

Al oír por dos veces el nombre de Lucila, Rodolfo se levantó.

—No quiero estorbar de ningún modo, señora— dijo. Además, es necesario que me retire, es tarde y vivo muy lejos. ¡Buenas noches!

—¡Cómo! ¿se marcha usted?— exclamó Serafina redoblando los rayos de sus pupilas.—¿Por qué, por qué se marcha usted? Yo soy libre, y usted puede quedarse.

—Imposible— respondió Rodolfo.—Yo espero esta noche á un pariente que llega de la tierra del Fuego, y me desheredaría si no me encontrara en casa para recibirle. ¡Buenas noches, señora!

Y salió apresuradamente. La criada le acompañó para hacer luz. Rodolfo levantó los ojos para mirarla. Era una joven delgada, de pausados movimientos; su rostro palidísimo era la antítesis de su cabellera negra naturalmente ondulada, y sus ojos azules parecían dos estrellas enfermas.

—¡Oh, fantasma!— gritó Rodolfo retrocediendo ante la que llevaba el nombre y la cara de su amante.—¡Atrás! ¿qué quieres de mí?— Y bajó la escalera á toda prisa.

—Pero, señorita— dijo la camarera al entrar en el cuarto de su ama— ¡este hombre está loco!

—Di mas bien que es un tonto— respondió Serafina exasperada.—¡Si ese imbécil de León tuviese por lo menos el talento de venir ahora!

León era el gentil hombre que demostraba su cariño á latigazos.

Rodolfo corrió á su casa con toda la rapidez de sus piernas. Mientras subía las escaleras encontró á su gato colorado que gemía lamentosamente. Hacía ya dos noches que llamaba en vano de este modo á su amante infiel, una Manon Lescaut de Angora, que se dedicaba á otras galantes campañas en los tejados de los alrededores.

—¡Pobre bestia!— dijo Rodolfo, — también te

han engañado á ti; tu Mimi te ha hecho la misma partida que á mí. ¡Basta! consolémonos. Ya lo ves, pobre animalito, el corazón de las mujeres es un abismo que los hombres y los gatos no podrán jamás sondear.

Cuando entró en su cuarto, aunque hacía un calor insoportable, Rodolfo creyó sentir que caía sobre sus hombros un manto de hielo. Era el frío de la soledad, de la terrible soledad, de la noche que nada podía turbar. Encendió la bujía y observó entonces el cuarto devastado. Los muebles abrían sus cajones vacíos, y del suelo al techo una inmensa tristeza llenaba aquella reducida habitación, que pareció á Rodolfo más grande que un desierto. Se puso á andar y sus pies tropezaron con los paquetes que contenían los objetos de la señorita Mimi, y experimentó un sentimiento de alegría al ver que no había vuelto aún para llevárselos, como le había dicho ella por la mañana. Rodolfo sintió, á pesar de todos sus combates, que se aproximaba la hora de la reacción, y adivinó perfectamente que una noche atroz le haría expiar toda la amarga alegría que había derrochado durante la velada. No obstante, esperaba que su cuerpo, roto por la fatiga, se dormiría antes de que se despertaran sus angustias, por tanto tiempo comprimidas en su corazón.

Cuando se aproximó á la cama y apartó las cortinas, al contemplar aquel lecho que no había sido descompuesto hacia dos días, ante las almohadas puestas una al lado de la otra, y bajo una de las cuales aun se ocultaba á medias el adorno de una gorra de mujer, Rodolfo sintió su corazón oprimido por las invencibles tenazas de aquel dolor sombrío que no puede estallar. Cayó al pie de la cama, se oprimió la frente con las manos, y des-

pués de pasear una mirada por aquella habitación desierta, exclamó:

—¡Oh querida Mimi, alegría de mi casa! ¿es cierto, pues, que te has marchado, y que no te veré más? ¡Dios mío! ¡Oh hermosa cabellera oscura que por tanto tiempo has descansado en este sitio! ¿no volverás ya más? ¡Oh caprichosa voz cuyas caricias me hacían delirar y cuyas cóleras me fascinaban! ¿no te oiré más? ¡Oh pequeñas manos blancas de venas azuladas, vosotras que fuisteis las novias de mis labios, oh pequeñas manos blancas! ¿habéis recibido acaso mi postrer beso?—Y Rodolfo hundía con embriaguez delirante su cabeza en las almohadas, impregnadas todavía de los perfumes de la cabellera de su amiga. Del fondo de aquella alcoba le parecía ver salir el fantasma de las noches felices que había pasado con su joven amante. Oía resonar clara y sonora, en medio del nocturno silencio, la risa franca de Mimi, y se acordó de aquella agradable y contagiosa alegría con la que tantas veces ella había sabido hacerle olvidar todas las dificultades y todas las miserias de su vida azarosa.

Durante toda aquella noche pasó revista á los ocho meses que se habían deslizado al lado de aquella mujercita que tal vez no le había amado nunca, pero cuyas cariñosas mentiras habían devuelto á Rodolfo su primitiva juventud y virilidad.

La pálida aurora le sorprendió en el momento en que, vencido por el cansancio, acababa de cerrar los ojos enrojecidos por las lágrimas vertidas durante la noche. Vigilia dolorosa y terrible, igual á la que los más burlones y los más escépticos de nosotros podrían hallar en el fondo de su pasado.

Por la mañana, cuando sus amigos fueron á verle, quedaron espantados al ver á Rodolfo, cuyo rostro estaba descompuesto por todas las angustias que le habían asaltado aquella noche en el huerto de los Olivos del amor.

—Bueno—dijo Marcelo,—ya me lo figuraba; su alegría de ayer le ha agriado el corazón. Esto no puede continuar así.

Y de acuerdo con dos ó tres camaradas, empezó una serie de indiscretas revelaciones sobre la señorita Mimi, de las que cada palabra se clavaba en el corazón de Rodolfo como una espina. Sus amigos le *probaron* que constantemente su amante le había engañado como un imbécil, en su casa y fuera de casa, y que aquella criatura pálida como el ángel de la tisis, era un cofrecito de malos sentimientos y de instintos feroces.

Y uno después de otro alternaron así en la tarea que se prefijaron, y cuyo objeto era conducir á Rodolfo á aquel punto en que el amor agriado se convierte en desprecio; pero aquel objeto no se obtuvo más que á medias. La desesperación del poeta se trocó en cólera. Se echó con ira sobre los paquetes que había preparado el día antes; y después de poner aparte todos los objetos que su amante poseía antes de unirse con él, guardó todo lo que le había regalado mientras duró su unión, esto es, la mayor parte, y sobre todos los objetos de tocador que la señorita Mimi prefería con todas las fibras de su coquetería, que se hizo insaciable en los últimos tiempos.

La señorita Mimi fué al día siguiente por la mañana para recoger sus efectos. Rodolfo estaba en casa, solo. Fué necesario que todas las potencias del amor propio le contuviesen para que no

echara los brazos al cuello de su amante. La acogió con un silencio lleno de injurias, y la señorita Mimi le contestó con esos insultos fríos y punzantes que hacen crispas los puños á los más débiles y á los más tímidos. Ante el desdén con que su amante le flagelaba con testarudez insolente, la cólera de Rodolfo estalló brutal y aterradora; por un instante, Mimi, pálida de terror, se preguntó si saldría viva de sus manos. A los gritos que dió, acudieron algunos vecinos y la sacaron del cuarto de Rodolfo.

Dos días después, una amiga de Mimi fué á preguntar á Rodolfo si quería entregar las cosas que se había guardado.

—No—respondió.—E hizo hablar á la mensajera de su amante.

La mujer le explicó que la joven Mimi se hallaba en situación muy apurada, y que se iba á ver en la calle.

—¿Y su amante, de quien está tan enamorada?

—Le diré á usted—dijo Amelia, la amiga en cuestión;—aquel hombre no tiene intención de tomarla por querida. Hace mucho tiempo tiene otra, y parece que se interesa muy poco por Mimi, á quien yo mantengo y me estorba mucho.

—Que se arregle—dijo Rodolfo,—ella lo ha querido; nada me importa ya.—Y echó algunos requiebros á la señorita Amelia, y la persuadió de que era la mujer más guapa del mundo.

Amelia explicó á Mimi su entrevista con Rodolfo.

—¿Qué le ha dicho? ¿Qué hace?—preguntó Mimi.—¿Le ha hablado á usted de mí?

—Ni una palabra: la ha olvidado ya, amiga mía. Rodolfo tiene otra amante, y le ha comprado

un espléndido vestido, pues ha recibido una buena cantidad de dinero, y él mismo va vestido como un príncipe. Es muy amable aquel joven, y me ha dicho cosas muy lisonjeras.

—Yo sabré lo que esto quiere decir—pensó Mimi.

Todos los días la señorita Amelia iba á ver á Rodolfo bajo cualquier pretexto; y por más que éste se proponía no hablarle de Mimi, no podía evitarlo.

—Está muy alegre—respondía la amiga,—y por su aspecto se ve que no la preocupa su situación. Por lo demás, asegura que volverá con usted cuando le plazca, sin avisar antes y únicamente para hacer rabiar á sus amigos.

—Está bien—dijo Rodolfo,—que venga y nos veremos.

Y volvió á cortejar á Amelia, que se marchó á contárselo todo á Mimi, asegurando que Rodolfo estaba perdido por ella.

—Me ha besado la mano y el cuello—proseguía;—ya ve usted, es todo fuego. Quiere llevarme al baile mañana.

—Amiga mía—dijo Mimi picada,—estoy observando que desea hacerme creer que Rodolfo está enamorado de usted, y que no piensa ya en mí. Pero pierde usted el tiempo, tanto con él, como conmigo.

La verdad es que si Rodolfo se mostraba amable con Amelia, era para que fuese con frecuencia, y tener ocasión de hablarla de su amante; pero con un maquiavelismo que tal vez no era sin objeto, y observando perfectamente que Rodolfo seguía amando á Mimi, y que ésta no estaba muy distante de volver con él, Amelia se esforzaba,

con relatos hábilmente inventados, en evitar todo cuanto pudiera aproximar á los dos amantes.

El día en que debían ir al baile, Amelia se presentó por la mañana á Rodolfo para preguntarle si mantenía sus propósitos.

—Sí—le respondió él,—no quiero perder la ocasión de ser el caballero de la mujer más hermosa de los modernos tiempos.

Amelia tomó el aire coquetón que tenía la noche de su único debut en un teatro de las afueras, en el infimo papel de criada, y le prometió que no faltaría por la noche.

—A propósito—dijo Rodolfo,—diga usted á la señorita Mimí que si quiere cometer una infidelidad á su amante en obsequio mío y quiere pasar una noche conmigo, le devolveré todos sus objetos.

Amelia dió el recado de Rodolfo, prestando á sus palabras un sentido muy diferente al que había sabido adivinar.

—Ese Rodolfo es un hombre indigno—dijo á Mimí,—su proposición es una infamia. Quiere colocar á usted en la pendiente de las más viles criaturas; y si va usted á su casa, no sólo no le devolverá sus objetos, sino que le hará el hazme reir de todos sus amigos: es una conspiración tramada contra usted.

—No iré—dijo Mimí;—y cuando vió que Amelia se acicalaba para salir, la preguntó si iba al baile.

—Sí—respondió aquélla.

—¿Con Rodolfo?

—Sí, debe venir á esperarme esta noche á veinte pasos de aquí.

—Le alabo el gusto—dijo Mimí;—y cuando fal-

taba poco para la hora de la cita, corrió presurosa á casa del amante de Amelia y le avisó de que ésta estaba maquinando una pequeña traición con el ex amante de ella.

El hombre, celoso como un tigre y brutal como un garrote, se fué á casa de Amelia y le anunció que pensaba pasar la noche con ella.

A las ocho Mimí corrió al sitio donde Rodolfo debía encontrarse con Amelia, y vió á su amante que se paseaba en actitud de esperar; dos veces pasó por su lado sin atreverse á abordarle. Rodolfo, aquella noche, estaba vestido con mucha elegancia, y las crisis violentas de que era presa hacia ocho días habían dejado en su fisonomía profundas huellas. Mimí se conmovió intensamente. Por fin, se decidió á hablarle. Rodolfo la acogió sin cólera, y le pidió noticias de su salud, después de las cuales se informó del motivo que la había conducido hasta él; todo esto con voz dulce en la que se traslucía un acento de tristeza que en vano trataba de ocultar.

—Vengo á darle una mala noticia: la señorita Amelia no puede ir al baile con usted, porque su amante está con ella.

—Entonces iré solo al baile.

Aquí, la señorita Mimí fingió que vacilaba y se apoyó en el hombro de Rodolfo. El le dió el brazo y le propuso volverla á su casa.

—No—dijo Mimí,—yo vivo con Amelia; y como ahora está con su amante, no puedo entrar hasta que se haya marchado.

—Oiga usted—le dijo entonces el poeta,—yo la he dirigido una proposición por conducto de la señorita Amelia; ¿se la ha transmitido?

—Sí—respondió Mimí,—pero en términos tan

extraños, aun después de lo sucedido entre nosotros, que no he podido prestarle fe. No, Rodolfo, yo no he podido creer que, á pesar de cuanto pueda usted echarme en cara, me crea tan envilecida para aceptar semejante contrato.

—No me ha comprendido usted, ó le han transmitido mal las cosas. Lo dicho, dicho está,—prosiguió Rodolfo;—son las nueve, tiene usted aún tres horas para meditar. La llave estará en la puerta hasta las doce. ¡Buenas noches, adiós, hasta la vista!

—Adiós, pues,—dijo Mimi con voz temblorosa. Y se separaron. Rodolfo volvió á su casa y se echó en la cama vestido. A las once y media la señorita Mimi entraba en el cuarto.

—Vengo á pedirle hospitalidad — dijo: — el amante de Amelia se ha quedado con ella y no he podido entrar.

Estuvieron hablando hasta las tres de la madrugada. Una conversación explicativa, en la que de vez en cuando el tú familiar sucedía al usted de la discusión oficial.

A las cuatro se apagó la bujía. Rodolfo quiso encender otra nueva.

—No — dijo Mimi, — no vale la pena; ya es hora de dormir.

Y cinco minutos después, su cabecita de negra cabellera había vuelto á ocupar su sitio en la almohada; y con voz impregnada de ternura incitaba á Rodolfo á que imprimiera sus labios en las manitas blancas surcadas por venas azules, cuya nacarada palidez luchaba con la blancura de la sábana. Rodolfo no encendió la bujía.

Al día siguiente, Rodolfo se levantó el primero; y enseñando á Mimi varios paquetes, le dijo con inmensa dulzura:

—Estos le pertenecen, puede usted llevárselos; mantengo mi palabra.

—¡ Oh! — dijo Mimi. — Estoy muy cansada, como ve usted, y no podría llevarme todos esos paquetes de una sola vez. Prefiero volver.

Y cuando estuvo vestida, tomó solamente un collar y un par de brazaletes.

—Me llevaré lo restante... poco á poco,—añadió sonriendo.

—¡ Ea! — exclamó Rodolfo. — O te lo llevas todo ó no te llevas nada; pero acabemos de una vez.

—Al contrario, volvamos á empezar, y sobre todo que dure,—dijo la joven Mimi abrazando á Rodolfo.

Después de almorzar juntos, se marcharon al campo. Al atravesar el Luxemburgo, Rodolfo encontró un gran poeta que le había recibido siempre con bondadosa simpatía. Por conveniencia, Rodolfo quiso hacer ver que no le vela. Pero el poeta no le dió tiempo; y al pasar por su lado, le hizo un signo amistoso y saludó á su compañera con una amable sonrisa.

—¿Quién es ese señor? — preguntó Mimi.

Rodolfo le dijo un nombre que la puso colorada de placer y de orgullo.

—¡ Oh! — dijo Rodolfo, — este encuentro con el poeta que ha cantado tan bien el amor, es de buen augurio y traerá fortuna á nuestra reconciliación.

—Te amo,—dijo Mimi estrechando la mano de su amigo, á pesar de hallarse entre la multitud.

—¡ Ay! — pensó Rodolfo. — ¿Qué vale más, dejarse engañar siempre por exceso de fe, ó no creer nunca por el temor de ser engañado siempre?

30584

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO J. MORALES"
Edo. 1625 MONTEREY, MEXICO



Hemos explicado ya de qué manera el pintor Marcelo conoció á la señorita Musette. Unidos una mañana por ministerio del capricho, que es el alcalde del décimotercio distrito (1), creyeron, como sucede con frecuencia, casarse bajo el régimen de la separación de *corazones*. Pero una noche después de una violenta disputa en la que resolvieron separarse en seguida, apercibiéronse de que sus manos, que se habían unido para despedirse, no querían soltarse. Casi sin advertirlo su capricho se había convertido en amor. Y así se lo confesaron mutuamente, riéndose á medias.

—Lo que nos sucede es muy serio,—dijo Marcelo.—¿Cómo diablos nos ha ocurrido?

—¡Oh!—repuso Musette.—Es que fuimos muy torpes, por no haber tomado las debidas precauciones.

(1) Se refiere al casamiento civil que confieren en Francia los alcaldes; y seguramente en la época en que se escribió esta novela, Paris sólo contaría doce distritos.

—¿Qué ocurre?—dijo entrando Rodolfo, que era entonces vecino de Marcelo.

—Ocurre—respondió éste señalando á Musette,—que la señorita y yo, acabamos de hacer un notable descubrimiento. Que estamos enamorados. Nos habremos puesto así durmiendo.

—¡Oh, oh! Durmiendo, no lo creo,—exclamó Rodolfo.—¿Pero, qué importa que os améis? Os exageráis sin duda la desgracia.

—¡Pardiez!—repuso Marcelo.—¡Si no podemos sufrirnos!

—Y no podemos separarnos—añadió Musette.

—Entonces, hijos míos, vuestro asunto es claro. Habéis jugado á engañaros el uno al otro y habéis perdido entrambos. Es lo que nos pasó con Mimi. Hemos pasado próximamente dos años disputando noche y día. Con ese sistema es como se eternizan los matrimonios. Unid un sí con un no, y obtendréis un enlace como el de Filemón y Baucis. Vuestro hogar será igual al mío; y si Schaunard y Eufemia se vienen á vivir á esta casa, según nos han amenazado, nuestro terceto de matrimonios la convertirá en una mansión muy agradable.

En aquel momento entró Gustavo Colline y explicóle el incidente que acababa de ocurrir entre Musette y Marcelo.

—¿Qué tal, filósofo—dijo éste,—qué piensas tú de esto?

Colline se rascó el pelo del sombrero que le servía de tejado, y murmuró:

—Ya me lo figuraba. El amor es un juego de azar. Al más listo se la pega. No está bien que el hombre viva solo.

Por la noche, el entrar en su casa, Rodolfo dijo á Mimi:



Hemos explicado ya de qué manera el pintor Marcelo conoció á la señorita Musette. Unidos una mañana por ministerio del capricho, que es el alcalde del décimotercio distrito (1), creyeron, como sucede con frecuencia, casarse bajo el régimen de la separación de *corazones*. Pero una noche después de una violenta disputa en la que resolvieron separarse en seguida, apercibiéronse de que sus manos, que se habían unido para despedirse, no querían soltarse. Casi sin advertirlo su capricho se había convertido en amor. Y así se lo confesaron mutuamente, riéndose á medias.

—Lo que nos sucede es muy serio,—dijo Marcelo.—¿Cómo diablos nos ha ocurrido?

—¡Oh!—repuso Musette.—Es que fuimos muy torpes, por no haber tomado las debidas precauciones.

(1) Se refiere al casamiento civil que confieren en Francia los alcaldes; y seguramente en la época en que se escribió esta novela, Paris sólo contaría doce distritos.

—¿Qué ocurre?—dijo entrando Rodolfo, que era entonces vecino de Marcelo.

—Ocurre—respondió éste señalando á Musette,—que la señorita y yo, acabamos de hacer un notable descubrimiento. Que estamos enamorados. Nos habremos puesto así durmiendo.

—¡Oh, oh! Durmiendo, no lo creo,—exclamó Rodolfo.—¿Pero, qué importa que os améis? Os exageráis sin duda la desgracia.

—¡Pardiez!—repuso Marcelo.—¡Si no podemos sufrirnos!

—Y no podemos separarnos—añadió Musette.

—Entonces, hijos míos, vuestro asunto es claro. Habéis jugado á engañaros el uno al otro y habéis perdido entrambos. Es lo que nos pasó con Mimi. Hemos pasado próximamente dos años disputando noche y día. Con ese sistema es como se eternizan los matrimonios. Unid un sí con un no, y obtendréis un enlace como el de Filemón y Baucis. Vuestro hogar será igual al mío; y si Schaunard y Eufemia se vienen á vivir á esta casa, según nos han amenazado, nuestro terceto de matrimonios la convertirá en una mansión muy agradable.

En aquel momento entró Gustavo Colline y explicóarle el incidente que acababa de ocurrir entre Musette y Marcelo.

—¿Qué tal, filósofo—dijo éste,—qué piensas tú de esto?

Colline se rascó el pelo del sombrero que le servía de tejado, y murmuró:

—Ya me lo figuraba. El amor es un juego de azar. Al más listo se la pega. No está bien que el hombre viva solo.

Por la noche, el entrar en su casa, Rodolfo dijo á Mimi:

—Grandes novedades. Musette está perdida-mente enamorada de Marcelo y no quiere separarse de él.

—¡Pobre muchacha!—respondió Mimi.—¡Con tan buen apetito que tiene!...

—Y por su parte, Marcelo está prendado de Musette. Su amor es de treinta y seis quilates, como diría ese intrigante de Colline.

—¡Pobre muchacha!—dijo Mimi.—¡El que es tan celoso!

—Es verdad—asintió Rodolfo,—él y yo somos discípulos de Otelo.

Algún tiempo después á las familias de Rodolfo y Marcelo, se juntaba la de Schaunard; el músico tomó habitación en la casa con Eufemia Tintorera.

A contar desde aquel día, los demás vecinos vivieron sobre un volcán, y al terminar el trimestre, se despidieron unánimamente del casero.

Efectivamente, pocos eran los días en que no estallara una tormenta en una de las familias. Tan pronto eran Mimi y Rodolfo, los cuales, agotados los argumentos, acudían á los proyectiles que les caían bajo mano, para explicarse. El más frecuente era Schaunard, que con la contera de su bastón, hacía algunas observaciones á la melancólica Eufemia. En cuanto á Marcelo y Musette, tenían sus discusiones á puerta cerrada; por lo menos tomaban la precaución de entornar las puertas y las ventanas.

Si por casualidad reinaba la paz en las tres familias, los demás inquilinos no eran por ello menos víctimas de aquella pasajera concordia. La indiscreción de las paredes medianeras dejaba penetrar hasta ellos todos los secretos de los ma-

trimonios bohemios, y les iniciaba, á su pesar, en todos sus misterios. Así es que muchos vecinos preferían el *casus belli* que las ratificaciones de los tratados de paz.

A decir verdad, aquella existencia, que duró seis meses, fué muy original. La más leal fraternidad se practicaba sin énfasis en aquel cenáculo, donde todo era de todos, y se repartían, desde que entraba, su buena ó mala fortuna.

Había todos los meses ciertos días de esplendor, en los que no hubieran puesto los pies en la calle sin guantes, días de gozo, en los que estaban en festín permanente. Había otros en los que casi hubieran bajado al patio sin botas, días de cuaresma, durante los cuales, después de no haber almorzado en común, tampoco comían juntos, ó bien lograban realizar, á fuerza de económicas combinaciones, una de aquellas comidas en que los platos y los cubiertos *descansaban*, según decía la señorita Mimi.

Empero, lo más prodigioso es que en aquella asociación donde se reunían al fin y al cabo tres mujeres jóvenes y hermosas, no se produjo jamás el menor síntoma de discordia entre los hombres: sometíanse con frecuencia á los más fútiles caprichos de sus queridas, pero ni uno solo hubiera vacilado un instante entre la mujer y el amigo.

El amor nace sobre todo de la espontaneidad: es una improvisación. La amistad, al contrario, se va edificando, por decirlo así; es un sentimiento que adelanta con circunspección; es el egoísmo del espíritu, mientras que el amor es el egoísmo del corazón.

Hacia seis años que los bohemios se conocían. Este largo espacio de tiempo pasado en una inti-

midad cotidiana, sin modificar la individualidad bien determinada de cada uno, había establecido entre ellos una comunidad de ideas, un conjunto que no hubieran hallado en otra parte. Tenían costumbres propias, y un lenguaje íntimo indescifrable para los extraños. Los que no les conocían particularmente llamaban cinismo á su conducta libre. Y sin embargo, no era más que franqueza. Espíritus rehacios á toda imposición, olvidaban lo falso y despreciaban lo vulgar. Acusados de ser exageradamente vanidosos, contestaban desplegando orgullosamente el programa de su ambición: y teniendo plena conciencia de su valer, no se engañaban á sí mismos.

Con tantos años de vivir juntos la misma vida, constreñidos á frecuentes rivalidades por razón de su estado, nunca dejaron de darse la mano, y supieron pasar, sin darles importancia, por encima de sus personales cuestiones de amor propio, cada vez que alguien intentó fomentarlas para destruirlos. Por lo demás, se estimaban mutuamente en lo que valían; y el orgullo, que es el contraveneno de la envidia, les preservaba de las pequeñas rivalidades de oficio.

Sin embargo, al cabo de seis meses de vivir en común, cayó sobre los tres hogares una epidemia de divorcio.

Schaunard abrió la marcha. Un día observó que Eufemia Tintorera tenía una rodilla más bien hecha que la otra; y como en cuestiones de plástica era de un purismo austero, echó á Eufemia, dándole por recuerdo el bastón con el cual le hacía tan frecuentes observaciones. Luego se fué á vivir con un pariente que le ofrecía casa gratis.

Quince días después, Mimí abandonaba á Ro-

dolfo para pasearse en los carruajes del joven vizconde Pablo, el ex discípulo de Carlos Barbemuche, que le había prometido trajes de color de sol.

Después de Mimí, fué Musette la que recobró su libertad para entrar con gran ruido en la aristocracia del mundo galante, del que se había separado para seguir á Marcelo.

Aquella separación tuvo lugar sin disputas, sin sacudidas, sin premeditación. Hijo de un capricho que se había convertido en amor, aquel enlace quedó roto por otro capricho.

Una noche de carnaval, en el baile de máscaras de la Opera, donde había ido con Marcelo, Musette tuvo por *vis á vis* en una contradanza á un joven que en otro tiempo la había galanteado. Se reconocieron y mientras bailaban cruzaron algunas palabras. Tal vez sin querer, mientras explicaba al joven su vida presente, dejó escapar alguna expresión de pesar por haber abandonado su vida anterior. Y de tal manera ocurrieron las cosas, que al finalizar la danza, Musette se equivocó; y en vez de dar la mano á Marcelo, que era su pareja, tomó la de su *vis á vis*, quien se la llevó, desapareciendo con ella por entre la muchedumbre.

Marcelo la buscó, con gran inquietud. Al cabo de una hora, la encontró del brazo del joven; salía en aquel momento del café con la boca llena de dulces. Al ver á Marcelo, que estaba en un rincón, con los brazos cruzados, le hizo un signo de saludo, como diciéndole:—Vuelvo en seguida.

—Esto es, no me esperes—tradujo Marcelo. Era celoso, pero era también lógico y conocía á Musette, así es que no la esperó; empero, se volvió á

su casa con el corazón oprimido y vacío el estómago. Buscó en una alacena si quedaba algo que comer y encontró un mendrugo de pan granítico y un esqueleto de arenque salado.

—Yo no podía luchar contra las trufas. Musette al menos cenará.—Y después de pasarse una punta del pañuelo por los ojos, á pretexto de sonarse, se acostó.

Dos días después, Musette se despertaba en un gabinete tapizado de rosa. Un cupé azul la esperaba á la puerta, y todas las hadas de la moda, debidamente requeridas, arrojaban á sus pies sus maravillas. Musette estaba seductora, y su juventud parecía rejuvenecerse en medio de aquel marco de elegancias. Entonces volvió á reanudar su anterior existencia, concurrió á todas las fiestas y reconquistó su celebridad. Se habló de ella en todas partes, lo mismo entre los bastidores de la Bolsa que en las botillerías parlamentarias. En cuanto á su nuevo amante, el señor Alexis, era un joven muy simpático. Quejábase con frecuencia á Musette de su ligereza y despreocupación cuando la hablaba de su amor; entonces Musette le miraba riendo, le daba golpecitos en la mano y le decía:

—¿Qué quiere usted, querido? He vivido durante seis meses con un hombre que me mantenía con ensalada y sopas de agua, que me vestía con trajes de india y me llevaba á menudo al Odeón porque no era rico. Como el amor no cuesta nada y yo estaba loca por aquel monstruo, hemos gastado una inmensa cantidad de amor, y ahora sólo me quedan algunas migajas. Aprovéchelas usted, no se lo impido. Por otra parte, yo no le he engañado á usted; y si los perifollos no costaran tan



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GAY"
Fado. 1625 MONTANEY, MEXICO

caros, aun estaría con mi pintor. En cuanto á mi corazón, desde que poseo un corsé de ochenta francos, no le siento latir, y me temo que lo habré olvidado en alguno de los cajones de casa Marcelo.

La desaparición de las tres familias bohemias fué celebrada con fiestas por los vecinos de la casa en que vivían. En señal de regocijo, el casero dió un gran banquete y los inquilinos iluminaron sus ventanas.

Rodolfo y Marcelo se fueron á vivir juntos; cada uno había tomado un ídolo cuyo nombre no conocían con exactitud. Ocurría á veces que el uno empezara á hablar de Musette y el otro de Mimi; entonces tenían tela cortada para toda la noche. Se recordaban su antigua vida, las canciones de Musette, y las canciones de Mimi, las noches toledanas, y las indolentes madrugadas, y los banquetes celebrados en la imaginación. En aquellos dúos de recuerdos hacían retroceder las horas que se fueron; y ordinariamente acababan por confesarse que, después de todo, tenían la fortuna de hallarse reunidos, con los pies en los morillos, removiéndolos con los tizones de diciembre fumando su pipa; y de disponer el uno del otro, para motivar la conversación, en la que se contaban á sí mismos en voz alta, lo que se decían en voz baja cuando estaban solos: esto es, que habían amado mucho á aquellas criaturas que desaparecieron llevándose un girón de su juventud, y que tal vez las amaban todavía.

Una noche, mientras atravesaba el boulevard, Marcelo vió á pocos pasos de sí una señora joven, que al bajar del carruaje, dejaba ver un pedazo de media blanca de una corrección perfecta; el mismo

cochero devoraba con los ojos aquella agradable *propina* (1).

—¡Pardiez!— exclamó Marcelo.—¡Qué hermosa pierna! Tentaciones me vienen de ofrecer el brazo á su dueña; veamos... ¿Cómo se lo digo? Se me ocurre una idea... muy original. Dispense usted, señorita—dijo acercándose á la desconocida, de la que aun no había visto el rostro.—¿Habrá usted encontrado mi pañuelo por casualidad?

—Sí, señor,—respondió la joven;—aquí lo tiene usted.—Y puso en manos de Marcelo un pañuelo que llevaba en la suya.

El artista se quedó estupefacto.

Pero, de pronto, una risotada que recibió en plena clara le hizo volver en sí; en aquella alegre música reconoció sus antiguos amores.

Era la señorita Musette.

—¡Ah!—exclamó ella.—El señor Marcelo que va á caza de aventuras. Oye, ¿qué te parece de ésta? No deja de tener gracia.

—La encuentro soportable,—respondió Marcelo.

—¿Dónde vas tan tarde por este barrio?—preguntó Musette.

—Voy á ese monumento,—respondió el artista señalando un teatro en el que tenía entrada libre.

—¿Por amor al arte?

—No, por amor á Laura. Toma—pensó Marcelo,—me ha salido un *calembour*; lo cederé á Colline que los colecciona.

—¿Quién es esa Laura?—prosiguió Musette con ojos interrogativos.

(1) *Pour boir* en francés, esto es, *propina*, palabra que por su sonido se confunde con *pour voir*, para ver, que es lo que el autor se ha propuesto.

Marcelo siguió bromeando en el mismo tono.

—Es una quimera á la que persigo y que hace el papel de dama joven en ese teatrillo.—Y con la mano hacía como que arrugaba una pechera imaginaria.

—Está usted muy gracioso esta noche,—dijo Musette.

—Y usted muy curiosa,—contestó Marcelo.

—Hable usted más bajo; todo el mundo se entera; y nos van á tomar por dos amantes que riñen.

—No sería la primera vez que nos sucede esto,—dijo Marcelo.

Musette vió en esta frase una provocación y contestó con viveza:

—¡Y quizá no sea la última!

La frase era clara y silbó como una bala en los oídos de Marcelo.

—¡Astros celestes!—dijo mirando las estrellas.

—Vosotros sois testigos de que no he sido yo el primero en disparar. ¡Pronto, mi coraza!

Desde aquel momento quedó empeñado el fuego.

Ya no se trataba más que de hallar un punto de unión suficiente para soldar aquellas dos fantasías que acababan de despertarse con tanta viveza.

Mientras iban andando, Musette miraba á Marcelo y Marcelo miraba á Musette. No se decían una palabra; pero sus ojos, esos plenipotenciarios del corazón, se cruzaban con frecuencia. Al cabo de un cuarto de hora de diplomacia, aquel congreso de miradas había resuelto tácitamente el asunto. No quedaba más que la ratificación.

El interrumpido diálogo volvió á reanudarse.

—Francamente,—dijo Musette á Marcelo.—¿A dónde íbas en este momento?

—Ya te lo he dicho, iba á ver á Laura.

—¿Es hermosa?

—Su boca es un nido de sonrisas.

—Lo creo,—dijo Musette.

—¿Y tú—exclamó Marcelo,—de dónde venías en alas de aquel simón?

—Venía de acompañar á la estación á Alexis, que se va á ver á su familia.

—¿Qué tipo es ese Alexis?

A su vez, Musette hizo de su amante un espléndido retrato. Mientras iban paseando, Marcelo y Musette continuaban de esta manera, en pleno boulevard, aquella comedia de la reconciliación del amor. Con la misma ingenuidad, ora cariñosa, ora burlona, volvían á componer estrofa por estrofa, aquella oda inmortal donde Horacio y Lidia ensalzan con tanta gracia los encantos de sus nuevos amores, y acaban por añadir una postdata á sus amores antiguos. Al llegar á una esquina, desembocó de pronto una numerosa patrulla.

Musette organizó una oportuna manifestación de espanto, y agarrándose al brazo de Marcelo le dijo:

—¡Ay, Dios mío! ¿Lo ves? Ya están en movimiento las tropas, se prepara tal vez otra revolución. ¡Huyamos, tengo miedo! ¡Acompáñame!

—Mas, ¿á dónde vamos?—preguntó Marcelo.

—A mi casa,—dijo Musette,—verás que bien puesta está. Te convido á cenar: hablaremos de política.

—No—dijo Marcelo, que pensaba en el señor Alexis;—yo no voy á tu casa á pesar de la cena. No me gusta beber mi vino en copa ajena.

Musette se quedó perpleja ante aquella negativa. Después, á través de las nieblas de sus recuer-

dos, divisó el pobre cuarto del pobre artista, pues Marcelo no se había vuelto millonario; entonces Musette tuvo otra idea, y aprovechándose del encuentro con otra patrulla, manifestó nuevos signos de terror.

—¡Habrà lucha!—exclamó.—No me atrevo á volver á mi casa. Marcelo, amigo mío, condúceme á casa de una amiga que *debe* vivir en tu barrio.

Cuando estaban atravesando el Puente Nuevo, Musette soltó una carcajada.

—¿Qué ocurre?—preguntó Marcelo.

—¡Nada!—dijo Musette.—Ahora recuerdo que mi amiga se mudó de casa; vive en Batignolles.

Al ver entrar á Marcelo y Musette, la una del brazo del otro, no se mostró Rodolfo sorprendido.

—¡Con esos amores mal enterrados—dijo,—sucede siempre lo mismo!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
no. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XVI

EL PASO DEL MAR
ROJO

Hacia cinco ó seis años que Marcelo trabajaba en aquel famoso cuadro que debía representar el paso del Mar Rojo, y hacía cinco ó seis años que aquella obra maestra del colorido era rechazada con obstinación por el jurado. Así es que, á fuerza de ir y volver del taller del artista al museo y del museo al taller, el cuadro se sabía tan bien el camino, que si le hubieran colocado sobre ruedas, se hubiera podido ir solo al Louvre. Marcelo, que había rehecho diez veces y retocado de arriba

abajo aquella tela, atribuía á hostilidad personal de los miembros del jurado el ostracismo del salón cuadrado á que le condenaban; y á horas perdidas, había compuesto en obsequio de los cancerberos del Instituto un pequeño diccionario de injurias, con ilustraciones de punzante ferocidad. Dicha colección, hecha célebre, obtuvo en los talleres y en la escuela de Bellas Artes el éxito popular que alcanzó la inmortal lamentación de Juan Bélin, pintor de cámara del gran sultán de Turquía; todos los estudiantes de bellas artes poseían un ejemplar en su memoria.

Durante mucho tiempo no desanimaron á Marcelo las persistentes negativas que le acogían á cada exposición. Estaba plenamente persuadido de que su cuadro era, aunque en pequeñas proporciones, el deseado *pendant* de las *Bodas de Caná* (1), la gigantesca obra maestra, cuyo brillante esplendor no ha podido ofuscar el polvo de tres siglos. Así es que, cada año, al abrirse el Salón, Marcelo enviaba su cuadro al examen del jurado. Únicamente que, para despistar á los examinadores y desconcertarles en su propósito de excluir sistemáticamente el *Paso del Mar Rojo*, Marcelo, sin deshacer la composición general, modificaba algún detalle y cambiaba el título de su cuadro.

Así, pues, una vez se presentó delante del jurado con el nombre de *Paso del Rubicón*; pero Faraón, mal disfrazado bajo el manto de César, fué reconocido y rechazado con los debidos honores.

El año siguiente, Marcelo extendió sobre uno de los planos una capa de blanco, imitando la

(1) De Pablo Veronés.

nieve, plantó un abeto en un lado, y vistiendo á un egipcio de granadero de la guardia imperial, bautizó su cuadro con el título de: *Paso del Berésina*.

El jurado, que aquel día se había limpiado los anteojos en las vueltas de su casaca bordada de palmas verdes, no se dejó caer en la nueva trampa. Reconoció perfectamente la obstinada tela, sobre todo por un diablo de caballo multicolor que se encabritaba en la punta de una ola del Mar Rojo. La gualdrapa de aquel caballo servía á Marcelo para todos sus experimentos de colorido, y en su lenguaje familiar, la llamaba el cuadro sinóptico de los tonos delicados, porque reproducía, con sus juegos de luz y sombra, las más variadas combinaciones de color. Pero una vez más, insensible á este detalle, el jurado no tuvo bastantes bolas negras para rehusar el *Paso del Berésina*.

—Muy bien—dijo Marcelo,—ya me lo esperaba. El año que viene se lo remitiré con el título de: *Pasaje de los Panoramas* (1).

—Y así les sorprenderás... sorprende... prenderás... prende...—canturió el músico Schounard con música nueva de su composición, un motivo terrible, ruidoso como una escala de truenos y cuyo acompañamiento tenían todos los pianos de la vecindad.

—¿Cómo pueden rechazarme esto sin que todo el bermellón del Mar Rojo les suba al rostro y cubra de vergüenza?—murmuró Marcelo contemplando su cuadro.—Cuando uno piensa que hay en esta tela por valor de cien escudos de color y

(1) Pasaje en el centro de París. En la traducción pierde forzosamente el doble sentido que tiene en el original.

un millón de genio, sin contar mi juventud, que se ha quedado calva como mi sombrero de fieltro... Una obra sería que abre nuevos horizontes á la ciencia de las *veladuras*. Pero no crean que esta sea la última vez; hasta que llegue mi postrer suspiro, les enviaré mi cuadro. Quiero que se lo graben en la memoria.

—Es la manera más segura de hacer que no se grabe nunca,—dijo Colline con voz plañidera; y añadió para sí:—¡ Buen *calembour!* ¡ Bueno! ¡ bueno!... Lo repetiré en todas partes.

Marcelo continuó en sus imprecaciones, que Schounard seguía poniendo en música.

—¡ Ah! no quieren recibirme,—decía Marcelo.— ¡ Ah! el gobierno les paga, les da alojamiento y una cruz, con el único objeto de rehusarme una vez al año, el primero de marzo, una tela de cien pulgadas con bastidor de cuñas... Veo claramente su idea, sí, la veo claramente; quieren que rompa los pinceles. Esperan tal vez, al rechazarme el *Mar Rojo*, que me voy á tirar de la ventana desesperado. Pero conocen muy mal mi corazón humano, si cuentan cazarme en esa grosera trampa. En adelante, no esperaré el Salón. Desde hoy mi obra será el cuadro de Damocles suspendido eternamente sobre su cabeza. Ahora lo voy á enviar una vez cada semana á cada uno de ellos, á domicilio, al seno de sus familias, en pleno corazón de la vida privada. Perturbará su felicidad doméstica, les hará encontrar agrio el vino, quemado el asado y amargas sus mujeres. Se volverán locos rápidamente y tendrán que ponerles la camisa de fuerza cuando vayan al Instituto los días de sesión. Esta idea me sonríe.

Algunos días después, y cuando Marcelo había

olvidado ya sus planes de venganza contra sus perseguidores, recibió la visita del tío *Médicis*. Así llamaban en el cenáculo á un judío llamado Salomón que, en aquella época era muy conocido por toda la bohemia artística y literaria, con la que estaba en continuas relaciones. El tío *Médicis* comerciaba en todos los géneros de prendería. Vendía mueblajes completos desde *doce francos* á mil escudos. Lo compraba todo y sabía revenderlo con beneficio. El banco de cambios y descuentos del señor Proudhon es tortas y pan pintado comparado con el sistema aplicado por *Médicis*, que poseía el genio del tráfico hasta un punto no igualado hasta entonces por los más diestros de su religión. Su tienda, situada en la plaza del Carroussel, era un lugar fantástico, donde se encontraba de todo á voluntad. Todos los productos de la naturaleza, todas las creaciones del arte, todo cuanto sale de las entrañas de la tierra y del genio humano, *Médicis* lo convertía en objeto de negocio. Su comercio lo alcanzaba todo, absolutamente todo lo que existe; y llegaba á trabajar hasta en lo *ideal*. *Médicis* compraba IDEAS para explotarlas él mismo ó revenderlas. Conocido de todos los literatos y de todos los artistas, íntimo de la paleta y familiar del escritorio, era el Asmodeo de las artes. Vendía cigarros á cambio del plan para un folletín, zapatillas por un soneto, pescado fresco por unas paradojas; conversaba *por horas* con los gaceteros encargados de relatar la crónica escandalosa del mundo; proporcionaba billetes de entrada á las tribunas de los parlamentos, é invitaciones para reuniones particulares; daba alojamiento por una noche, por semanas ó por meses á los artistas principiantes pobres, que

le pagaban en copias de grandes maestros hechas en el Louvre. Los bastidores no tenían misterios para él; hacía admitir comedias en los teatros; organizaba éxitos. Tenía en la cabeza un ejemplar del almanaque de las veinticinco mil direcciones, y conocía la vivienda, los nombres y los secretos de todas las celebridades, aun las menos conocidas.

Algunas páginas copiadas de entre el *maremagnum* de su *diario*, podrán dar, mejor que las más detalladas explicaciones, idea exacta de la universalidad de su comercio.

20 marzo 184...

—Vendido al Sr. L..., anticuario, el compás de que se sirvió Arquímedes durante el sitio de Siracusa, 75 fr.

—Comprado al Sr. V..., periodista, las obras completas sin cortar del Sr. ***, miembro de la Academia, 10 fr.

—Vendido al mismo un artículo de crítica sobre las obras completas del Sr. ***, miembro de la Academia, 30 fr.

—Vendido al Sr. ***, miembro de la Academia, un juicio de doce columnas sobre sus obras completas, 250 fr.

—Comprado al Sr. R..., literato, una apreciación crítica sobre las obras completas del Sr. ***, de la Academia francesa, 10 fr.; además cincuenta libras de carbón de piedra y dos kilog. de café.

—Vendido al Sr. ***, un jarrón de porcelana que perteneció á Mme. du Barry, 18 fr.

—Comprado á la niña D..., su cabellera, 15 fr.

—Comprado al Sr. D..., un lote de artículos de costumbres y las tres últimas faltas de ortografía hechas por el señor prefecto del Sena, 6 fr.; además, un par de zapatos napolitanos.

—Vendido á la Srta. O..., una peluca rubia, 120 francos.

—Comprado al Sr. M..., pintor de historia, una colección de dibujos pornográficos, 25 fr.

—Indicado al Sr. Fernando la hora en que va á misa la señora baronesa R... de P...—Por alquilar al mismo, por un día, el entresuelo del arrabal Montmartre, total 30 fr.

—Vendido al Sr. Isidoro su retrato en traje de Apolo, 30 fr.

—Vendido á la Srta. R..., un par de langostas y seis pares de guantes, 36 fr. (Recibido 2 fr. 75 céntimos).

—A la misma, procurado un crédito de seis meses en casa la Sra. ***, modista. (Se ha de fijar aún el precio).

—Por proporcionar á la Sra. ***, modista, la clientela de la Srta. R... (Recibido tres metros de terciopelo y seis varas de encaje).

—Comprado al Sr. R..., literato, un crédito de 120 fr. contra el periódico ***, en liquidación, 5 fr.; además dos libras de tabaco de Moravia.

—Vendido al Sr. Fernando, dos cartas de amor, 12 francos.

—Comprado al Sr. J..., pintor, el retrato del señor Isidoro vestido de Apolo, 6 fr.

—Comprado al Sr. ***, 75 kilog. de su obra titulada: *De las revoluciones submarinas*, 15 fr.

—Alquilado á la condesa de G..., una vajilla de Sajonia, 20 fr.

—Comprado al Sr. ***, periodista, 52 líneas en su *Crónica de París*, 100 fr.; además una guarnición de chimenea.

—Vendido á los Sres. O... y C.^a, 52 líneas en

la *Crónica de París* del Sr. ***, 300 fr.; además, una guarnición de chimenea.

—Por alquilar á la Srta. S... G..., una cama y un cupé por un día, (nada). (Véase la cuenta de la Srta. S... G..., libro mayor, folios 26 y 27).

—Comprado al Sr. Gustavo C..., una memoria sobre la industria linera, 50 fr.; además, una edición rara de las obras de Flavio Josefo.

—Vendido á la Srta. S... G..., un mobiliario moderno, 5,000 fr.

—Para la misma, pagar una nota en la farmacia, 75 fr.

—*Id.* Pagar una nota á la lechera, 3 fr. 85 céntimos.

Etcétera, etc., etc.

Por las anteriores citas, se ve la inmensa escala á que se extendían las operaciones del judío Médicis, que, á pesar de las notas un sí es no es ilícitas de su comercio, infinitamente eclético, no había sido inquietado jamás por nadie.

Al entrar en casa de los bohemios con el aire inteligente que le distinguía, el judío adivinó que llegaba en un momento propicio. En efecto, los cuatro amigos se hallaban en aquel momento reunidos en consejo, y bajo la presidencia de un apéxito feroz, disertaban sobre el grave problema *del pan y de la carne*. ¡Era un domingo de fin de mes! Día fatal y fecha siniestra.

La entrada de Médicis fué aclamada, por consiguiente, con un alegre coro; pues de sobra sabían que el judío era demasiado avaro de su tiempo para gastarlo en visitas de cortesía; así es que su presencia anunciaba indefectiblemente que se trataba de algún negocio.

—Buenas tardes, señores — dijo el judío, — ¿cómo están ustedes?

—Colline—dijo Rodolfo, que estaba echado sobre la cama saboreando las dulzuras de la línea horizontal—ejerce los deberes de la hospitalidad, ofrece una silla á nuestro huésped: un huésped es sagrado. Yo le saludo en Abraham,—añadió el poeta.

Colline tomó un sillón que tenía la elasticidad del bronce, y lo acercó al judío, diciéndole con voz hospitalaria:

—Suponga por un momento que es usted Cína, y tome asiento.

Médicis se dejó caer en el sillón, é iba á quejarse de su dureza, cuando recordó que él mismo lo había cedido á Colline á cambio de una profesión de fe vendida á un diputado que no poseía el don de la improvisación. Al sentarse, los bolsillos del judío sonaron con rumor argentino, y aquella melodiosa sinfonía sumió á los cuatro bohemios en un ensueño preñado de dulzuras.

—Veamos cómo canta ahora—dijo Rodolfo á Marcelo en voz baja,—el acompañamiento es bonito.

—Señor Marcelo—empezó á decir Médicis,—vengo sencillamente á labrar su fortuna. Es decir, que vengo á ofrecerle una soberbia ocasión de penetrar en el mundo artístico. El arte, ya usted lo sabe, señor Marcelo, es un camino árido cuyo oasis es la gloria.

—Tío Médicis—dijo Marcelo sobre las ascuas de la impaciencia,—en nombre del cincuenta por ciento, su venerado patrón, sea usted breve.

—Sí—dijo Colline,—tán breve como el rey Pepino, que era un señor tan conciso como usted:

porque usted estará circuncidado (1) ¡hijo de Jacob!

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—exclamaron los bohemios, mientras observaban si se abría el pavimento para tragarse al filósofo.

Pero Colline tampoco fué tragado por esta vez.

—He aquí el asunto—prosiguió Médicis.—Un rico aficionado que está montando una galería para dar la vuelta á Europa, me ha dado el encargo de proporcionarle una colección de obras notables. Vengo á ofrecerle la ocasión de figurar en ese museo. En una palabra, vengo para comprarle su *Paso del Mar Rojo*.

—¿Al contado?

—Al contado—respondió el judío haciendo tocar la orquesta de sus bolsillos.

—¿Estás contento?—dijo Colline.

—Decididamente—exclamó Rodolfo furioso,—habrá que buscar una mordaza para tapan la puerta de las tonterías de este miserable. ¡Bandido! ¿No ves que habla de *escudos*? ¿Ya no hay nada sagrado para ti, ateo?

Colline se subió á un mueble, y tomó la posición de Harpócrates, dios del silencio.

—Continúe usted, Médicis,—dijo Marcelo, enseñando su cuadro.—Quiero dejarle el honor de poner precio á esta obra que no lo tiene.

El judío tasó la tela en 50 escudos en moneda contante y sonante.

—¿Y qué más?—dijo Marcelo;—esto es la vanguardia.

—Señor Marcelo—replicó Médicis,—usted sabe

(1) Aquí juegan las palabras *sire concis* (señor conciso) con *circuncis* (circuncidado).

muy bien que mi palabra es siempre la última. No añadiré un céntimo más; reflexiónelo usted bien: cincuenta escudos son ciento cincuenta francos. ¡Ya es una bonita suma!

—Una miseria,—respondió el artista;—sólo en la túnica de Faraón hay por valor de cincuenta escudos de cobalto. Págueme al menos las hechuras, redondee la cifra y le llamaré León X, León X *segundo*.

—Mi última palabra es ésta: no añado un sueldo más; pero ofrezco un banquete á todos ustedes, con vinos variados á discreción y á los postres pago en ORO.

—¿Nadie ofrece más?—gritó Colline dando tres puñetazos en la mesa.—Adjudicado.

—Vamos—dijo Marcelo,—queda convenido.

—Mandaré por el cuadro mañana,—dijo el judío.—Salgamos, señores, la mesa está puesta.

Los cuatro amigos bajaron la escalera cantando el coro de los *Hugonotes*: ¡A la mesa, á la mesa!

Médicis trató á los bohemios con verdadera esplendidez. Les ofreció una porción de cosas que para ellos habían permanecido hasta entonces completamente inéditas. Desde esa comida la langosta dejó de ser un mito para Schaunard, y desde aquel momento contrajo por dicho anfibio una pasión que debía llevarle hasta el delirio.

Los cuatro amigos salieron de aquel espléndido festín borrachos como en día de vendimia. En poco estuvo que aquella borrachera no fuese de deplorables consecuencias para Marcelo, pues al pasar, á las dos de la madrugada, por delante de la tienda de su sastre, quería despertarle á toda costa para entregarle á cuenta los ciento cincuenta francos que acababa de recibir. Una vislumbre de

razón que velaba todavía en el espíritu de Colline contuvo al artista al borde del precipicio.

Ocho días después de aquella festividad, Marcelo supo en qué galería había sido instalado su cuadro. Al pasar por el arrabal de San Honorato, se detuvo en medio de un grupo que parecía mirar con curiosidad la colocación de una muestra encima de la puerta de una tienda. Aquella muestra no era otra cosa que el cuadro de Marcelo, que Médicis vendió á un comerciante de comestibles. Sólo que el *Paso del Mar Rojo* habría sufrido aún otra modificación y ostentaba un nuevo título. Habían añadido un buque de vapor, y se llamaba: *Al puerto de Marsella*. Una lisonjera ovación se elevó de entre los curiosos cuando se descubrió el cuadro. Así es que Marcelo se volvió entusiasmado por su triunfo, y murmuró: *Voz del pueblo, voz de Dios*.

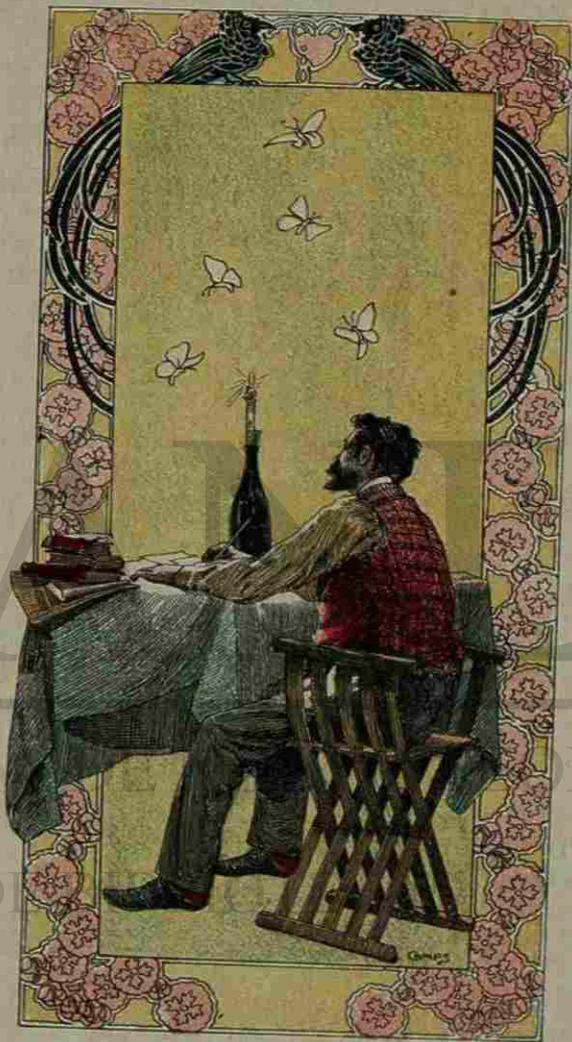




XVII

EL TOCADOR DE LAS GRACIAS

La señorita Mimi, que tenía la costumbre de levantarse muy tarde, se despertó una mañana al dar las diez, y pareció muy sorprendida no hallando á Rodolfo á su lado ni viéndolo siquiera en el cuarto. La noche anterior, antes de dormirse, le había visto, no obstante, sentado al escritorio, dispuesto á pasar la noche redactando un trabajo no literario que le acababan de encargar, y por cuya pronta terminación se interesaba Mimi. Se comprende perfectamente, porque el poeta había hecho entrever á su amiga que del producto de su trabajo le compraría cierto vestido primaveral de la que ella había visto un corte en *Los dos Monos*, un famoso almacén de novedades, ante cuyos escaparates solía detenerse Mimi con frecuencia. Así es que, desde que se principió el trabajo en cuestión, Mimi seguía con gran preocupación sus progresos. Acercábase á menudo á Rodolfo, mien-



tras escribía y asomando la cabeza por encima de su hombro, le decía gravemente:

—¿Qué tal, progresa mi vestido?

—Ya tengo hecha una manga, ten calma,—respondía Rodolfo.

Una noche, oyendo que Rodolfo hacía chasquear los dedos, indicio cierto y corriente de que estaba contento de su obra, Mimi se incorporó rápidamente en la cama, y asomando la cabeza por entre las cortinas, exclamó:

—¿Está ya acabado mi vestido?

—Mira—respondió Rodolfo levantándose para enseñarle cuatro grandes páginas cubiertas de apretadas líneas,—acabo de terminar el jubón.

—¡Qué fortuna!—dijo Mimi.—Ya no falta más que la falda. ¿Cuántas páginas se necesitan para hacer una falda?

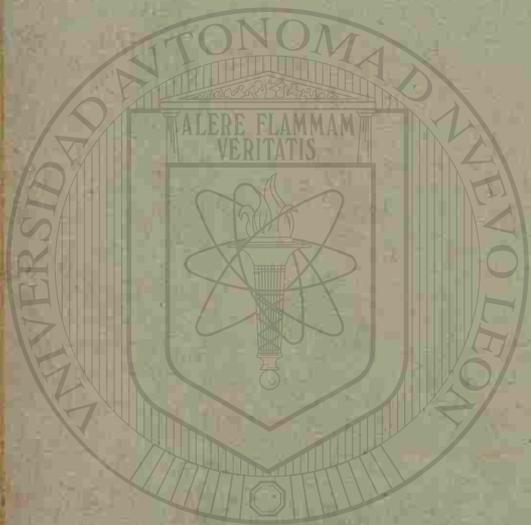
—Según; pero como tú no eres alta, con unas diez páginas de cincuenta líneas de treinta y tres letras podríamos comprar una falda conveniente.

—No soy alta, es cierto,—dijo Mimi con seriedad:—pero no convendría exponernos á tomar la tela escasa: ahora se llevan los trajes muy holgados, y quisiera que abundaran los pliegues para hacer ruido con el roce.

—Está bien—respondió gravemente Rodolfo,—pondré diez letras más en cada línea y obtendremos el roce.

Y Mimi se durmió otra vez dichosa.

Como había cometido la imprudencia de hablar á sus amigas, las señoritas Musette y Eufemia, del hermoso vestido que Rodolfo la estaba confeccionando, las dos amigas no dejaron de referir á los señores Marcelo y Schaunard la generosidad de su amigo hacia su amante; y sus confidencias



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fueron seguidas por excitaciones inequívocas a que imitaran el ejemplo dado por el poeta.

—Has de saber—añadía la señorita Musette tirando de los bigotes á Marcelo,—has de saber que si esto continúa así, me veré obligada á perderte unos pantalones para salir.

—Una casa de confianza me debe once francos,—respondió Marcelo;—si recobro esos valores, los consagrare á comprarte una hoja de parra á la moda.

—¿Y yo?—preguntaba Eufemia á Schaunard.

—Mi peinador se cae á pedazos. Schaunard sacaba entonces tres sueldos de su bolsillo y los entregaba á su amiga, diciéndole:

—Aquí tienes con que comprar hilo y aguja. Remienda tu peinador, y te instruirás gozando, *utile dulci*.

No obstante, en un conciliábulo secreto, Marcelo y Schaunard convinieron con Rodolfo que cada uno por su lado se esforzaría en satisfacer la justa coquetería de sus amigas.

—Esas pobres muchachas—dijo Rodolfo,—con nada se visten, pero aun háy que darles ese nada. Hace algún tiempo que las bellas artes y la literatura van bastante bien, y ganamos casi tanto como los mozos de cuerda.

—La verdad es que no puedo quejarme, interrumpió Marcelo;—las bellas artes producen espléndidamente; no parece sino que nos hallamos bajo el pontificado de León X.

—Así parece—asintió Rodolfo;—Musette me ha dicho que te marchabas por la mañana y que no volvías á casa hasta la noche, desde hace ocho días. ¿Tienes en realidad trabajo?

—Querido amigo, tratase de un soberbio nego-

cio que me ha proporcionado Médicis. Pinto retratos en el cuartel del *Ave Maria*; diez y ocho granaderos que me han pedido su imagen á seis francos uno con otro, parecido asegurado por un año, como los relojes. Espero que tendré el regimiento entero. Tengo hecho ya propósito de emperifollar á mi Musette cuando me pague Médicis, pues he contratado esos trabajos con él y no con mis modelos.

—En cuanto á mi—dijo Schaunard con indiferencia—sin que lo parezca, tengo doscientos francos que duermen.

—¡Vive Dios! ¡Despertémoslos!—dijo Rodolfo.

—Dentro dos ó tres días creo que firmaré—prosiguió Schaunard.—Al salir de la caja, no quiero ocultaros que me propongo dar libre curso á algunas de mis pasiones. He visto, sobre todo, en la prendería de al lado, un traje de nankin y un cuerno de caza que hace tiempo me dan tilín, y quiero regalármelos.

—Pero—preguntaron á la vez Marcelo y Rodolfo—¿de qué manera piensas ganar ese conspicuo capital?

—Escuchad, señores—dijo Schaunard tomando un aspecto serio y sentándose entre sus dos amigos,—no hay que disimularnos unos á otros que antes de ser miembros del Instituto y contribuyentes, tendremos que comer aún mucho pan negro, y el pan cotidiano es muy duro de amasar. Por otra parte, no estamos solos; como el cielo nos ha hecho sensibles, cada cual de nosotros se ha buscado una *cada cual*, á quien ha ofrecido compartir su suerte.

—Principiando por un aren... que—interrumpió Marcelo.

—Ahora bien—prosiguió Schounard,—aun viendo con la más estricta economía, cuando nada se posee, es difícil ahorrar, sobre todo si se tiene un apetito mayor que la ración.

—¿A dónde vas á parar?...—preguntó Rodolfo.

—A esto—siguió Schounard—que en la actual situación, haríamos mal, unos y otros en mostrarnos desdenosos, cuando se nos presenta, fuera de nuestro arte, ocasión de añadir una cifra ante el cero que constituye nuestro capital social.

—¡Habla, pues!—dijo Marcelo—¿á quién de nosotros puedes acusar de hacerse el desdenoso? ¿Aunque tenga que llegar á ser un gran pintor, no he consentido en consagrar mis pinceles á la reproducción pictórica de guerreros franceses que me satisfacen con su sueldo diario? Me parece que no temo descender del pedestal de mi gloria futura.

—Y yo, replicó Rodolfo—¿ignoras acaso que hace quince días estoy componiendo un poema didáctico-médico-quirúrgico-dentista para un dentista célebre que subvenciona mi inspiración á quince sueldos la docena de alejandrinos, algo más caro que las ostras?... Sin embargo, no me ruborizo; y antes que ver mi Musa con los brazos cruzados le haría poner en verso el *Conductor parisiense*. Cuando se tiene una lira ¡qué diablo! es para servirse de ella... Y después, Mimi está mal de botas.

—Entonces replicó Schounard,—no os sabrá mal cuando sepáis de qué fuente nace el Pactolo cuyo desbordamiento espero.

He aquí la historia de los doscientos francos de Schounard.

Habría como unos quince días, entró en casa de

un editor de música que le había prometido buscarle, entre sus clientes, algunas lecciones ya fuera de piano, ya de armonía.

—¡Pardiez!—dijo el editor al verle entrar,—llega usted en buena ocasión; hoy precisamente me han venido á preguntar por un pianista. Es un inglés; creo que le pagará bien... ¿Es usted realmente aventajado?

Schounard pensó que una modesta continencia podría perjudicarle en las intenciones del editor. Un músico, y especialmente un pianista, modesto, es efectivamente cosa rara. Así es que Schounard contestó con mucho aplomo:

—Soy de primera fuerza; si tuviera un pulmón dañado, largas greñas y frac negro, á estas horas sería célebre como el sol, y en lugar de pedirme ochocientos francos por grabar la partitura de *La muerte de la niña*, vendría usted á ofrecerme tres mil, de rodillas y en una bandeja de plata. Lo cierto es—prosiguió el artista,—que con mis dedos condenados á diez años de trabajos forzados por las cinco octavas, manípulo muy agradablemente el marfil y los sostenidos.

El personaje á quien dirigían á Schounard era un inglés que se llamaba mister Birn'n. El músico fué recibido inmediatamente por un lacayo azul, quien le presentó á un lacayo verde, quien le pasó á su vez á un lacayo negro, el cual lo introdujo en un salón donde se halló frente á frente de un insular encogido en una actitud de *spleen* que le hacía parecer á *Hamlet*, meditando sobre nuestra insignificancia. Schounard se disponía á explicar el motivo de su presencia, cuando unos gritos desgarradores le dejaron con la palabra en la boca. Aquel ruido espantoso que le desgarraba los oídos,

los daba un loro expuesto en una percha en el balcón del piso inferior.

—¡Oh, bestia, bestia, bestia! — murmuró el inglés dando un salto en su sillón.—Hará morirme.

Y en el mismo instante el volátil empezó á recitar su repertorio, mucho más extenso que el de las cotorras ordinarias; y Schaunard se quedó confundido cuando oyó que el animal, excitado por una voz femenina, empezaba á declamar los primeros versos de la relación de *Teramenes* con las inflexiones del Conservatorio.

Aquel loro era el favorito de una actriz en boga en su gabinete. Era una de esas mujeres que no se sabe cómo ni por qué, se coticizan á elevadísimos precios en el *turf* de la galantería, y cuyo nombre está inscrito en la lista de las cenas de los altos personajes del gran mundo, á quienes sirven de postre viviente. En nuestros días viste mucho eso de que un cristiano sea visto con una de esas paganas, que con frecuencia sólo tienen de antiguo su fe de nacimiento. Cuando son bonitas, el mal, después de todo, no es muy grande: el mayor riesgo es el de acostarse en un montón de paja por haberlas puesto cama de caoba. Pero cuando compran á onzas su belleza en casa de los perfumistas y no resiste á tres gotas de agua vertidas en un trapo, cuando su ingenio se condensa en un *couplet* de *vaudeville*, y su talento en las palmas de las manos de un *alabardero*, no se comprende como personas distinguidas, que ostentan á veces un nombre ilustre, valioso ingenio y un traje de última moda, se dejen arrastrar, por seguir la corriente, á levantar al nivel de su capricho, á cier-

tas criaturas de quienes Frontin (1) no querría hacer su Liseta.

La actriz en cuestión pertenecía al número de esas bellezas á la moda. Llamábase Dolores y pasaba por española, aunque había nacido en esa Andalucía parisiense que se conoce por calle de Coquenard. Aunque sólo hay unos siete minutos de la calle de Coquenard á la de Provenza, ella empleó siete ú ocho años en recorrer aquella distancia. Su prosperidad empezó en razón inversa de su decadencia personal. Así es que, el día que se puso el primer diente postizo tuvo un caballo, y dos caballos cuando se puso dos. En la actualidad conducía un gran tren, su casa era un Louvre, ocupaba el centro de la tribuna los días de carreras en Longchamps, y daba grandes bailes á los que asistía todo París. ¿Y cuál es el *todo París* de esas damas? Pues toda esa colección de ociosos cortesanos de todos los ridículos y de todos los escándalos; el *todo París* jugador de *lansquenete* y aficionado á las paradojas, los holgazanes de la cabeza y de los brazos, matadores de su tiempo y del ajeno; los escritores que se hacen literatos para utilizar las plumas que la naturaleza ha colocado en su espalda; los bravos del vicio, los hidalgos tramposos, los caballeros de órdenes misteriosas, toda la bohemia de costumbres equivocadas, que nadie sabe de dónde viene y á dónde va; todas las criaturas anotadas y registradas; todas las hijas de Eva que vendían antes su fruto maternal en una bandeja de mimbres y hoy lo venden en los gabinetes; toda la raza corrompida, desde los pañales á la mortaja, que se encuentra en todos

(1) *Frontin*, tipo de criado de la comedia clásica francesa, parlanchín, ingenioso y desvergonzado; parecido al *Clarin* de nuestro teatro clásico.

los extremos con un Golconda (1) en la cabeza y un Tibet en sus hombros, y para quienes, sin embargo, florecen las violetas de la primavera y los primeros amores de los adolescentes. Todo aquel mundo que las *crónicas* llaman el *todo París*, era recibido en casa de la señorita Dolores, la dueña del loro en cuestión.

Aquel pájaro, cuyos talentos oratorios le habían hecho célebre por todo el barrio, se había convertido, poco á poco, en el terror de los vecinos más inmediatos. Expuesto en el balcón, hacia de su percha una tribuna en la que pronunciaba, desde por la mañana hasta la noche, discursos interminables. Algunos periodistas relacionados con su dueña le habían enseñado ciertas formalidades parlamentarias, y el volátil había adquirido una elocuencia extraordinaria en la *cuestión de los azúcares*. Se sabía de memoria el repertorio de la actriz y lo declamaba con tal exactitud que hubiera podido sustituirla en caso de indisposición. Además, así como ésta era *poliglota* en los sentimientos de su corazón y recibía visitas de las cinco partes del mundo, el loro hablaba todas las lenguas y algunas veces lanzaba en cada idioma ciertas blasfemias que hubieran hecho ruborizar á los marineros de quienes *Vert Vert*, la célebre cotorra, debió su escogida educación. La compañía de aquel pájaro, que podía ser instructiva y agradable durante diez minutos, se hacía insostenible cuando se prolongaba. Los vecinos se habían quejado varias veces; pero la actriz les había despedido con insolencia antes de terminar

(1) Antigua ciudad del Indostán hoy arruinada, célebre porque los sultanes del Dekkan habían reunido en ella inmensos tesoros en piedras preciosas.

sus quejas. Dos ó tres inquilinos, honrados padres de familia, indignados por las indiscreciones del loro que les iniciaba en ciertas costumbres relajadas, se habían despedido del casero, de quien la actriz supo descubrir el flaco.

El inglés, en cuya casa hemos visto entrar á Schaunard, tomó paciencia durante tres meses.

Un día, vistió su furor, que acababa de estallar, con el traje de las grandes ceremonias; y como si tuviera que presentarse en el besamanos de la reina Victoria, en Windsor, se hizo anunciar á la señorita Dolores.

Al verle entrar, ésta pensó en seguida que era *Hoffmann* en su traje de *lord Spleen*; y deseando acoger dignamente á un compañero de profesión, le invitó á almorzar. El inglés le respondió gravemente en un francés aprendido en veinticinco lecciones que le había enseñado un emigrado español:

—Yo aceptar invitación, á condición de comer aquel pácaro... impertinente,—y señaló la jaula del loro, que, habiendo olido que se trataba de un insular, le había saludado canturriando el *God save the king*.

Dolores pensó que el inglés, su vecino, había ido para burlarse de ella, y ya se disponía á enfadarse, cuando aquél añadió:

—Como yo ser mocho rico, yo poner precio á la bestia.

Dolores respondió que quería mucho á su pájaro, y que no deseaba verle pasar á manos ajenas.

—¡Oh! no en manos mías donde querer poner loro—respondió el inglés;—¡ser debajo pies míos! —y le enseñaba el tacón de sus botas.

Dolores se estremeció de indignación é iba á es-

tallar tal vez, cuando apercibió en el dedo del inglés una sortija, cuyo brillante representaba quizás dos mil quinientos francos de renta. Este descubrimiento fué como una ducha que cayera sobre su cólera; y reflexionó que podía ser una imprudencia el incomodarse con un hombre que llevaba cincuenta mil francos en su dedo meñique.

—Pues bien, caballero—dijo—puesto que este pobre Cocó le molesta, lo pondré en la parte de atrás; de este modo no le oirá usted.

El inglés se limitó á hacer un gesto de satisfacción.

—Sin embargo—añadió mostrando sus botas,—yo haber preferido...

—No tema usted—exclamó Dolores;—en el sitio donde lo pondré, le será imposible incomodar á milord.

—¡Oh! mi no estar milord... mi no estar solamente *esquire* (1).

Empero en el momento en que mister Birn'n se disponía á retirarse después de haberla saludado con una cortesía muy modesta, Dolores, que por ningún concepto descuidaba sus intereses, tomó un paquetito que estaba encima de una mesita y dijo al inglés:

—Caballero, esta noche celebro mi beneficio en el teatro de..., y he de interpretar tres piezas. ¿Me permite usted que le ofrezca algunas localidades de palco? Los precios sólo han sufrido un ligero aumento.

Y puso en manos del insular una decena de billetes.

(1) *Esquire*, que significa caballero en inglés, es una palabra honorífica que suele colocarse después de nombre de varón que no posea título nobiliario.

—Después de haberle complacido con tanta facilidad—pensó interiormente,—si es hombre bien educado es imposible que me los rehuse; y si me viera representar con mi traje color de rosa ¿quién sabe? ¡entre vecinos! El brillante que lleva en el dedo es la vanguardia de un millón. Por vida mía que es muy feo, y muy poco amable, pero esto me procurará la ocasión de ir á Londres sin sufrir el mareo.

El inglés, después de haber tomado los billetes, se hizo explicar por segunda vez para qué servían, y después preguntó cuánto costaban.

—Los asientos de palco cuestan á sesenta francos, hay diez... Pero esto no corre prisa—añadió Dolores viendo al inglés que se disponía á sacar la cartera;—yo espero que, en calidad de vecino, me hará el honor de visitarme de vez en cuando.

Mister Birn'n contestó:

—Mi no gustarme hacer negocios á plazo;—y sacando un billete de mil francos lo dejó sobre la mesita y se metió las localidades en el bolsillo.

—Voy á darle el cambio—dijo Dolores abriendo un pequeño *secretaire* donde guardaba el dinero.

—¡Oh! no—interrumpió el inglés,—resto para beber;—y salió dejando á Dolores fulminada por aquella frase.

—¡Para beber!—exclamó ésta cuando se quedó sola.—¡Qué bruto! Voy á devolverle el dinero.

Pero aquella grosería de su vecino no hizo más que irritar la epidermis de su amor propio; la reflexión la calmó, pensando que veinte luises de beneficio constituían al fin y al cabo una buena jugada, y que en otro tiempo había tenido que soportar peores impertinencias y más mal pagadas.

—¡Bah!—se dijo—no hay que ser tan quisquillosa. Nadie me ha visto, y he de pagar la mensualidad á la planchadora. Después de todo, este inglés maneja tan mal la lengua, que es posible se haya creído decirme una galantería.

Y Dolores se embolsó bonitamente sus veinte luises.

Pero por la noche, al volver del espectáculo, entró en su casa furiosa. Mister Birn'n no había hecho uso de los billetes y las diez localidades habían permanecido desocupadas.

Así es que, al aparecer en escena á las doce y media, la infeliz beneficiada leyó en la cara de sus amigas de entre bastidores la alegría que les rebosaba al ver la sala tan poco concurrida.

Además, oyó á una de las actrices amigas que decía á otra, enseñándole los hermosos palcos desocupados:

—Esa pobre Dolores no ha hecho más que un proscenio.

—Apenas se ve gente en los palcos.

—En la platea no hay nadie.

—¡Pardiez! Su nombre en el cartel produce en la sala el efecto de una máquina neumática.

—¡Y qué ocurrencia la de aumentar los precios de las localidades!

—Valiente beneficio. Apostaría á que los ingresos caben en una alcancía ó en el fondo de una calceta.

—¡Hola! Aquí está con su traje famoso guarnecido de mariscos de terciopelo encarnado...

—Tiene el aspecto de un plato de cangrejos.

—¿Cuánto has hecho en tu último beneficio?—preguntó una de las actrices á su compañera.

—Un lleno, amiga mía, y era día de estreno; las

butacas costaban un luís. Pero no he recibido más que seis francos: mi modista se quedó con el resto. Si no tuviera miedo á los sabañones, me iría á San Petersburgo.

—¡Cómo! ¿aun no tienes treinta años y te propones ya hacer Rusia?

—¡Qué quieres!—dijo aquélla; y añadió: Y tú ¿das pronto tu *benefit*?

—Dentro de quince días. He despachado ya localidades por valor de mil escudos, sin contar con mis oficiales.

—¡Toma! Toda la gente se marcha.

—Es que canta Dolores.

Efectivamente, Dolores, colorada como su vestido, gorjeaba su picante *couplet*. Cuando estaba terminando con suma dificultad, cayeron dos ramos á sus pies, lanzados por mano de dos actrices amigas leales súyas, que se adelantaron hasta el antepecho de su bañera, gritando:

—¡Bravo, Dolores!

No es necesario explicar la ira de ésta. Así es que, al entrar en su casa, aunque era á altas horas de la noche, abrió la ventana y despertó á Cócó, que despertó al honrado mister Birn'n, que dormía bajo la fe de la palabra que le habían dado.

Desde aquel día, se declaró la guerra entre la actriz y el inglés: guerra sin cuartel, sin tregua ni descanso, en la que ambos adversarios no habían de retroceder costase lo que costase. El loro, educado al objeto, había llegado á profundizar la lengua de Albión, y profería continuas injurias contra su vecino, en el más chillón falsete. La cosa era verdaderamente intolerable. Dolores no era menos víctima que su enemigo, pero esperaba que de un

dia á otro mister Birn'n se despediría de la casa: todo su amor propio se concentraba en esto. Por su parte, el insular había inventado toda suerte de maleficios para vengarse. Primero fundó una escuela de tambores en su salón, pero el comisario de policía intervino. Mister Birn'n, aguzando el ingenio, estableció un tiro de pistola; sus domésticos acribillaban cincuenta cartones al día. Volvió á intervenir el comisario, y le exhibió un artículo de las ordenanzas municipales que prohíbe el uso de armas de fuego en el interior de las casas. Mister Birn'n dió la orden de «alto el fuego». Pero ocho días después, la señorita Dolores se apercebíó de que llovía en su piso. El propietario visitó á mister Birn'n, á quien halló tomando baños de mar en su salón. Así era: las paredes de aquella pieza, muy espaciosa, fueron revestidas de planchas de hierro; condenáronse todas las puertas; y en aquella improvisada bañera se echaron un centenar de cargas de agua mezclada con unos cincuenta quintales de sal. Era una verdadera reducción del Océano. Nada faltaba, ni siquiera los peces. Bajábase á él por una abertura practicada en el recuadro superior de la puerta del centro, y mister Birn'n se bañaba allí cuotidianamente. Al cabo de algunos días se percibía el oleaje en el barrio y la señorita Dolores tenía media pulgada de agua en su dormitorio.

El propietario se puso furioso y amenazó á mister Birn'n con un proceso por daños y perjuicios causados en su inmueble.

—¿Es que no tener derecho—preguntó el inglés,— de bañarme en casa mía?

—No, señor.

—Si mi no tener derecho, está bien—dijo el

inglés respetando la ley del país en que vivía.— Saberme mal, mi disfrotar mocho.

Y aquella misma noche dió las órdenes oportunas para hacer secar su Océano. Era tiempo; había ya un banco de ostras en el pavimento.

Sin embargo, mister Birn'n no renunció á la lucha, y estaba buscando un medio legal para continuar aquella guerra singular, que hacía las delicias de todos los ociosos de París; pues la aventura se había extendido por los pasillos de los teatros y otros sitios públicos. Por esta causa, Dolores estaba empeñada en salir triunfante de la lucha, á propósito de la cual se habían cruzado muchas apuestas.

Entonces fué cuando á mister Birn'n se le ocurrió el piano. Y la cosa no estaba mal pensada: iba á establecerse una lucha entre el más cargante de los volátiles. Así, pues, desde que se le ocurrió aquella idea, se dió prisa á ponerla en ejecución. Alquiló un piano, y pidió un pianista. El pianista, ya lo recordarán ustedes, era nuestro amigo Schaunard. El inglés le explicó familiarmente sus desventuras á causa del papagayo de la vecina, y cuanto había hecho ya para reducir á la actriz á un acomodo.

—Pero, milord—dijo Schaunard,—hay un medio para desembarazarse de esa bestia; el perejil. Todos los químicos están de acuerdo en declarar que esta hortaliza es el ácido prúsico de esos animales: haga trinchar perejil encima de un tapete, y mándelo sacudir en la ventana, sobre la jaula de Cocó: morirá sin remisión como si le hubiese invitado á comer el papa Alejandro VI.

—Mi haber pensado en ello, pero bestia estar

TOMO II.—6

vigilada,—respondió el inglés;—estar más seguro el piano.

Schaunard miró al inglés sin comprender su idea.

—Osted oír mi combinación,—prosiguió el inglés.—La comedianta y su bestia dormir hasta medio día. Siga usted mi pensamiento... Mi proponerme interrumpir su sueño. La ley de este país autorizarme para hacer música desde la mañana hasta la noche. ¿Osted comprender lo que deseo de usted?

—El caso es que no ha de ser muy molesto para la comedianta oírme tocar todo el día, gratis por añadidura. Yo soy un pianista de primera fuerza, y si sólo tuviera medio pulmón dañado...

—¡Oh! ¡oh!—contestó el inglés.—Mi no pedir á usted música buena, sino golpear instrumento. Así,—añadió el inglés tocando una escala;—y siempre, siempre la misma cosa, sin piedad, señor músico, siempre la misma escala. Mi saber un poco medicina, esto vuelve locos. Abajo se volverán locos todos, proponerme esto. Vamos, caballero, póngase usted en seguida; yo pagar bien usted.

—Y aquí tenéis—dijo Schaunard, que acababa de contar todos los detalles que han leído ustedes,—aquí tenéis el oficio á que me dedico hace quince días. Una escala, nada más que una escala, desde la cinco de la madrugada hasta la noche. No diré que esto sea arte serio; pero, ¿qué queréis, hijos míos? El inglés me paga mi ruido á doscientos francos al mes y sería necesario ser el verdugo de sí mismo para renunciar á semejante oportunidad. Acepté, y dentro de dos ó tres días pasaré por la caja á cobrar mi primera mensualidad.

A consecuencia de sus mutuas confidencias, los tres amigos convinieron en aprovecharse de la común entrada de fondos para regalar á sus amigas el equipo primaveral que la coquetería de cada una ambicionaba desde tanto tiempo. Convinieron, además, que el que cobrara primero esperaría á los demás, á fin de que las adquisiciones se hicieran al propio tiempo, y que las señoritas Mimi, Musette y Eufemia pudiesen gozar juntas del placer de *cambiar de piel*, como decía Schaunard.

Ocurrió, pues, que á los dos ó tres días de ese conciliábulo, Rodolfo fué el primero en cobrar su poema dentístico, que pesaba ochenta francos. Al día siguiente, Marcelo firmó el recibo á Médicis del precio de diez y ocho retratos de cabos, á seis francos.

Marcelo y Rodolfo pasaban las de Cain para disimular su fortuna.

—Me parece que sudo oro,—decía el poeta.

—A mí también,—respondió Marcelo.—Si Schaunard tarda mucho tiempo, me será imposible mantener mi papel de Crespo anónimo.

Pero al día siguiente los bohemios vieron llegar á Schaunard, espléndidamente vestido con una chaqueta de nankin amarillo de oro.

—¡Ah, señor!—exclamó Eufemia, deslumbrada al ver á su amante encuadrado con tanta elegancia.—¿Dónde has encontrado este traje?

—Lo he encontrado entre mis papeles,—respondió el músico, haciendo signo á sus amigos de que le siguieran.—Ya he cobrado,—les dijo cuando estuvieron solos.—Aquí está el dinero,—y sacó un puñado de oro.

—Pues bien—exclamó Marcelo,—¡en marcha!

¡Vamos á entrar á saco en los almacenes! ¡Qué contenta se pondrá Musette!

—¡Qué contenta se pondrá Mimi!—añadió Rodolfo.—¡Vaya! ¿No vienes, Schaunard?

—Permitidme que reflexione,—respondió el músico.—Cubriendo á esas damas con mil caprichos de moda, vamos tal vez á cometer una locura. Pensadlo bien. Si llegaran á parecerse á los grabados de *La gasa de Iris*, ¿no teméis que esos esplendores influirían deplorablemente en su carácter? ¿Y es conveniente á hombres jóvenes como nosotros, tratar á las mujeres como si fuéramos unos ricachos viejos y arrugados? No es que vacile en sacrificar catorce ó diez y ocho francos para vestir á Eufemia; pero tengo mis temores; cuando posea un sombrero nuevo, quizás no querrá saludarme. ¡Está tan bien con una flor en los cabellos! ¿Qué opinas tú, filósofo?—preguntó de pronto Schaunard dirigiéndose á Colline, que había entrado unos momentos antes.

—La ingratitud es hija de las buenas acciones,—dijo el filósofo.

—Por otra parte—prosiguió Schaunard,—cuando vuestras amigas estén bien vestidas, ¿qué efecto causaréis á su lado con vuestros trajes deslucidos? Pareceréis sus criados. Y no digo esto por mí,—añadió Schaunard cuadrándose en su traje de nankín;—pues, á Dios gracias, ahora puedo presentarme en todas partes.

Sin embargo, á pesar del espíritu de oposición de Schaunard, se convino otra vez en que al día siguiente se asaltarían los bazares de la vecindad en obsequio á las damas.

Y en efecto, el día siguiente, en el mismo momento en que hemos visto, al principio de este

capítulo, la sorpresa de Mimi al despertarse sin ver á Rodolfo, el poeta y los dos amigos subían las escaleras de la casa acompañados por un dependiente de *Los dos Monos* y por una modista que llevaba muestras. Schaunard, que había comprado la famosa trompa, iba delante tocando la sinfonía de *La Caravana*.

Musette y Eufemia, llamadas por Mimi que vivía en el entresuelo, con la noticia de que les llevaban sombreros, bajaron las escaleras con la rapidez de una avalancha. Y al ver todas aquellas pobres riquezas expuestas ante sus ojos, las tres mujeres se pusieron locas de alegría. Mimi era presa de un acceso de hilaridad y saltaba como una cabra, mientras daba vueltas á un chal de lana. Musette se había echado al cuello de Marcelo, llevando en cada mano una botita verde, que iba golpeando una con otra como si fueran platillos. Eufemia miraba á Schaunard sollozando, no ocurriéndosele mas que:

—¡Ah! ¡Alejandro mío! ¡Alejandro mío!

—No hay cuidado que rehusé los presentes de Artajerjes—murmuraba el filósofo.

Cuando se hubo disipado el primer impetu de alegría, cuando hubieron escogido los géneros y pagado las facturas, Rodolfo anunció á las tres mujeres que debían arreglarse para estrenar los trajes nuevos al día siguiente.

—Saldremos al campo—dijo.

—¡Gran cosa!—exclamó Musette—no será la primera vez que haya comprado, cortado, cosido y estrenado un vestido en un día. Además, tenemos toda la noche. Estaremos prontas ¿no es verdad, señoras?

—¡Estaremos prontas!—exclamaron á un tiempo Mimi y Eufemia.

Y en el acto pusieron manos á la obra, y durante diez y seis horas no dejaron en reposo ni las tijeras ni la aguja.

El día siguiente era el primero del mes de mayo. Las campanas de Pascuas habían repicado hacía rato la resurrección de la primavera, que llegaba de todos los puntos alrededor presurosa y alegre: llegaba, como dice la balada alemana, ligera como el novio que va á plantar el árbol de mayo al pie de la ventana de su amada. Pintaba el cielo de azul, de verde los árboles y de hermosos colores todas las cosas. Despertaba al perezoso sol que dormía acostado en su lecho de nieblas, con la cabeza apoyada en las nubes preñadas de nieve que le servían de almohada, y le decía: ¡Ea, amigo! ¡ya es hora, aquí estoy! ¡Manos á la obra! Ponte sin tardanza tu hermoso vestido hecho de hermosos rayos nuevos, y asómate al balcón á anunciar mi llegada.

A cuya orden, el sol se puso efectivamente en campaña, y se paseaba orgulloso y soberbio como un cortesano. Las golondrinas, de vuelta de su peregrinación á Oriente, poblaban el aire con sus vuelos; los escaramujos cubriáanse de rosas silvestres; la violeta embalsamaba la hierba de los bosques, de donde salían de sus nidos los pajarillos con un cuaderno de romanzas bajo el ala. Era realmente la primavera, la hermosa primavera de los poetas y los enamorados, y no la primavera de Mateo Laensberg, un tiempo feo que tiene la nariz encarnada, sabañones en los dedos y que hace estremecer de frío aun en el rincón de su hogar, donde las cenizas de su último haz de leña están apagadas hace tiempo. Las brisas templadas atravesaban la transparente atmósfera, y esparcían

por la ciudad los primeros perfumes de las campiñas circunstantes. Los rayos del sol, claros y calurosos, iban á llamar á los cristales de las ventanas. Y decían al enfermo: ¡Abre, somos la salud! Y en la buhardilla de la niña asomada á su espejo, este inocente primer amor de los seres más inocentes, decían: ¡Abre hermosa, que vamos á alumbrar tu belleza! Somos los mensajeros del buen tiempo: puedes ponerte ya tu vestido de tela, tu sombrero de paja y calzar tus zapatitos más elegantes: los bosquecillos abiertos á las danzas están tachonados de hermosas flores nuevas, y los violines van á despertarse para el baile del domingo. ¡Buenos días, hermosa!

Cuando en la iglesia cercana sonó el Angelus, las tres laboriosas coquetas, que apenas si tuvieron tiempo de dormir algunas horas, estaban ya delante del espejo, dando la última ojeada á su nuevo tocado.

Las tres estaban seductoras, vestidas iguales, y llevando impreso en el rostro el mismo sello de satisfacción que produce el ver realizado un deseo que se acarició por largo tiempo.

Musette, sobre todo, estaba resplandeciente de hermosura.

—Nunca me he sentido tan contenta,—decía á Marcelo;—me parece que Dios misericordioso ha puesto en esta hora toda la dicha de mi vida ¡y tengo miedo que se me acabe! ¡Bah! cuando se acabe ésta, habrá otra. Nosotros tenemos la receta para hacerla—añadió risueña besando á Marcelo.

En cuanto á Eufemia sólo la inquietaba una cosa.

—A mí me gustan los prados y los pajarillos,—

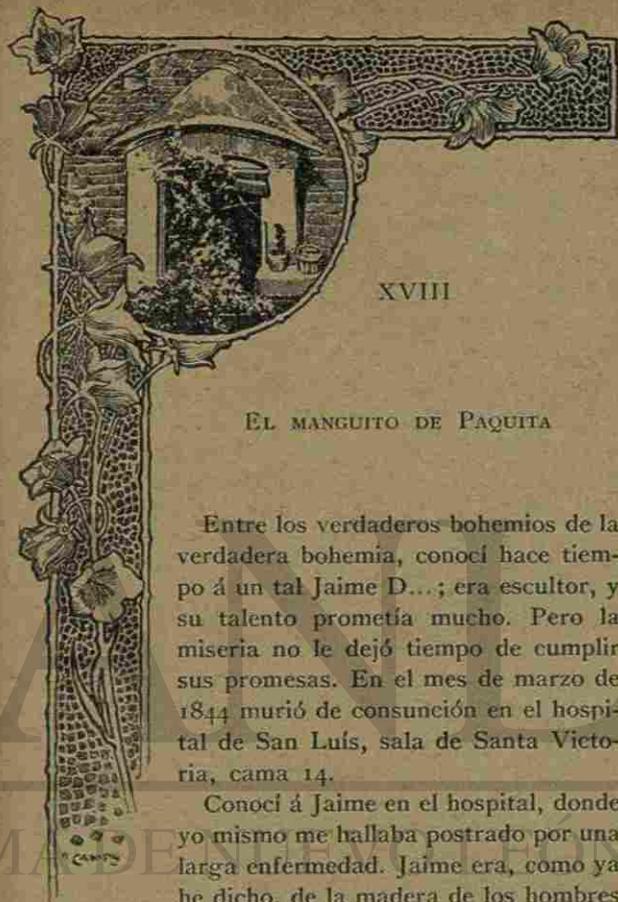
decía—pero en el campo no se encuentra á nadie, y no habrá quien vea mi lindo sombrero y mi hermoso vestido. ¿Si fuéramos de campo en el bulevar?

A las ocho de la mañana, todo el vecindario andaba revuelto por los toques de trompa de Schounard, que daba la señal de la marcha. Todos los vecinos se asomaron á las ventanas para ver pasar á los bohemios. Colline, que era de la partida, cerraba la marcha llevando las sombrillas de las damas. Una hora después toda la alegre banda estaba dispersa por los campos de Fontenay-aux-Roses.

Cuando volvieron á casa á altas horas de la noche, Colline, que durante todo el día había ejercido las funciones de tesorero, declaró que se habían olvidado de gastar seis francos, y dejó el sobrante sobre una mesa.

—¿En qué los emplearemos?—preguntó Marcelo.

—¿Si compráramos títulos de la deuda?—dijo Schounard.



XVIII

EL MANGUITO DE PAQUITA

Entre los verdaderos bohemios de la verdadera bohemia, conocí hace tiempo á un tal Jaime D...; era escultor, y su talento prometía mucho. Pero la miseria no le dejó tiempo de cumplir sus promesas. En el mes de marzo de 1844 murió de consunción en el hospital de San Luis, sala de Santa Victoria, cama 14.

Conocí á Jaime en el hospital, donde yo mismo me hallaba postrado por una larga enfermedad. Jaime era, como ya he dicho, de la madera de los hombres de talento, y no obstante, no lo daba á conocer. Durante los dos meses que le frecuenté, en los que se sentía mecido entre los brazos de la muerte, no le oí quejarse una sola vez, ni entregarse á las lamentaciones que han puesto en ridículo al artista no comprendido. Murió sin jaectancia, haciendo la mueca horrible de los agonizantes. Aquella

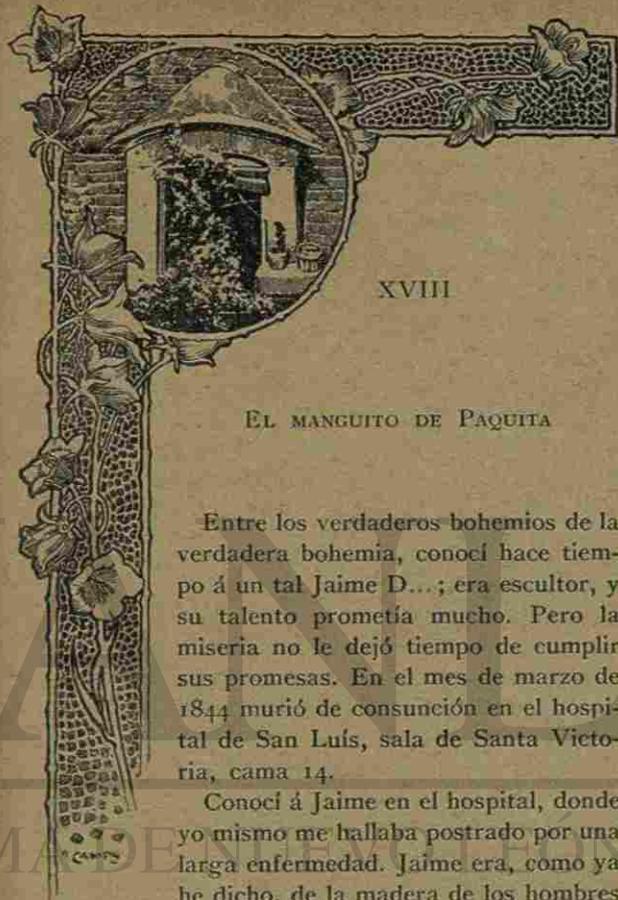
decía—pero en el campo no se encuentra á nadie, y no habrá quien vea mi lindo sombrero y mi hermoso vestido. ¿Si fuéramos de campo en el bulevar?

A las ocho de la mañana, todo el vecindario andaba revuelto por los toques de trompa de Schounard, que daba la señal de la marcha. Todos los vecinos se asomaron á las ventanas para ver pasar á los bohemios. Colline, que era de la partida, cerraba la marcha llevando las sombrillas de las damas. Una hora después toda la alegre banda estaba dispersa por los campos de Fontenay-aux-Roses.

Cuando volvieron á casa á altas horas de la noche, Colline, que durante todo el día había ejercido las funciones de tesorero, declaró que se habían olvidado de gastar seis francos, y dejó el sobrante sobre una mesa.

—¿En qué los emplearemos?—preguntó Marcelo.

—¿Si compráramos títulos de la deuda?—dijo Schounard.



XVIII

EL MANGUITO DE PAQUITA

Entre los verdaderos bohemios de la verdadera bohemia, conocí hace tiempo á un tal Jaime D...; era escultor, y su talento prometía mucho. Pero la miseria no le dejó tiempo de cumplir sus promesas. En el mes de marzo de 1844 murió de consunción en el hospital de San Luis, sala de Santa Victoria, cama 14.

Conocí á Jaime en el hospital, donde yo mismo me hallaba postrado por una larga enfermedad. Jaime era, como ya he dicho, de la madera de los hombres de talento, y no obstante, no lo daba á conocer. Durante los dos meses que le frecuenté, en los que se sentía mecido entre los brazos de la muerte, no le oí quejarse una sola vez, ni entregarse á las lamentaciones que han puesto en ridículo al artista no comprendido. Murió sin jaectancia, haciendo la mueca horrible de los agonizantes. Aquella

muerte me recuerda una de las escenas más atroces que he visto en mi vida en este mundo de dolores humanos. Su padre, sabedor del suceso, corrió para reclamar el cuerpo y estuvo regateando mucho rato para soltar los treinta y seis francos que exigía la administración. Regateó también los oficios divinos con tanta insistencia, que acabaron por rebajarle seis francos. En el momento de poner el cadáver en el ataúd, el enfermero quitó la arpillera del hospital y pidió á uno de los amigos del difunto que se encontraba presente con qué pagar la mortaja. El pobre diablo, que se hallaba sin dinero, fué á decirselo al padre de Jaime, quien se puso atrozmente furioso y preguntó si no le habían cansado bastante aún.

La hermana novicia que asistía á esa monstruosa disputa echó una ojeada sobre el cadáver y dejó escapar esta tierna é ingenua frase:

— ¡Oh! caballero, así no se le puede enterrar, pobre muchacho: ¡hace tanto frío! Pónganle al menos una camisa, para que no llegue completamente desnudo á la presencia de Dios misericordioso.

El padre del artista dió cinco francos y el amigo pudo comprar una camisa; pero aquél recomendó que fuera á un almacén de géneros de la calle de la Grange-aux-belles, que vendía ropa blanca de ocasión.

— Así costará menos — añadió.

La crueldad del padre de Jaime me fué explicada más tarde; estaba furioso porque su hijo quiso abrazar la carrera de las bellas artes, y su cólera no se apaciguó ni siquiera ante el ataúd.

Pero me he ido muy lejos de la señorita Paquita y de su manguito. Prosigo: la señorita Paquita había sido la primera y única amante de Jaime,

quien, por cierto, no había muerto en edad avanzada, pues tenía apenas veintitrés años en la fecha en que su padre quería enterrarle completamente desnudo. Aquel amor me fué relatado por el mismo Jaime, cuando él estaba en el número 14 y yo en el número 16 de la sala de Santa Victoria, un sitio muy feo para morir.

Ahora que me acuerdo, antes de empezar esta relación, que sería muy hermosa si supiera contarla tal como la oí de mi amigo Jaime, dejadme fumar una pipa en la vieja pipa de tierra que me regaló el día que el médico le prohibió su uso. No obstante, por la noche, mientras el enfermero dormía, mi amigo me pedía por favor su pipa con un poco de tabaco: son tan largas y fastidiosas las noches en aquellas grandes salas, que no se puede dormir y se sufre mucho.

— Nada más que una ó dos chupadas — me decía, — y yo le dejaba hacer, y la hermana Santa Genoveva hacía como si no notara el humo cuando pasaba para hacer la ronda. ¡Ah! ¡buena hermana! ¡qué buena era usted, y qué hermosa cuando venía á echarnos agua bendita! La veíamos venir de lejos, andando dulcemente bajo las sombrías bóvedas, con sus tocas blancas, que tan bonitos pliegues hacían, y que tanto admiraba nuestro amigo Jaime. ¡Ah! ¡buena hermana! Usted era la Beatriz de aquel infierno. Eran tan dulces sus consuelos, que nos quejábamos siempre para ser consolados por usted. Si mi amigo Jaime no hubiera muerto aquel día que nevaba, habría concluido para usted una pequeña Virgen para que la tuviera en su celda ¡buena hermana Santa Genoveva!

UN LECTOR. — Oiga usted ¿y el manguito? Hasta ahora no lo veo.

OTRO LECTOR.—¿Y la señorita Paquita, dónde está?

PRIMER LECTOR.—¡No es muy alegre, que digamos, esa historia!

SEGUNDO LECTOR.—Veamos cómo termina.

—Yo les pido perdón, señores, la pipa de mi amigo Jaime me ha arrastrado á esas digresiones. Pero, á decir verdad, yo no les he prometido hacerles reír siempre. No todos los días son alegres en la Bohemia.

Jaime y Paquita se hablan encontrado en una casa de la calle de la *Tour-d'Avvergue*, donde se instalaron al mismo tiempo al finalizar el mes de abril.

El artista y la joven pasaron ocho días sin entablar las relaciones de vecindad á que se ven casi siempre obligados los que viven en un mismo rellano; sin embargo, sin haberse cruzado una sola palabra, se conocían ya mutuamente. Paquita sabía que su vecino era un pobre diablo de artista, y Jaime averiguó que su vecina era una costurera que se había escapado de su familia por no poder soportar los malos tratamientos de su madrastra. La pobre muchacha hacía prodigios de economía para, como se dice, hacer hervir el puchero; y como nunca conoció lo que era felicidad, no la deseaba. Y he aquí cómo se comunicaron á través de la pared medianera que les separaba. Una tarde del mes de abril, Jaime volvió á su casa rendido por la fatiga, en ayunas desde por la mañana y profundamente triste, con una de esas vagas tristezas que no provienen de ninguna causa conocida, y que se apodera de todo el ser, constantemente, una especie de apoplejía del corazón á la que están sujetos particularmente los desdichados que viven solitarios. Jaime, que se ahogaba en

su estrecha celda, abrió la ventana para respirar un poco de aire. El crepúsculo estaba hermoso, y el sol poniente desplegaba sus melancólicas combinaciones sobre las colinas de Montmartre. Jaime se quedó pensativo en la ventana, escuchando el coro alado de las armonías primaverales que cantaban entre la calma del crepúsculo, y esto aumentaba su tristeza. Vió pasar un cuervo que dió un chillido, y pensó en el tiempo en que los cuervos llevaban un pan á Elías, el solitario piadoso, y sacó la consecuencia de que los cuervos ya no eran caritativos. Después, no pudiendo aguantar más, cerró la ventana, corrió la cortina, y como no tenía con qué comprar aceite para su lámpara, encendió una vela de resina que había traído de un viaje á la Gran Cartuja. Y con más tristeza que nunca, cargó su pipa.

—Afortunadamente, me queda suficiente tabaco para ocultar la pistola—murmuró—y se puso á fumar.

Debía de estar muy triste aquella noche Jaime, para que se decidiera á cubrir la pistola. Era su recurso supremo en las grandes crisis, y con frecuencia le daba buenos resultados. Su sistema era éste: Jaime, fumaba un tabaco que rociaba con unas gotas de láudano, y seguía fumando hasta que la humareda que salía de su pipa se hacía tan espesa, que tapaba los objetos que estaban en su cuartito, y sobre todo una pistola colgada en la pared. Para ello bastaban unas diez chupadas. Cuando la pistola se hacía completamente invisible, sucedía que el humo y el láudano combinados adormecían á Jaime, y sucedía también con frecuencia que su tristeza le abandonaba al umbral de sus sueños.

Pero aquella noche gastó todo su tabaco, la

pistola se había ocultado completamente, y Jaime continuaba estando amargamente triste. Aquella noche, por el contrario, la señorita Paquita estaba extremadamente alegre cuando volvió á su casa, y su alegría no obedecía á causa ninguna, como la tristeza de Jaime: era una de esas alegrías que vienen del cielo y que Dios misericordioso echa en los buenos corazones. La señorita Paquita, pues, estaba de buen humor y subía las escaleras tarareando. Pero cuando estaba abriendo la puerta, entró una ráfaga de viento por la ventana abierta en el rellano y se apagó de pronto su vela.

—¡Dios mío, que contrariedad!— exclamó la joven.—Tener que bajar y subir otra vez seis pisos.

Pero observando que salía luz á través de la puerta del cuarto de Jaime, un instinto de pereza, aguijoneado por un sentimiento de curiosidad, la instó á que fuera á pedir lumbre al artista.—Es un favor común entre vecinos—pensó—y no tiene nada de comprometedor.—Así, pues, dió dos golpecitos en la puerta de Jaime, que abrió, algo sorprendido por aquella tardía visita. Pero apenas hubo ella dado un paso en el cuarto, la humareda que lo inundaba la sofocó súbitamente, y sin poder pronunciar una palabra, cayó desvanecida en una silla, dejando caer su candelabro y la llave. Eran ya las doce de la noche y todo el mundo dormía en la casa. Jaime no creyó necesario pedir auxilio, temiendo ante todo comprometer á su vecina. Se limitó, pues, á abrir la ventana para que penetrara libremente el aire; y después de salpicar con agua el rostro de la joven, vió que se entreabrían sus ojos y que volvía en sí poco á poco. Cuando al cabo de cinco minutos hubo recobrado el conocimiento, Paquita explicó el

motivo que la condujo á casa del artista, excusándose con calor de lo que había ocurrido.

—Ahora que estoy repuesta—añadió—me retiraré.

Y ya había abierto la puerta del cuarto, cuando notó que no sólo se olvidaba de encender su vela, sino que se dejaba la llave de su cuarto.

—Que distraída soy—dijo acercando su vela de resina;—he entrado aquí para pedirle lumbre y me voy sin encender.

Pero, en el mismo instante, la corriente de aire que se estableció en la habitación entre la puerta y la ventana que habían quedado abiertas, apagó súbitamente la vela, y ambos jóvenes se quedaron á oscuras.

—Ni que lo hiciera expreso—dijo Paquita.—Dispense usted, caballero, las molestias que le ocasiono y tenga la bondad de encender luz para que pueda buscar la llave.

—Voy, señorita—respondió Jaime buscando los fósforos á tientas.

Pronto los encontró. Pero una idea singular atravesó su mente; se metió los fósforos en el bolsillo, exclamando:

—¡Cuánto lo siento, señorita! Se presenta otra dificultad. No tengo aquí más fósforos, porque he encendido el último al entrar en casa.—¡No está mal pensada la treta!—pensó entre sí.

—¡Ay Dios mío! ¡Dios mío!—decía Paquita.—Todavía podría entrar en casa sin luz, el cuarto no es tan grande que me pueda extraviar. Pero necesito la llave; caballero, yo se lo ruego, ayúdeme á buscarla; debe estar en el suelo.

—Busquemos, señorita,—dijo Jaime.

Y allí tenéis á los dos buscando entre la obscuridad el objeto perdido; pero, como si el instinto

les guiara, hubo un momento en que sus manos, que iban á tientas por el mismo sitio, se encontraron diez veces por minuto. Y como uno y otro eran muy torpes, no supieron hallar la llave.

—La luna, que ahora está oculta por las nubes, entra de lleno en mi cuarto,—dijo Jaime.—Esperemos un poco. Pronto podrá alumbrarnos en nuestras pesquisas.

Y mientras esperaban la aparición de la luna, empezaron á conversar. Una conversación á oscuras, en una habitación reducida y en una noche de primavera; una conversación que, empezando por ser frívola é insignificante, penetra hasta el capitulo de las confidencias, ya podéis imaginaros hasta dónde puede llegar... Las frases se hacen confusas poco á poco, y llenas de reticencias; la voz baja, las palabras intercaladas con suspiros... Las manos que se encuentran acaban la frase que del corazón sube á los labios, y... Buscad la conclusión entre vuestros recuerdos, oh jóvenes parejas. Acuérdesse usted, joven, acuérdesse usted, niña, ustedes que van juntos dándose las manos, y que apenas hace dos días no se habían visto aún.

Por fin, la luna se desenmascaró y su blanca claridad inundó el cuartito; la señorita Paquita salió de su ensueño lanzando un grito sofocado.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Jaime, rodeándola el talle con los brazos.

—Nada,—murmuró Paquita;—creí que llamaban.—Y sin que Jaime se aperebiera, con el pie echó debajo de un mueble la llave que acababa de ver.

Ya no quería encontrarla.

PRIMER LECTOR.—No dejaría este cuento en manos de mi hija.

SEGUNDO LECTOR.—Hasta ahora no he visto siquiera un pelo del manguito de la señorita Paquita; y en cuanto á ella, todavía no sé cómo es, si morena ó rubia.

—Paciencia, lectores, paciencia. Yo os he prometido un manguito y os lo daré al final, del mismo modo que mi amigo Jaime hizo con su pobre amiga Paquita, que se había convertido en su amante, según acabo de explicar en la línea de puntos que he puesto más arriba. Paquita era rubia, rubia y alegre; lo que no es muy común. Había ignorado lo que era amor hasta los veinte años; pero un vago presentimiento de su próximo fin la susurró que no debía tardar si deseaba conocerlo.

Encontró á Jaime y le amó. Sus relaciones duraron seis meses. Se enamoraron en primavera y se separaron en otoño. Paquita era tísica y lo sabía, y su amigo Jaime lo sabía también: quince días después de haberse unido con la joven, lo supo por un amigo suyo que era médico.

—Se marchará cuando amarilléen las hojas,—le dijo éste.

Paquita oyó aquella confidencia y se apercibió de la desesperación que había causado á su amigo.

—¿Qué importan las hojas amarillentas?—le decía, poniendo todo su amor en una sonrisa.—¿Qué importa el otoño, si estamos en verano y las hojas son verdes? Aprovechémonos, amigo mío... Cuando me veas próxima á marcharme de la vida, tú me tomarás entre tus brazos besándome y me impedirás que me vaya. Yo soy obediente, ya lo sabes, y me quedaré.

Y aquella simpática criatura atravesó así, durante cinco meses, las miserias de la vida bohem

mia, con llanto y la sonrisa en los labios. En cuanto á Jaime, se dejaba engañar. Su amigo le decía con frecuencia:

—Paquita va peor, necesita cuidados.

Entonces Jaime recorría todo París para hallar con qué pagar la receta del médico; pero Paquita no quería oír hablar de medicinas y las tiraba por la ventana. Por la noche, cuando tenía ataques de tos, salía del cuarto y se iba á la meseta de la escalera para que Jaime no la pudiera oír.

Un día que anduvieron juntos al campo, Jaime observó un árbol cuyas hojas empezaban á amarillear y miró tristemente á Paquita que andaba despacio algo estática.

Paquita vió que Jaime palidecía y comprendió la causa de su palidez.

—Eres un tonto—le dijo besándole,—estamos en julio; hasta octubre, quedan tres meses; amándonos noche y día como hacemos, doblaremos el tiempo que debemos pasar juntos. Y después, si me siento peor cuando amarilleen las hojas, nos iremos á vivir entre un bosque de abetos: así las hojas estarán siempre verdes.

.....
Cuando llegó el mes de octubre, Paquita se vió obligada á guardar cama. El amigo de Jaime la cuidaba... La pequeña habitación donde vivían estaba situada en lo más alto de la casa y daba á un patio en el que se levantaba un árbol, que iba despojándose cada día más. Jaime había puesto una cortina en la ventana para impedir la vista de aquel árbol á la enferma; pero Paquita exigió que retirara la cortina.

—Amigo mío—decía á Jaime,—te he de dar cien veces más besos que hojas quedan...—Y añá-

día:—Yo estoy mejor, además... Pronto saldré; pero como hará frío y no quiero tener las manos encarnadas, me comprarás un manguito.—Durante toda su enfermedad el tal manguito fué su constante deseo.

La víspera de Todos los Santos, viendo á Jaime más desolado que nunca, quiso infundirle valor; y para probarle que estaba mejor, se levantó.

En aquel instante llegó el médico y la hizo acostar otra vez á la fuerza.

—Jaime—dijo al oído del artista,—¡valor! Todo se ha acabado, Paquita se muere.

Jaime se deshizo en lágrimas.

—Dale todo cuanto te pida: ya no hay esperanza.

Paquita oyó con los ojos lo que el médico dijo á su amante.

—No le creas—gritó extendiendo los brazos hacia Jaime,—miente, no le creas. Mañana aun estaremos juntos... Es el día de Todos los Santos; hará frío, cómprame un manguito... Yo te lo ruego, para este invierno temo los sabañones.

Jaime iba á salir con su amigo, pero Paquita retuvo al médico á su lado.

—Ve á buscar mi manguito—dijo á Jaime,—tómalo bueno, que dure mucho.

Y cuando estuvieron solos, dijo al médico:

—¡Oh doctor! Voy á morir, no lo ignoro... Pero antes de marcharme, busque usted algo que me de fuerzas para una noche, yo se lo suplico; concédame otra hermosa noche, y no importa que me muera después, puesto que Dios todopoderoso no quiere que viva por más tiempo...

Mientras el médico le estaba consolando lo mejor que sabía, una ráfaga de viento frío hizo en-

trar en el cuarto, rebatiéndola sobre la cama, una hoja amarilla, arrancada del árbol que había en el patio.

Paquita abrió la cortina y vió el árbol completamente desnudo.

—Es la última,—dijo poniendo la hoja sobre la almohada.

—No morirá usted hasta mañana—le dijo el médico,—todavía le queda una noche.

—¡Ah! ¡Qué dicha!—dijo la joven.—Una noche de invierno... qué larga será.

En esto volvió Jaime, trayendo un manguito.

—¡Qué bonito es!—dijo Paquita.—Lo llevaré cuando salga.

Y pasó la noche con Jaime.

Al día siguiente, fiesta de Todos los Santos, al toque de mediodía, entró en agonía y empezó á temblar por todo el cuerpo.

—Tengo frío en las manos,—murmuró;—dame mi manguito.

Y hundió sus pobres manos en el abrigo...

—Se acabó,—dijo el médico;—bésala.

Jaime pegó sus labios en los de su amiga. En el último momento quisieronle quitar el manguito, pero ella lo retuvo entre sus crispadas manos.

—No, no,—dijo;—dejádmelo: estamos en invierno; hace frío. ¡Ah! ¡Pobre Jaime mío!... ¡Pobre Jaime mío!... ¿Qué será de ti? ¡Ah, Dios mío!

Y al día siguiente Jaime estaba solo.

PRIMER LECTOR.—Ya lo decía yo que la historia no tenía nada de alegre.

—¿Qué quiere usted, lector? No podemos reír siempre.

II

Era la mañana del día de Todos los Santos. Paquita acababa de morir.

Dos hombres velaban á la cabecera: el uno, que estaba de pie, era el médico; el otro, arrodillado al lado de la cama, pegaba sus labios en la mano de la muerta, y parecía que quería sellárselas con un beso desesperado; era Jaime, el amante de Paquita. Hacía seis horas que permanecía en un estado de dolorosa insensibilidad. Un organillo que pasó por debajo de las ventanas le sacó de su postración.

Aquel organillo tocaba una canción que Paquita acostumbraba á cantar por la mañana al despertarse.

Una de esas esperanzas insensatas que sólo pueden nacer en las grandes desesperaciones, hirió la mente de Jaime. Retrocedió un mes en su pasado, cuando Paquita sólo estaba moribunda; olvidó la hora presente, y se imaginó por un momento que la difunta sólo estaba dormida, y que iba á despertarse en seguida con la boca entreabierto al canto de su estribillo matutino.

Pero aun no estaban extinguidos los sonos del organillo, que ya Jaime se había dado cuenta de la realidad. Los labios de Paquita se habían cerrado eternamente para las canciones, y la sonrisa que en ellos dibujó su último pensamiento se iba borrando, dejando su sitio á la muerte.

—¡Valor, Jaime!—dijo el médico, amigo del escultor.

Jaime se levantó y dijo mirando al doctor:

—¿Todo se ha acabado, no es verdad? ¿No queda esperanza alguna?

Sin contestar á esta locura, el amigo cerró las cortinas del lecho; y acercándose en seguida al escultor, le tendió la mano.

—Paquita ha muerto...—dijo;—lo debíamos esperar. Dios sabe que hemos hecho cuanto estaba en nosotros por salvarla. Era una muchacha honrada, Jaime, que te ha amado mucho, mucho más de lo que la amabas tú mismo; pues su amor sólo estaba hecho de amor, mientras que el tuyo era una mezcla impura. Paquita ha muerto... pero no ha acabado todo, precisa pensar en hacer las diligencias necesarias para su entierro. Vamos á ocuparnos de esto los dos, y durante nuestra ausencia rogaremos á vuestra vecina que la vele.

Jaime se dejó arrastrar por su amigo. Durante todo el día estuvieron en la alcaldía, en la administración de pompas fúnebres y en el cementerio. Como Jaime no tenía dinero, el médico empeñó su reloj, una sortija y algunas prendas de vestir para subvenir á los gastos del entierro, que fué señalado para el día siguiente.

Era ya tarde cuando volvieron á casa; la vecina obligó á Jaime á comer un bocado.

—Sí,—dijo,—comeré; tengo frío, y necesito cobrar fuerzas para trabajar esta noche.

La vecina y el médico no comprendieron.

Jaime se sentó á la mesa y comió con tanta precipitación algunos bocados que por poco se ahoga. Entonces pidió de beber. Pero al acercar el vaso á la boca, Jaime lo dejó caer al suelo. El vaso, que se hizo mil pedazos, había despertado en la memoria del artista un recuerdo que á su vez despertaba su dolor mitigado por un momento. El día en que Paquita había entrado por primera vez en su casa, la joven, que ya estaba enferma, se sintió

indispuesta, y Jaime la dió á beber un poco de agua con azúcar en aquel vaso. Más tarde, cuando vivían juntos, habían hecho de aquel objeto una reliquia de amor.

En sus escasos momentos de riqueza, el artista compraba para su amiga una ó dos botellas de un vino fortificante cuyo uso le estaba prescrito, y en aquel mismo vaso bebía Paquita aquel licor que le daba un agradable placer.

Jaime se quedó más de media hora mirando, sin decir palabra, aquellos fragmentos esparcidos de aquel frágil y querido recuerdo, y le pareció que también su corazón acababa de romperse y que sentía desgarrársele el pecho con sus estallidos. Cuando volvió en sí, recogió los pedazos de vidrio, y los tiró á un cajón. Después, rogó á la vecina que fuese á comprar dos bujías y á avisar al portero que le subiera un cubo de agua.

—No te vayas—dijo al médico, que ni siquiera lo había imaginado;—pronto tendré necesidad de ti.

Trajéronle el agua y las bujías; los dos amigos se quedaron solos.

—¿Qué quieres hacer?—dijo el médico viendo que Jaime, después de haber echado agua en una artesa de madera, iba tirando en ella escayola á puñados uniformes.

—¿No adivinas lo que voy á hacer?—dijo el artista;—voy á sacar el molde de la cabeza de Paquita; y como me faltaría valor si me quedara solo, te quedarás.

Jaime corrió en seguida las cortinas de la cama y quitó el paño con que habían cubierto el rostro de la muerta. La mano de Jaime empezó á temblar y un sollozo ahogado ascendió á sus labios.

—Trae las bujías—gritó á su amigo,—y ven á sostenerme la artesa. Una de las velas fué colocada á la cabecera de la cama, de modo que iluminase completamente el rostro de la tísica, la otra bujía fué colocada á los pies. Con ayuda de un pincel empapado en aceite de oliva, el artista untó las cejas, los párpados y los cabellos, que compuso tal como los llevaba ordinariamente Paquita.

—Así no sufrirá cuando le quitemos la mascarilla—murmuró Jaime para sí.

Tomadas estas precauciones, y después de haber dispuesto la cabeza de la muerta en posición favorable, Jaime empezó á verter el yeso por capas sucesivas hasta que el molde obtuvo el espesor necesario. Al cabo de un cuarto de hora la operación quedó terminada con toda felicidad.

Por una extraña rareza, se había operado un cambio en el rostro de Paquita. La sangre, que no había tenido aún tiempo de coagularse completamente, calentada sin duda por el calor del yeso al endurecerse, había afluído á las regiones superiores, matizando con transparentes veladuras sonrosadas la palidez mate de la frente y de las mejillas. Los párpados, que se levantaron al levantar el molde, dejaban ver el azul tranquilo de los ojos, cuya mirada parecía que guardaba un vislumbre de inteligencia; y de sus labios entreabiertos por el esbozo de una sonrisa, parecía como que saliera, olvidada en el postrer adiós, aquella última palabra que oye el corazón únicamente.

¿Quién podría afirmar que la inteligencia acaba completamente allí donde empieza la insensibilidad del ser? ¿Quién puede decir que las pasiones se extinguen y mueren junto con la última pulsación del corazón que agitaron? ¿No podría el alma

quedarse algunas veces voluntariamente cautiva del cuerpo ya encerrado en el ataúd, y desde el fondo de su cárcel carnal, observar por un momento los duelos y los llantos? ¿Los que se van tienen tantos motivos para desconfiar de los que se quedan!

En el momento en que se le ocurrió á Jaime conservar sus facciones por medio del arte, ¿quién sabe si un pensamiento de ultratumba pudo despertar á Paquita al principio de su sueño eterno? Tal vez recordó que el hombre que acababa de dejar era artista al propio tiempo que su amante; que era uno y otro, porque no podía dejar de ser lo uno ni lo otro, que para él el amor era el alma del arte, y que, si la había amado tanto, es porque ella había sabido ser mujer y amante, sentimiento y forma. Y entonces, quizás, Paquita, queriendo dejar á Jaime su imagen humana que era para él la encarnación de su ideal, había sabido, muerta, helada ya, revestir otra vez su cara con todas las galas del amor y con todas las gracias de la juventud: resucitar el objeto de arte.

Y puede ser también que la pobre niña pensara la verdad; pues hay entre los verdaderos artistas, Pigmaliones originales que, al contrario del antiguo, querrian convertir en mármol á sus vivientes Galateas.

Ante la serenidad de aquel rostro, en el que la agonía no había dejado huellas, nadie hubiera podido dar crédito á los largos sufrimientos que habían servido de prefacio á la muerte. Paquita parecía que proseguía su sueño de amor; y viéndola de aquel modo, hubiérase dicho que se había muerto de belleza.

El médico, abatido por el cansancio, dormía en un rincón.

En cuanto á Jaime, había vuelto á hundirse en la duda. Su alucinado espíritu se obstinaba en creer que la mujer á quien tanto había amado iba á despertarse; y como algunas ligeras contracciones nerviosas, determinadas por la acción reciente del vaciado, rompían á intervalos la inmovilidad del cuerpo, aquel simulacro de vida mantenía á Jaime en su dichosa ilusión, que duró hasta la mañana, á la hora en que un comisario vino á certificar la defunción y á autorizar el sepelio.

Por otra parte, si fué precisa la locura de la desesperación para dudar de la muerte al aspecto de aquella hermosa criatura, precisaba para creer en ella toda la infalibilidad de la ciencia.

Mientras la vecina amortajaba á Paquita, se habían llevado á Jaime á otro cuarto, donde halló algunos amigos suyos que habían ido para acompañar el fúnebre cortejo. Los bohemios se abstuvieron de prodigar á Jaime, á quien sin embargo querían fraternalmente, todos aquellos consuelos que no hacen más que irritar el dolor. Sin pronunciar ni una de esas palabras tan difíciles de hallar y tan penosas de oír, iban uno á uno á estrechar la mano de su amigo.

—Esta muerte es una gran desgracia para Jaime—exclamó uno de ellos.

—Sí—respondió el pintor Lázaro, espíritu valeroso que había sabido dominar desde sus principios las rebeliones de la juventud imponiéndoles la inflexibilidad de su propósito, y en quien el artista había acabado por anular al hombre,—sí; pero es una desgracia que ha introducido voluntariamente en su vida. Desde que conoció á Paquita, Jaime ha cambiado completamente.

—Ella le ha hecho feliz—dijo otro.

—¡Feliz!—replicó Lázaro—¿qué entendéis por felicidad? ¿por qué llamáis dicha á una pasión que reduce á un hombre al estado en que se encuentra ahora Jaime? Enseñadle una obra maestra: no fijaría en ella la vista; y para volver á ver una vez más á su amante, estoy seguro que andaría por encima de un Ticiano ó un Rafael. Mi amante es inmortal y no me engañará nunca. Vive en el Louvre y se llama *Gioconda*.

En el momento en que Lázaro iba á proseguir en sus teorías sobre el arte y el sentimiento, avisaron que el cortejo se ponía en marcha hacia la iglesia.

Después de unos cortos rezos, la comitiva se dirigió al cementerio... Como era precisamente el día de Difuntos, una muchedumbre inmensa llenaba el fúnebre asilo. Muchas personas se volvían para mirar á Jaime que seguía el féretro con la cabeza descubierta.

—¡Pobre muchacho!—decía uno—es su madre sin duda.

—Será su padre—decía otro.

—Es su hermana—decían en otro lado.

Sólo un poeta, que había ido á estudiar aquella fiesta de los recuerdos que se celebra una vez al año bajo las nieblas de noviembre, al ver pasar á Jaime, adivinó que seguía los despojos de su amada.

Así que llegaron á la fosa reservada, los bohemios, con la cabeza descubierta, se alinearon alrededor. Jaime se situó al borde, con su amigo el médico que le sostenía por el brazo.

Los enterradores tenían prisa y quisieron hacer rápidamente las cosas.

—No habrá discursos—dijo uno de ellos.—
¡Tanto mejor! ¡Ea, camarada, vamos allá!

Y sacando el ataúd del coche, lo deslizaron con cuerdas hasta el fondo de la fosa. El hombre retiró las cuerdas y salió del agujero: luego, ayudado por uno de sus compañeros, tomó una pala y empezó á tirar paletadas de tierra. La fosa quedó bien pronto colmada. Encima, plantaron una pequeña cruz de madera.

El médico oyó á Jaime que entre sollozos dejaba escapar esta exclamación egoísta:

—¡ Oh mi juventud! ¡ cómo la estáis enterrando!

Jaime formaba parte de una sociedad llamada *Los Bebedores de agua*, que fué fundada sin duda á imitación del famoso cenáculo de la calle de los Cuatro Vientos, citado en la hermosa novela *El grande hombre provinciano*. Una sola diferencia distinguía á los hombres del cenáculo de los bebedores de agua, que, como todos los imitadores, habían exagerado el sistema que querían poner en práctica. Esa diferencia consiste en el hecho que, en el libro de Balzac, los miembros del cenáculo acaban por alcanzar el objeto que se proponían y prueban que todo sistema es bueno si sale bien; al paso que al cabo de algunos años de existencia, la sociedad de *Los Bebedores de agua* se había disuelto espontáneamente por defunción de sus miembros, sin que el nombre de ninguno haya quedado unido á una obra que pueda atestiguar su existencia.

Durante sus amores con Paquita, las relaciones de Jaime con la sociedad de *Los Bebedores* se hicieron menos frecuentes. Las necesidades de la existencia habían obligado al artista á violar ciertas condiciones, firmadas y juradas solemnemente

por los bebedores de agua, el día en que se fundó la sociedad.

Encaramados eternamente en los zancos de un orgullo absurdo, aquellos jóvenes habían erigido en principio soberano, dentro su asociación, que nunca debían abandonar las altas cimas del arte, es decir, que á pesar de su miseria mortal, ninguno de ellos debía hacer concesión alguna á la necesidad. Así, por ejemplo, el poeta Melchor no hubiera abandonado jamás lo que él llamaba su lira, para escribir un prospecto comercial, ó una profesión de fe. Esto era bueno para el poeta Rodolfo, que no valía nada y lo hacía todo, y que no dejaba pasar jamás una moneda de cinco francos sin tirar contra ella, no importa con qué. El pintor Lázaro, orgulloso harapiento, no hubiera querido ensuciar sus pinceles para hacer el retrato de un sastre con un papagayo en el dedo, como nuestro amigo el pintor Marcelo había hecho tiempo atrás á cambio del famoso traje conocido con el sobrenombre de *Matusalén*, que la mano de sus amantes había cruzado de remiendos. Mientras vivió en comunión de ideas con los *Bebedores de agua*, el escultor Jaime había soportado la tiranía de la constitución de la sociedad; pero desde que conoció á Paquita, no quiso asociar á la pobre niña, enferma ya, al régimen que había aceptado íntegramente estando solo. Jaime era antes que todo un carácter probo y leal. Fué á encontrar al presidente de la sociedad, el exclusivista Lázaro, y le participó que en adelante aceptaría cualquier trabajo que se le presentara.

—Amigo mío—le respondió Lázaro—tu declaración de amor era ya tu dimisión de artista. Nosotros continuaremos siendo amigos tuyos si quieres, pero no seremos tus consocios. Haz el oficio

con toda libertad; para mí ya no eres un escultor, eres un amasador de barro. Es cierto que así podrás beber vino, pero nosotros que continuaremos bebiendo nuestra agua y comiendo nuestro pan de munición, seguiremos siendo artistas.

Dijera lo que quisiera Lázaro, Jaime siguió siendo artista. Pero para conservar á Paquita á su lado, se dedicó, cuando se le ofrecía ocasión, á trabajos productivos. Así fué que trabajó mucho tiempo en el taller del tallista Romagnesi. De hábil ejecución y de ingeniosa inventiva, Jaime hubiera podido, sin abandonar el arte serio, adquirir una gran reputación en aquel género de composiciones que se han convertido en uno de los principales elementos del comercio de lujo. Pero Jaime era holgazán, como todos los verdaderos artistas, y amante como los poetas. La juventud se había despertado en él tardíamente, pero con ardor; y presintiendo su próximo fin, quiso gastarla enteramente entre los brazos de Paquita. Así es, que ocurrió con frecuencia que llamaran á su puerta buenas propuestas de trabajo sin que Jaime quisiera contestar, porque hubiera tenido que molestarle, cuando se hallaba perfectamente ensimismado en los resplandores de las pupilas de su amada.

Cuando murió Paquita, el escultor fué á ver á sus antiguos amigos los *Bebedores*. Pero el espíritu de Lázaro predominaba en el círculo, y cada uno de los miembros vivía cristalizado en el egoísmo del arte. Jaime no encontró allí lo que buscaba. No supieron comprender su desesperación que quisieron calmar con razonamientos; y viendo su poca simpatía, Jaime prefirió aislar su dolor antes que verlo expuesto á discusión. Rompió,

pues, completamente con los *Bebedores de agua* y se fué á vivir solo.

Cinco ó seis días después del entierro de Paquita, Jaime fué á encontrar á un marmolista del cementerio del Monte Parnaso, y le ofreció un contrato bajo las condiciones siguientes: el marmolista debería colocar alrededor de la tumba de Paquita una verja que Jaime dibujaría, y entregaría, además, al artista un bloque de mármol blanco, á cambio de lo cual, Jaime se pondría durante tres meses á disposición del marmolista, ya fuera como á tallista en piedra, ya como á escultor. El constructor de panteones tenía entonces muchos encargos extraordinarios; fué á visitar el taller de Jaime, y á la vista de los trabajos empezados, adquirió la convicción de que la casualidad que le había conducido á Jaime era una buena fortuna para él. Ocho días después, la tumba de Paquita tenía verja, y en medio, la cruz de mármol, con el nombre grabado en hueco.

Por fortuna, Jaime tuvo que habérselas con un buen hombre, que comprendió que cien kilogramos de hierro colado y tres pies cuadrados de mármol de los Pirineos no podían gratificar los tres meses de trabajos de Jaime, cuyo talento le hizo ganar algunos miles de escudos. Ofreció al artista asociarle á su empresa, mediante un cierto interés, pero Jaime no quiso aceptar. La escasa variedad de los asuntos artísticos que debía tratar repugnaba á su natural inventiva; y además, tenía ya lo que quería, un pedazo de mármol de cuyas entrañas quería hacer salir una obra maestra que destinaba á la tumba de Paquita.

Al empezar la primavera, la situación de Jaime mejoró; su amigo, el médico, le puso en relación

con un gran señor extranjero que acababa de fijar su residencia en París, y hacía construir un magnífico chalet en uno de los más hermosos barrios. Varios artistas célebres fueron llamados á contribuir al lujo de aquel pequeño palacio. Jaime recibió el encargo de modelar una chimenea de salón. Me parece ver todavía los cartones de Jaime; era una cosa deliciosa: todo el poema del invierno estaba descrito en aquel mármol que debía servir de marco á la llama. Como el taller de Jaime era demasiado pequeño, pidió y obtuvo para ejecutar su obra, una pieza en el chalet que estaba todavía sin habitar. Le adelantaron, además, una fuerte suma, sobre la que debía percibir por su trabajo. Jaime fué devolviendo á su amigo médico el dinero que le prestó al morir Paquita; y corrió al cementerio á hacer desaparecer bajo un jardín de flores la tierra en que descansaba su amiga.

Pero la primavera se había anticipado á Jaime, y sobre la tumba de la joven crecían millares de flores entre el verde musgo. El artista no tuvo el valor de arrancarlas, pues reflexionó que aquellas flores contenían algo de su amiga. Y cuando el jardinero le preguntó qué debía hacer de las rosas y pensamientos que había traído, Jaime le mandó que las plantara en una fosa cercana cavada recientemente, pobre tumba de un pobre, sin valla, sin otro signo que la diera á conocer que un tronco de madera clavado en tierra, coronado por una corona de flores de papel ennegrecido, pobre ofrenda del dolor de un pobre. Jaime salió del cementerio muy cambiado de cuando entrara. Miraba con curiosidad llena de alegría aquel hermoso sol primaveral, el mismo que tantas veces había dorado los cabellos de Paquita cuando cru-

zaba los campos, segando los prados con sus blancas manos. Un enjambre de buenos pensamientos cantaba en el corazón de Jaime. Al pasar por delante de una botillería del bulevar exterior, recordó que un día, sorprendidos por la tempestad, entraron en aquella taberna con Paquita, donde comieron. Jaime entró y se hizo servir un almuerzo en la misma mesa. Sirviéronle los postres en una fuente ilustrada con viñetas; la reconoció y acordóse de que Paquita había pasado media hora descifrando el geroglífico que estaba dibujado en ella; y recordó también una canción que había cantado Paquita, que estaba de buen humor por un vinillo negro, por cierto no muy caro y que contenía más alegría que zumo de racimo. Pero la confluencia de aquellos dos recuerdos refrescó su amor sin refrescar sus dolores. Accesible á la superstición, como todos los espíritus poéticos y soñadores, Jaime se imaginó que era la misma Paquita que, al ver que la visitaba, le había enviado aquella ráfaga de agradables recuerdos á través de su sepulcro, y no quería bañarlos con una sola lágrima. Salió de la botillería, con pie ligero, con la frente alta, los ojos vivarachos, latándole con fuerza el corazón y casi con la sonrisa en los labios, murmurando por el camino este estribillo de la canción de Paquita:

El amor ronda mi casa
Tendré que abrirle la puerta.

Este estribillo en boca de Jaime era también un recuerdo, pero al propio tiempo era ya una canción; y probablemente, casi con certeza, Jaime dió
TOMO II.—8

aquella tarde el primer paso en el camino de transición que de la tristeza conduce á la melancolla, y de ésta al olvido. ¡Ay! Por más que queramos y hagamos, la eterna y justa ley de la movilidad lo decreta así.

Así como las flores, nacidas tal vez del cuerpo de Paquita, habían crecido en su tumba, una savia de juventud saturaba el corazón de Jaime, cuyos recuerdos de su primer amor despertaban en él vagas aspiraciones hacia nuevos amores. Hay que considerar que Jaime era de esa raza de artistas que hacen de la pasión un instrumento de arte y de poesía, y cuyo espíritu no se pone en actividad sino impelido por las fuerzas motrices del corazón. En Jaime, la inventiva era hija del sentimiento, y en ella ponía una parte de sí mismo aun en las cosas más insignificantes que hacía. Observó que los recuerdos ya no le satisfacían, y que, semejante á la muela que se gasta á sí misma cuando le falta el trigo, su corazón se gastaba por carencia de entusiasmo. El trabajo no le ofrecía deleite alguno; su inventiva, antes febril y espontánea, no se dejaba ver más que bajo el esfuerzo de la paciencia; Jaime estaba descontento y casi envidiaba la vida de sus ex amigos los *Bebedores de agua*.

Trató de distraerse, tendió la mano á los placeres, y se creó nuevas relaciones. Frecuentó al poeta Rodolfo, que había conocido en un café, y ambos se sintieron atraídos por una mutua simpatía. Jaime le explicó sus pesares; Rodolfo no tardó en comprender el motivo que se los ocasionaba.

—Amigo mío—le dijo,—conozco eso...—y golpeándole el pecho por encima del corazón, añadió: —Hay que encender lumbre aquí dentro y pronto,

muy pronto; busque sin tardanza algún amorío, y volverán las ideas.

—¡Ah!—dijo Jaime—he amado demasiado á Paquita.

—Esto no impedirá que siga amándola siempre. La besaré usted en los labios de otra.

—¡Oh!—dijo Jaime;—¡sí al menos pudiera encontrar una mujer que se le pareciera!...—y se separó de Rodolfo engolfado en sus ensueños.

Seis semanas después, Jaime había recobrado su facilidad, alumbrada con las dulces miradas de una linda muchacha que se llamaba María, y cuya belleza enfermiza recordaba algo la de la pobre Paquita. Nada más bonito, en efecto, que aquella bonita María, que tenía diez y ocho años menos seis semanas, como decía ella sin olvidarlo una sola vez. Sus amores con Jaime nacieron á la luz de la luna, en el jardín de un baile campestre, al compás chillón de un violín, de un contrabajo tísico y de un clarinete que silbaba como un mirlo. Jaime la encontró una noche, mientras se paseaba alrededor del hemicírculo reservado á la danza. Y al verle pasar serio, con su traje eternamente negro abrochado hasta el cuello, las alegres y lindas muchachas frecuentadoras del sitio, que conocían de vista al escultor, se decían unas á otras:

—¿Qué viene á hacer aquí ese sepulturero?
¿Hay acaso alguien á quien enterrar?

Y Jaime seguía paseándose solo, haciéndose sangrar interiormente el corazón con las espigas de un recuerdo cuya intensidad aumentaba la orquesta, ejecutando una alegre contradanza que sonaba en los oídos del artista con la tristeza de un *De Profundis*. Ensimismado en sus ensueños

fué cuando vió á María que le observaba desde un rincón, y se reía como una loca al ver su cara sombría. Jaime levantó los ojos, y oyó á tres pasos de él, aquella cascada bajo un sombrero color de rosa. Se aproximó á la joven, y la dirigió algunas palabras á las que ella correspondió; y ofreciéndola el brazo para dar una vuelta por el jardín, fué aceptado en seguida. El la dijo que le parecía hermosa como un ángel, y ella se lo hizo repetir dos veces; él robó para ella algunas manzanas verdes que pendían de los árboles del jardín, y ella se las zampó con delicia dejando oír aquella risa sonora que parecía el estribillo de su constante alegría. Jaime recordó la Biblia y pensó que no hay que desesperar nunca tratándose de mujeres y menos aun de las que comen manzanas. Dió otra vuelta, con el sombrero rosa, alrededor del jardín, y se halló con que habiendo entrado solo en el baile, salía acompañado.

Jaime no olvidó, sin embargo, á Paquita: siguiendo los consejos de Rodolfo, la besaba todos los días en los labios de María, y trabajaba en secreto en la estatua que quería colocar sobre la tumba de la muerta.

Un día que había recibido dinero, Jaime compró un vestido para María, un vestido negro. La muchacha se puso muy contenta; y únicamente opinó que el negro no era un color muy á propósito para verano. Pero Jaime la dijo que le gustaba mucho el negro y que sería muy grato para él que se pusiera aquel vestido todos los días. María le obedeció.

Un sábado, Jaime dijo á la joven:

—Mañana ven pronto, iremos al campo.

—¡Qué dicha!—exclamó María.—Te estoy pre-

parando una sorpresa, ya verás; mañana hará sol.

María pasó la noche en su casa acabando un vestido nuevo que se había comprado con sus ahorrillos, un vestido color de rosa. Y el domingo se presentó vestida con su elegante tocado, en el taller de Jaime.

El artista la recibió friamente, casi brutalmente.

—¡Yo creía darte gusto comprándome este risueño vestido!—dijo María, no alcanzando á explicarse la frialdad de Jaime.

—Ya no vamos al campo—respondió éste,—tu te marchas y yo trabajo.

María se volvió á su casa con el corazón henchido de tristeza. Por el camino encontró á un joven que sabía la historia de Jaime, y que había cortejado á la muchacha.

—¡Hola, señorita María! ¿Ya no lleva usted luto?—la dijo.

—Luto—dijo María—¿de quién?

—¡Cómo! ¿no lo sabe usted? Pues todo el mundo lo sabe; el vestido negro que le regaló Jaime...

—¿Qué?—preguntó María.

—Que era el luto: Jaime hacía llevar á usted luto por Paquita.

Desde aquel día, Jaime no volvió á ver más á María.

Aquella ruptura le trajo desgracia. Volvieron los malos días; no tuvo más trabajo y cayó en tan espantosa miseria, que no sabiendo ya lo que iba á ser de él, rogó á su amigo el médico que le hiciera ingresar en un hospital. El médico comprendió desde luego que no era difícil de obtener la admisión. Jaime, que no se daba cuenta de su estado, iba camino de reunirse con Paquita.

Hizole entrar en el hospital de San Luis.

Como el pobre podía moverse y andar todavía, rogó al director del hospital le cediera un cuartito que estaba sin uso, y se hizo traer un caballete, los palillos de modelar y barro. Durante los primeros quince días trabajó en la figura que destinaba á la tumba de Paquita. Era un gran ángel con las alas abiertas. Aquella figura, que era el retrato de Paquita, no quedó enteramente acabada, porque Jaime no podía subir la escalera, y pronto no pudo abandonar el lecho.

Un día cayó en sus manos el cuaderno del interno, y Jaime, al ver los remedios que le propinaban, comprendió que estaba perdido: escribió á su familia, é hizo llamar á la hermana Santa Genoveva, que le rodeaba de los más caritativos cuidados.

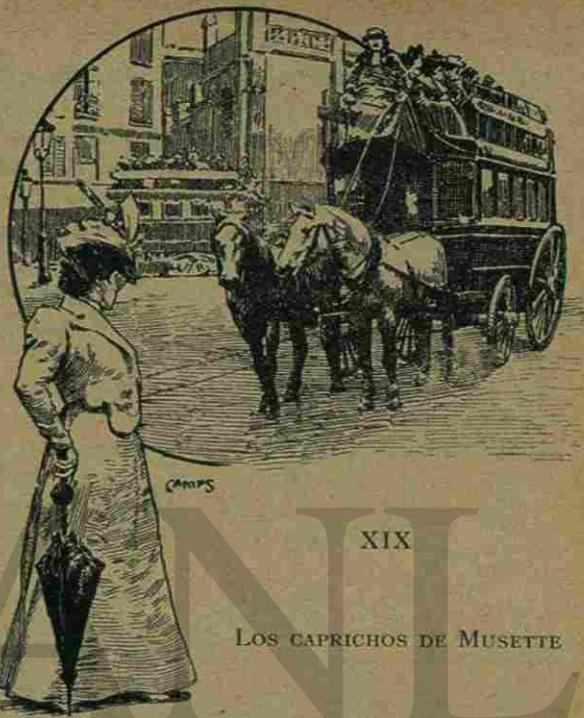
—Hermana mía—le dijo Jaime,—arriba, en el cuarto que usted hizo que me cedieran, hay una pequeña estatua de yeso; esa estatueta, que representa un ángel, está destinada á una tumba, pero no tengo tiempo de ejecutarla en mármol. No obstante, tengo en mi casa un hermoso bloque de mármol blanco con venas rosa. En fin... hermana mía, yo le regalo mi estatueta para ponerla en la capilla de la comunidad.

Jaime murió pocos días después. Como el entierro tuvo lugar el mismo día de la apertura del Salón, los *Bebedores de agua* dejaron de asistir.

—El arte ante todo,—dijo Lázaro.

La familia de Jaime no era rica, y el artista no tuvo sepultura en tierra propia.

Fué enterrado en cualquier parte.



XIX

LOS CAPRICHOS DE MUNETTE

Recordarán ustedes seguramente que el pintor Marcelo vendió al judío Médicis su famoso cuadro *El paso del Mar Rojo*, que acabó sirviendo de muestra á un comerciante en comestibles. Al día siguiente de aquella venta, que fué seguida por una famosa cena ofrecida por el judío á los bohemios como á complemento del contrato, Marcelo, Schaunard, Colline y Rodolfo se despertaron muy avanzada la mañana. Perturbados todavía por los vapores de la borrachera de la víspera, no se acordaron de momento de lo que había ocurrido; y cuando oyeron el toque de oración de mediodía

Hizole entrar en el hospital de San Luis.

Como el pobre podía moverse y andar todavía, rogó al director del hospital le cediera un cuartito que estaba sin uso, y se hizo traer un caballete, los palillos de modelar y barro. Durante los primeros quince días trabajó en la figura que destinaba á la tumba de Paquita. Era un gran ángel con las alas abiertas. Aquella figura, que era el retrato de Paquita, no quedó enteramente acabada, porque Jaime no podía subir la escalera, y pronto no pudo abandonar el lecho.

Un día cayó en sus manos el cuaderno del interno, y Jaime, al ver los remedios que le propinaban, comprendió que estaba perdido: escribió á su familia, é hizo llamar á la hermana Santa Genoveva, que le rodeaba de los más caritativos cuidados.

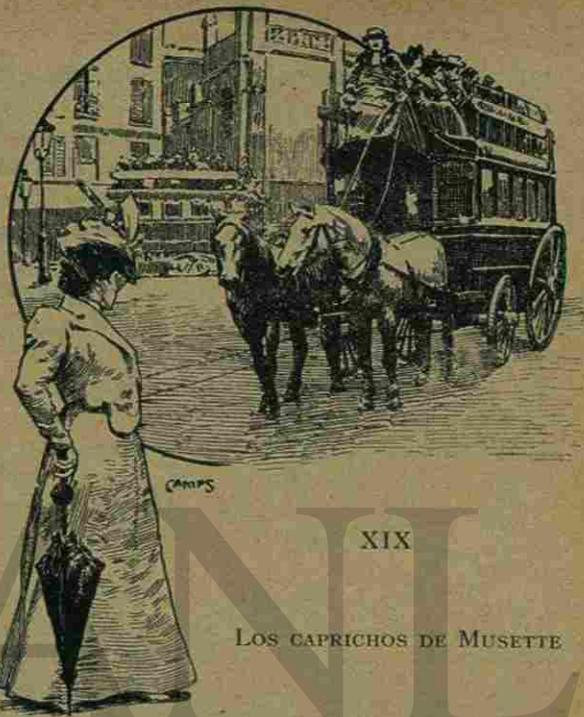
—Hermana mía—le dijo Jaime,—arriba, en el cuarto que usted hizo que me cedieran, hay una pequeña estatua de yeso; esa estatuíta, que representa un ángel, está destinada á una tumba, pero no tengo tiempo de ejecutarla en mármol. No obstante, tengo en mi casa un hermoso bloque de mármol blanco con venas rosa. En fin... hermana mía, yo le regalo mi estatuíta para ponerla en la capilla de la comunidad.

Jaime murió pocos días después. Como el entierro tuvo lugar el mismo día de la apertura del Salón, los *Bebedores de agua* dejaron de asistir.

—El arte ante todo,—dijo Lázaro.

La familia de Jaime no era rica, y el artista no tuvo sepultura en tierra propia.

Fué enterrado en cualquier parte.



XIX

LOS CAPRICHOS DE MUNETTE

Recordarán ustedes seguramente que el pintor Marcelo vendió al judío Médicis su famoso cuadro *El paso del Mar Rojo*, que acabó sirviendo de muestra á un comerciante en comestibles. Al día siguiente de aquella venta, que fué seguida por una famosa cena ofrecida por el judío á los bohemios como á complemento del contrato, Marcelo, Schaunard, Colline y Rodolfo se despertaron muy avanzada la mañana. Perturbados todavía por los vapores de la borrachera de la víspera, no se acordaron de momento de lo que había ocurrido; y cuando oyeron el toque de oración de mediodía

en una iglesia cercana, se miraron recíprocamente con una sonrisa melancólica.

—Oíd los toques piadosos de la campana que llama á la humanidad al refectorio—dijo Marcelo.

—Es verdad—afirmó Rodolfo,—es la hora solemne en que las personas honradas entran en el comedor.

—Así es que deberíamos procurar volvernos personas honradas—murmuró Colline, para quien todos los días era San Apetito.—¡Ay, quien tuviera las jarras de leche de mi nodriza! ¿Qué se han hecho las cuatro comidas de mi infancia?—repetía sobre un motivo melódico impregnado de tristeza dulce y soñadora.

—¡Y decir que en París hay en este momento más de cien mil chuletas en las parrillas!—exclamó Marcelo.

—¡Y otros tantos biftecks!—añadió Rodolfo.

Y como una irónica antítesis, mientras los cuatro amigos se proponían mutuamente el problema del cotidiano almuerzo, los mozos de un restaurant que había en la misma casa pedían á voz en grito los platos que les encargaban los consumidores.

—¡No se callarán nunca, esos bandidos!—decía Marcelo;—cada palabra suya me hace el efecto de un azadonazo que me vacíe el estómago.

—El viento es Norte—dijo gravemente Colline, señalando una veleta que daba vueltas en un tejado vecino;—hoy no nos desayunaremos, porque se oponen los elementos.

—¿Por qué?—preguntó Marcelo.

—Se trata de una observación atmosférica que he hecho—prosiguió el filósofo: el viento Norte significa casi siempre abstinencia, así como el viento Sur indica ordinariamente placer y buenos

alimentos. La filosofía llama á esto advertencias de lo alto.

Cuando Colline estaba en ayunas, tenía bromas feroces.

En aquel momento Schaunard, que acababa de hundir su mano en el abismo que le servía de bolsillo, la retiró lanzando un grito de angustia.

—¡Socorro! ¡Hay alguien en mi gabán!—gritó Schaunard forcejeando para arrancar su mano cogida entre las pinzas de una langosta viviente.

Al grito que dió éste respondió de pronto otro grito. Era Marcelo, que metiendo casualmente la mano en el bolsillo, acababa de descubrir una América en la que no pensaba ya: esto es, los ciento cincuenta francos que el judío Médicis le había dado la víspera en pago del *Paso del Mar Rojo*.

Entonces todos los bohemios recobraron la memoria.

—¡Saluden ustedes, señores!—dijo Marcelo, colocando sobre la mesa un montón de escudos, entre los que brillaban cinco ó seis luises nuevos.

—¡Parecen vivos!—exclamó Colline.

—¡Qué hermosa voz tienen!—dijo Schaunard haciendo cantar las monedas.

—¡Qué bonitas medallas!—añadió Rodolfo;—parecen fragmentos de sol. Si yo fuese rey, no querría otra moneda, y la haría acuñar con la efigie de mi amante.

—Pensar que hay un país en donde los guijarros son así—dijo Schaunard.—Antiguamente, los americanos daban cuatro por dos sueldos. Uno de mis antepasados estuvo en América, y fué enterrado en el estómago de los salvajes. Esto fué una desdicha para la familia.

—¡Oye, tú!—preguntó Marcelo fijándose en la

langosta que se había puesto á andar por el cuarto—¿de dónde viene esta bestia?

—Ahora recuerdo—dijo Schaunard,—que ayer me metí en la cocina de Médicis; es posible que este reptil se haya caído en mi bolsillo sin querer; estas bestias tienen la vista baja. Y puesto que la tengo—añadió,—deseo guardarla, la mantendré y la pintaré de encarnado; así tendrá más gracia. Estoy tan triste desde que se marchó Eufemia, que me hará compañía.

—Señores—gritó Colline,—fíjense ustedes, la veleta se ha vuelto hacia el Sur; ya almorzaremos.

—Ya lo creo,—dijo Marcelo tomando una moneda de oro.—Aquí tenemos una que vamos á hacer guisar en seguida, y con mucha salsa.

Luego se procedió extensa y gravemente á discutir la lista. Cada plato fué objeto de controversia y votado por mayoría. La tortilla soplada propuesta por Schaunard fué desechada sin discusión, como asimismo los vinos claros, contra los cuales Marcelo improvisó un discurso que puso de relieve sus conocimientos vinícolas.

—El primer deber del vino, es ser negro—afirmó el artista;—no me hablen ustedes de vinos claros.

—No obstante—objetó Schaunard,—¿y el champaña?

—¡Valiente vino! ¡Un jarabe elegante! ¡Un licor epiléptico! Yo daría todas las bodegas de Epernay y de Aí por una pipa de Borgoña. Por otra parte, no debemos seducir á ninguna griseta, ni entregarnos á una orgía. Voto contra el champaña.

Una vez adoptado el programa, Schaunard y Colline bajaron al restaurant que había en la misma casa á encargar el almuerzo.

—¿Si encendiéramos lumbre?—propuso Marcelo.

—Tienes razón—dijo Rodolfo,—no nos pondríamos en contradicción: el termómetro hace tiempo que nos invita á ello; encendamos lumbre. ¡Qué sorprendida se va á quedar la chimenea!

Y corrió á la escalera y encargó á Colline que mandara traer leña.

Pocos instantes después, Schaunard y Colline estaban de regreso, seguidos por un carbonero cargado con un pesado haz.

Mientras Marcelo revolvía un cajón para buscar papeles inútiles con que encender el fuego, cayó en sus manos por casualidad una carta cuya letra le hizo estremecer y se puso á leerla á hurtadillas de sus amigos.

Era un billete escrito con lápiz, que Musette le envió hacía tiempo, en ocasión en que vivía con Marcelo; la fecha de aquella carta correspondía justamente á un año atrás, día por día, y no contenía más que estas pocas palabras:

«Mi querido amigo:

«No estés inquieto por mí, vuelvo á casa en seguida. He salido á pasear un rato para calentarme andando; en casa hace mucho frío y el carbonero ha muerto. He roto las dos últimas patas de la silla, pero no han ardido más tiempo que el que se necesita para cocer un huevo. Además, el viento entra por la ventana como por su casa, y me sopla un montón de malos consejos que no me gustarían mucho si yo los escuchara. Prefiero pasear un rato, contemplando los escaparates de las tiendas del barrio. Dicen que hay terciopelos á diez francos el metro. Parece increíble; hay que verlo. Volveré á la hora de comer.

»MUSETTE»

—¡Pobre muchacha!—murmuró Marcelo metiéndose la carta en el bolsillo... Y se quedó un instante pensativo, con la cabeza entre las manos. En aquella época, hacía ya bastante tiempo que los bohemios permanecían en estado de viudez, á excepción, sin embargo, de Colline, cuya amante continuaba siendo invisible y anónima.

La misma Eufemia, la simpática compañera de Schaunard, encontró un alma candorosa que le ofreció su corazón, un mueblaje de anacardo y una sortija de sus cabellos, unos cabellos bermejos. Sin embargo, quince días después de habérselos regalado, el amante de Eufemia quiso recobrar su corazón y su mueblaje, porque había notado, al mirar las manos de su amante, que llevaba una sortija de cabello, pero negro; y se atrevió á concebir sospechas de que le engañaba.

La verdad era que Eufemia no había dejado de ser virtuosa; pero como sus amigas se burlaron varias veces de su sortija de cabellos rojos, la había hecho *teñir* de negro. El fulano se quedó tan satisfecho, que compró un vestido de seda á Eufemia, el primero que poseía. El día que se lo puso, la pobre muchacha exclamó:

—Ahora ya puedo morir.

En cuanto á Musette, se había convertido otra vez en un personaje casi oficial, y hacía tres ó cuatro meses que Marcelo no la había visto. Y respecto á Mimí, Rodolfo no oyó hablar más de ella, excepto lo que se decía para su colete cuando se hallaba solo.

—¡Eh, tú!—gritó de pronto Rodolfo viendo á Marcelo que fantaseaba acurrucado frente á la chimenea—¿y este fuego, no prende?

—Ahora, ahora,—dijo el pintor encendiendo la leña que empezó á arder chisporroteando,

Mientras los cuatro amigos entretenían el apetito con los preparativos del almuerzo, Marcelo se aisló otra vez en un rincón, guardando, entre otros recuerdos que le había dejado Musette, la carta que acababa de encontrar por casualidad. De pronto, se acordó de la dirección de una mujer que era amiga íntima de su ex amante.

—¡Ah!—exclamó con voz suficientemente alta para ser oído,—ya sé donde encontrarla.

—¿Qué es lo que has de encontrar?—preguntó Rodolfo.—¿Qué haces ahí?—añadió viendo que el artista se disponía á escribir:

—Nada, una carta urgente que había olvidado. Soy con vosotros al instante—respondió Marcelo; y escribió:

«Mi querida amiga:

»Poseo algunos *fondos* en caja, una especie de «apoplegia fulminante de fortuna. Hay en casa «un espléndido almuerzo en preparación, vinos «generosos, y hemos encendido la estufa, amiga «mía, como unos grandes señores. Hay que verlo, «según dijiste una vez. Ven á pasar un momento «con nosotros, pues están conmigo Rodolfo, Colline y Schaunard; nos cantarás algunas canciones á los postres; porque hay postres. Mientras «haya con que, probablemente no nos levantaremos de la mesa en ocho días. No temas, pues, «llegar demasiado tarde. ¡Hace tanto tiempo que «no oigo tu risa! Rodolfo te dedicará algunos mandrigales, y beberemos toda clase de vinos á la «salud de nuestros difuntos amores, libres de resuscitarlos si queremos. Entre personas como «nosotros... el último beso no es nunca el último. «¡Ah! si el año pasado no hubiera hecho tanto «frío, tal vez no me habrías abandonado. Me

»engañaste por un haz de leña, y porque temías
»que se te pusieran las manos encarnadas: has
»hecho bien, no te culpo esta vez más que las
»otras; pero ven á calentarte mientras dure el
»fuego.

»Recibe todos los besos que quieras de tu

»MARCELO.»

Cuando hubo acabado esta carta, escribió otra para la señora Sidonia, la amiga de Musette, suplicándola hiciera llegar á manos de ésta el billete que le dirigía. Después bajó á encargar al portero que fuese á llevar las dos cartas. Al darle la propina por adelantado, el portero divisó una moneda de oro que relucía en la mano del pintor; y antes de marcharse á cumplir el encargo, subió á avisar al propietario, con quien Marcelo estaba atrasado de alquileres.

—Señorito—le dijo todo sofocado—¡el artista del *sextu* tiene dinero! ¿Se acuerda usted? Aquel alto que se ríe en mis barbas cada vez que le llevo el recibo.

—Sí—dijo el propietario,—aquel que tuvo la audacia de pedirme prestado dinero para darme una cantidad á cuenta. Está despedido.

—Sí, señorito. Pero hoy está cubierto de oro, hace un instante quedé deslumbrado. Da grandes fiestas... La ocasión es propicia...

—Es verdad—dijo el propietario,—subiré yo mismo en seguida.

La señora Sidonia, que estaba en casa cuando le llevaron la carta de Marcelo, remitió inmediatamente por su camarera el billete dirigido á la señorita Musette.

Esta vivía entonces en un piso muy elegante de la Calzada de Antin. En el momento de recibir la

carta de Marcelo, estaba acompañada y precisamente aquella misma tarde había recibido una invitación para asistir á un gran banquete de etiqueta.

—¡Qué milagro!—exclamó Musette riéndose como una loca.

—¿Qué es lo que pasa?—le preguntó un joven tieso como una estatuita.

—Una invitación para un banquete—dijo la joven.—¿Qué le parece á usted?

—Me parece muy mal—prorrumpió el joven.

—¿Por qué?—preguntó Musette.

—¡Cómo!... ¿Piensa acaso aceptar esa invitación?

—Vaya si lo pienso... Arréglese usted como pueda.

—Pero, amiga mía, ahora sería una inconveniencia... Ya irá usted otra vez.

—¡Hola, estaría bien! ¡otra vez! Un antiguo conocido, Marcelo, me invita á comer, y la cosa es tan extraordinaria, que bien merece la pena de ir á ver cómo ha sido eso. ¡Otra vez! ¡Pero no ve usted que en aquella casa los banquetes serios son tan raros como los eclipses!

—¡Cómo! Usted falta con nosotros á su palabra para ir á ver á esa persona—dijo el joven—¡y me lo dice usted á mí!

—¿Pues á quién quiere que se lo diga? ¿Al Gran Turco? No es cosa que le importe.

—Gasta usted una franqueza muy singular.

—Ya sabe usted perfectamente que no hago nada como las demás—replicó Musette.

—Pero ¿qué pensaría usted de mí si la dejara ir, sabiendo á dónde va? Piénselo usted, Musette; por mí, por usted, la cosa es inconveniente:

es necesario que se excuse usted con ese caballero...

—Querido señor Mauricio—dijo la señorita Musette con acento firme,—usted me conocía desde antes de tomarme; usted sabía que soy muy caprichosa, y que jamás alma viviente ha podido alabarse de haberme hecho retroceder de un solo capricho.

—Pídame usted lo que quiera...—dijo Mauricio—¡pero esto!... Hay caprichos... y caprichos...

—Mauricio, yo iré á casa de Marcelo: yo voy,—añadió poniéndose el sombrero.—Usted me dejará si quiere, pero no puedo resistir, es el muchacho mejor del mundo, y el único á quien he amado siempre. Si su corazón hubiese sido de oro, él lo hubiera fundido para regalarme sortijas. ¡Pobre muchacho!—dijo mostrando su carta.—¿Ve usted? Apenas tiene un poco de fuego me invita á calentarme. ¡Ah, si no fuese tan holgazán y no hubiese tantos terciopelos y sederías en los almacenes!!! Yo era muy dichosa con él; tenía el talento de hacerme sufrir, y á él debo mi nombre de Musette, á causa de mis canciones. Al menos, yendo á su casa, usted tiene la seguridad de que volveré... si no me da usted con la puerta en las narices.

—No podría usted expresar con más franqueza que no me ama—dijo el joven.

—Vamos, mi querido Mauricio, tiene usted sobrado talento para que nos entretengamos en discutir esto seriamente. Usted me tiene como se tiene un caballo en la cuadra; yo le amo á usted... porque amo el lujo, el ruido de las fiestas, todo lo que suena y todo lo que resplandece; no hagamos sentimentalismo, sería ridículo é inútil.

—Al menos, déjeme ir con usted.

—Ni usted se divertiría—opuso Musette,—ni nos dejaría divertir á nosotros. Reflexione usted que, con toda seguridad, ese muchacho me besará.

—Musette—dijo Mauricio,—¿ha visto alguna vez personas tan acomodaticias como yo?

—Señor vizconde—replicó Musette,—un día que me paseaba en coche por los Campos Elíscos en compañía de lord***, encontré á Marcelo y su amigo Rodolfo que iban muy mal vestidos, sucios como perro de pastor y fumando su pipa. Hacía tres meses que no veía á Marcelo, y me pareció que se me saltaba el corazón por la portezuela. Hice detener el coche, y durante media hora estuve conversando con Marcelo delante todo París que pasaba por allí en carruaje. Marcelo me ofreció pastelillos de Nanterre y un ramo de violetas de un sueldo, que puse en mi cintura. Cuando se despidió, lord*** quería llamarle para invitarle á comer con nosotros. Le di un beso por la molestia. Y aquí tiene explicado mi carácter, mi querido señor Mauricio; si no le gusta, dígalo en seguida, y me llevo mis zapatillas y mi gorro de dormir.

—¡Alguna vez es una dicha el ser pobre!—exclamó el vizconde Mauricio con acento de envidiosa tristeza.

—¡Ah, no!—dijo Musette.—Si Marcelo hubiese sido rico, yo no le hubiera abandonado nunca.

—Vaya usted—dijo el joven estrechándole la mano.—Hoy se ha puesto el vestido nuevo—añadió,—que le sienta á maravilla.

—Es verdad, tiene usted razón—confirmó Musette;—tal vez lo he presentado esta mañana. Marcelo gozará de las primicias. ¡Adiós!—exclamó—me voy á comer un poco de pan bendito por la alegría.

Musette llevaba aquel día un espléndido vestido; jamás encuadración tan seductora había encerrado el poema de su juventud y de su belleza. Además, Musette poseía instintivamente el genio de la elegancia. Al venir al mundo la primera cosa que debió buscar con la mirada, fué un espejo para arreglarse los pañales; y antes de ir á las fuentes bautismales, había cometido ya el pecado de coquetería. En la época en que su posición era de las más humildes, cuando estaba reducida á las telas de indiana estampada, á las cofias con lazos y zapatos de piel de cabra, había logrado entusiasmar con aquel pobre y simple uniforme de las costurerillas. Esas lindas muchachas, medio abejas, medio cigarras, que trabajan cantando toda la semana, sólo pedían á Dios un rayo de sol los domingos, amaban con todo su corazón y á veces se echaban de una ventana. Raza desaparecida ya, gracias á la actual generación de jóvenes: generación corrompida y corruptora, pero más que todo vanidosa, tonta y brutal. Por el gusto de hacer malignas paradojas, se han burlado de esas pobres niñas por sus manos mutiladas por las santas cicatrices del trabajo, y ellas han acabado por no ganar lo suficiente con que comprarse pomada de almendras. Poco á poco han logrado inocularlas su vanidad y su estupidez, y desde entonces ha desaparecido la griseta. Nació entonces la loreta. Casta híbrida, criaturas impertinentes, bellezas mediocres, mitad carne, mitad cosméticos, cuyo gabinete es un mostrador en el que venden pedazos de su corazón, como pudiera hacerse de tajadas de rosbif. La mayor parte de esas muchachas, que deshonoran el placer y son la vergüenza de la galantería moderna, no llegan á tener frecuentemente la inteligencia de las bestias con cuyas plu-

mas se adornan los sombreros. Si algunas veces, por casualidad, logran sentir, no precisamente amor, ni siquiera capricho, sino deseo vulgar, es á beneficio de algún insípido danzante que la absurda multitud rodea y aclama en los bailes públicos, y que los diarios, cortesanos de todos los entes ridículos, celebran con sus elogios. Aunque se vió obligada á vivir en ese mundo, Musette no adquirió ni sus costumbres ni su porte; no tenía el servilismo avaro, común á esas criaturas que no saben leer más que á Barême y no escriben más que números. Era una muchacha inteligente y espiritual, por cuyas venas corrían algunas gotas de sangre de Mansu; y rebelde á toda imposición, no pudo jamás resistir un capricho, fuesen las que fuesen las consecuencias.

Marcelo fué en realidad el único hombre á quien amó. Era por lo menos el único por quien había sufrido realmente, y fué menester toda la volubilidad de sus instintos que la impelían hacia «todo cuanto resplandece y todo cuanto suena», para que se separara de él. Tenía veinte años, y para ella el lujo era casi una cuestión de salud. Podía prescindir de éste por algún tiempo, pero no renunciar á él completamente. Conociendo su inconstancia, no quiso jamás poner en su corazón el cerrojo de un juramento de fidelidad. Fué amada ardientemente por muchos jóvenes para quienes había sentido también irresistible inclinación; y siempre procedía con ellos con una probidad previsible; las relaciones que aceptaba eran simples, francas y rústicas como las declaraciones de amor de los campesinos de Molière. Usted me quiere y yo le quiero á usted; choque, y hagamos la boda. Diez veces, si lo hubiera querido, Musette hubiera hallado una posición estable, lo que se llama un

porvenir; pero ella no creía gran cosa en el porvenir, y profesaba respecto á él el excepticismo de Figaro.

—El mañana—decía á veces,—es una fatuidad del calendario; un pretexto cotidiano que los hombres han inventado para no hacer lo que les conviene hoy. El mañana es quizás un terremoto. Sea lo que quiera, el hoy es la tierra firme.

Un día, un caballero galante con quien había estado unos seis meses, y que se había enamorado perdidamente de ella, la propuso seriamente el matrimonio. Musette se le rió á las barbas al oír la proposición.

—¿Poner mi libertad en prisión con un contrato de matrimonio? ¡Jamás!—dijo ella.

—Es que me paso la vida temblando por el temor de perderte.

—Aún me perderías más pronto si fuera tu mujer,—respondió Musette.—No hablemos de esto. Además, yo no soy libre—añadió, pensando sin duda en Marcelo.

Así atravesó su juventud, con el espíritu flotando á todos los vientos de lo imprevisto, haciendo dichosos á muchos y haciéndose casi dichosa á sí misma. El vizconde Mauricio, con quien estaba por entonces, se acostumbraba difícilmente á aquel carácter indomable, ébrio de libertad; y no sin sentirse aguijoneado por cierta impaciencia mezclada con celos, esperó la vuelta de Musette después que la vió partir para ir á casa de Marcelo.

—¿Se quedará allí?—se preguntó durante toda la noche el joven clavándose ese interrogante en el corazón.

—¡Ese pobre Mauricio—se decía Musette por su parte,—halla todo eso algo violento! ¡Qué im-

porta! Hay que ir educando á la juventud.—Luego, lanzando su imaginación á otros ejercicios, pensó en Marcelo, á quien iba á ver; y mientras pasaba revista á los recuerdos que despertaba en ella el nombre de su antiguo adorador, se preguntaba á qué milagro se debería el que hubiera un banquete en su casa. Volvió á leer, por el camino, la carta que el artista le había escrito, y no pudo evitar una impresión de tristeza. Pero duró solo breves instantes. Musette pensó, con razón, que menos que nunca era aquella ocasión de desconsolarse, y como en aquel momento soplara una fuerte ráfaga, exclamó:

—Es curioso, si yo no quisiera ir á casa de Marcelo, el viento me llevaría.

Y prosiguió su camino apretando el paso, alegre como un pájaro que vuela hacia su primer nido.

De pronto empezó á nevar con abundancia. Musette buscó con los ojos un coche. No vió ninguno. Y como se encontraba precisamente en la calle donde vivía su amiga la señora Sidonia, la que le mandó llevar la carta de Marcelo, Musette tuvo la idea de entrar un momento en casa de aquella mujer, para esperar que el tiempo le dejara proseguir su camino.

Cuando Musette entró en casa de la señora Sidonia, encontró allí una numerosa tertulia. Estaban continuando una partida de lansquenete que hacía tres días que duraba.

—No se incomoden ustedes—dijo Musette,—no hago más que entrar y salir.

—¿Has recibido la carta de Marcelo?—le susurró al oído la señora Sidonia.

—Sí—respondió Musette;—voy á su casa; me

ha invitado á comer. ¿Quieres venir conmigo? Te divertirás.

—¡ Ah, no, no puedo!—exclamó Sidonia, designando la mesa de juego.—¿Y mi alquiler?

—Hay seis luises—dijo en alta voz el banquero que mezclaba la baraja.

—¡ Yo pongo dos!—gritó la señora Sidonia.

—No soy intransigente, tallo por dos—respondió el banquero que había ya pasado varias veces.

—Rey y as. Estoy perdido—prosiguió dejando caer las cartas,—todos los reyes están muertos.

—Aquí no se habla de política—observó un periodista.

—Y el as es el enemigo de mi familia,—concluyó el banquero que dió vuelta todavía á un rey.

—¡ Viva el rey!—gritó.—Pero, señora Sidonia, mándeme usted dos luises.

—Fenlos en la memoria,—exclamó Sidonia, furiosa por haber perdido.

—Me debe ya quinientos francos, hermosa,—dijo el banquero.—Llegará usted á mil. La paso de mano.

Sidonia y Musette conversaban en voz baja. La partida continuó.

A la misma hora próximamente se sentaban á la mesa los bohemios. Durante toda la comida Marcelo estuvo inquieto. Cada vez que oía rumor de pasos en la escalera, se le veía palidecer.

—¿Qué tienes?—preguntaba Rodolfo.—Parece que esperas á alguien. ¿No estamos todos, acaso?

—Pero por una mirada que le lanzó el artista, comprendió cuál era la preocupación de su amigo.

—Es verdad—se dijo,—no estamos todos.

La mirada de Marcelo quiso decir Musette; la mirada de Rodolfo quería decir Mimí.

—Aquí faltan mujeres—dijo de pronto Schounard.

—¡ Vive Dios!—aulló Colline.—¿Te callarás con tus observaciones libertinas? Hemos convenido en que no se hablaría de amor, porque agría las salsas.

Y los amigos volvieron á beber á grandes sorbos, mientras que por fuera la nieve caía siempre, y en el hogar ardía con resplandor la leña mandando cohetes de chispas.

En el momento en que Rodolfo cantaba á toda voz la estrofa de una canción que acababa de leer en el fondo de su copa, llamaron repetidamente á la puerta.

Al oír aquel ruido, como un buzo que tocando con el pie el fondo del mar, vuelve á la superficie, Marcelo, perturbado por un principio de borrachera, se levantó presurosamente de su silla y corrió á abrir.

No era Musette.

Un caballero apareció en el umbral, llevando en la mano un papelito. Su aspecto parecía amable, pero su bata estaba muy mal confeccionada.

—Parece que les encuentro á ustedes en buena disposición—dijo al ver la mesa, en cuyo centro aparecían los restos de una colosal pierna de carnero.

—¡ El casero!—exclamó Rodolfo—que se le rindan los debidos honores.

Y se puso á tocar generala en su plato con el cuchillo y el tenedor.

Colline le ofreció su silla, y Marcelo gritó:

—Vamos, Schounard, una copa de lo claro para el señor. Llega usted á tiempo—dijo el artista al propietario.—Estábamos brindando á la salud de la propiedad. Este amigo, el señor Colline, estaba

diciendo cosas conmovedoras. Y puesto que ha venido usted, volverá á empezar en su obsequio. Empieza otra vez, Colline.

—Dispensen ustedes, señores—dijo el propietario,—no quisiera estorbar.

Y desplegó el papelito que llevaba en la mano.

—¿Qué impreso es ese?—preguntó Marcelo.

El casero, después de pasear por la habitación una mirada inquisitorial, vió el oro y la plata que habian quedado encima de la chimenea.

—Es el recibo—dijo rápidamente,—que he tenido ya el honor de hacerle presentar otra vez.

—Es verdad—dijo Marcelo,—mi fiel memoria me recuerda perfectamente ese detalle; era un viernes, el ocho de octubre, á las doce y cuarto; está muy bien.

—Tiene ya mi firma—observó el propietario;—y si no le fuese á usted molesto...

—Caballero—dijo Marcelo,—deseaba verle. He de hablar extensamente con usted.

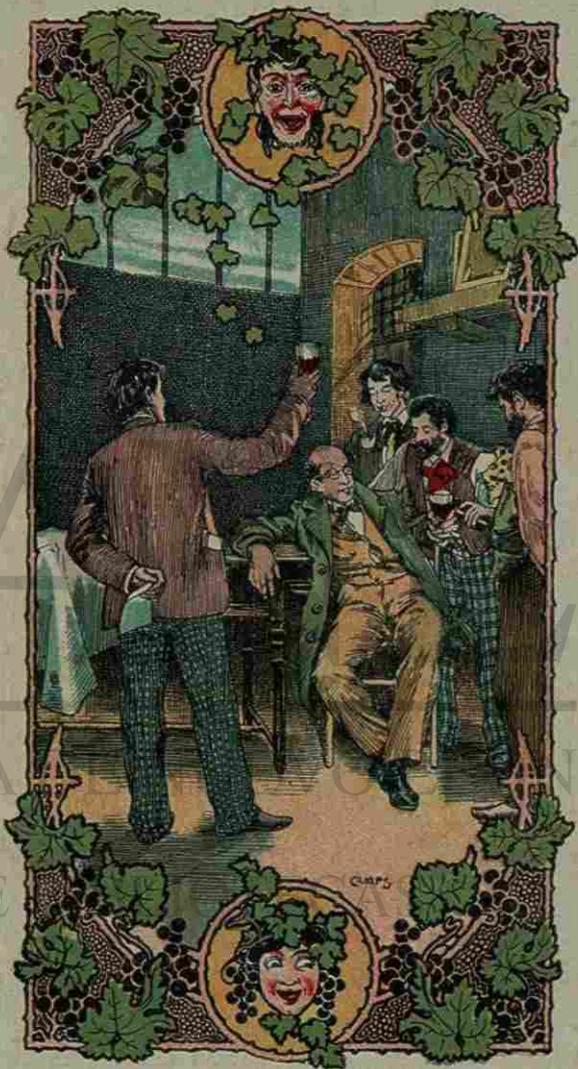
—Estoy á sus órdenes.

—Hágame usted el obsequio, antes, de tomar un sorbo—prosiguió Marcelo obligándole á beber un vaso de vino.—Caballero—repitió el artista,—usted me remitió ha poco un papelito... con una imagen que representa una señora sosteniendo unas balanzas. El mensaje llevaba la firma de Godard.

—Es mi hujer—dijo el casero.

Por cierto que hace muy mala letra—observó Marcelo.—Mi amigo, que sabe todas las lenguas—continuó designando á Colline—mi amigo trató de descifrar aquel despacho, cuyo porte cuesta cinco francos...

—Era una orden de desahucio—dijo el casero,—como medida de precaución... es la costumbre.



—Una orden de desahucio, precisamente—asintió Marcelo.—Yo deseaba verle para que tuviéramos una conferencia á propósito de aquella acta, que quisiera convertir en escritura de arrendamiento. Esta casa me gusta, la escalera es decente, la calle muy alegre, y además, varias razones de familia, mil cosas me unen á esos muros.

—Pero—dijo el casero presentando otra vez el recibo,—queda por liquidar el último trimestre.

—Ya lo *liquidaremos*, caballero, tal es precisamente mi intención más íntima.

Mientras tanto el casero no quitaba los ojos de la chimenea donde se hallaba el dinero, y la atractiva fijeza de sus miradas llenas de avaricia era tal, que las monedas parecía que danzaban y se iban hacia él.

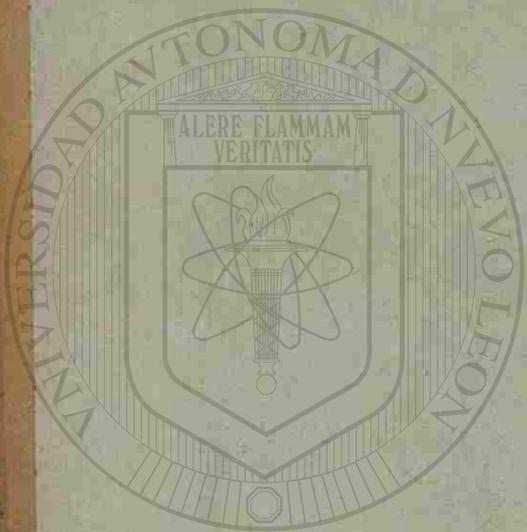
—Tengo la fortuna de llegar en un momento en que, sin serle gravoso, podremos saldar esta pequeña cuenta—dijo presentando el recibo á Marcelo, quien, sin tiempo para parar la estocada, se desentendió una vez más y volvió á reanudar con su acreedor la escena de don Juan con el señor Domingo (1).

—¿No tiene usted propiedades en provincias?—preguntó.

—¡Oh!—respondió el casero.—Poca cosa; una casita en Borgoña, una alquería, poca cosa, que no produce nada... los colonos no pagan... Así es que—añadió volviendo á presentar el recibo,—este pequeño cobro me viene de perilla... Son sesenta francos, según ya sabe usted.

—Sesenta, sí — repitió Marcelo dirigiéndose hacia la chimenea, de donde tomó tres monedas de oro.—Digamos sesenta—y puso los tres luises encima la mesa, á alguna distancia del casero.

(1) De la comedia de Molière.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

1941 11 18 CONTRA SEÑAL

—¡Por fin!—murmuró éste, cuyo rostro se animó súbitamente, y puso también su recibo sobre la mesa.

Schaunard, Colline y Rodolfo contemplaban la escena con inquietud.

—¡Pardiez! caballero—exclamó Marcelo,—puesto que es usted borgoñón, no se negará á decir dos palabras á un compatriota.

Y haciendo saltar el tapón de una botella de Macón viejo, llenó un vaso para el casero.

—¡Delicioso!—dijo éste.—Nunca lo he bebido mejor.

—Es de un tío mío que vive allí, y que me manda algunas cestas de vez en cuando.

El casero se había levantado, y ya iba á extender la mano hacia el dinero que tenía ante sí, cuando Marcelo le detuvo otra vez.

—No me rehusará usted otro vasito—dijo escanciando de nuevo y obligando al acreedor á chocar el vaso con el suyo y con el de los demás bohemios.

El casero no se atrevió á rehusar. Bebió otra vez, dejó su copa, y se disponía también á recoger el dinero, cuando Marcelo exclamó:

—A propósito, caballero, se me ocurre una idea. En este momento estoy bastante bien de dinero. Mi tío de Borgoña me ha enviado un suplemento de pensión y temo disipar ese dinero. La juventud no calcula, ya lo sabe usted... Si no le contrariara, le pagaría otro trimestre por adelantado.

Y tomando otros sesenta francos en escudos los reunió á los luises que estaban sobre la mesa.

—Entonces voy á extender un recibo del trimestre que corre—dijo el propietario.—Traigo algunos en blanco en mi bolsillo—añadió sacando la cartera.—Voy á llenarlo y á poner la fecha por

adelantado. Es simpático este inquilino—pensó para sí mientras acariciaba los ciento veinte francos con los ojos.

Al oír aquella proposición, los tres bohemios, que no comprendían una palabra de la diplomacia de Marcelo, se quedaron estupefactos.

—Esta chimenea echa humo, y esto es muy molesto.

—¿Por qué no me lo avisaba usted? Habría llamado al fumista—dijo el propietario, que no quería ser inferior en deferencias.—Mañana mandaré los operarios.—Y habiendo terminado de llenar el segundo recibo, lo unió al primero, los colocó entrambos ante Marcelo, y aproximó de nuevo la mano al montón de dinero.—No sabe usted cuánto tiempo me llega este dinero—dijo.—Tengo que pagar algunas cuentas por reparaciones á mi inmueble... y me encontraba con dificultades.

—Siento haberle hecho esperar tanto—observó Marcelo.

—¡Oh! no me daba ningún cuidado... Señores... Tengo el honor...—y volvió á alargar la mano.

—¡Oh! ¡oh! permítame usted—exclamó Marcelo,—no hemos terminado aún. Ya sabe usted el proverbio: cuando el vino está destapado...

Y volvió á llenar el vaso del propietario.

—Hay que beberlo...

—Tiene usted razón—dijo éste sentándose otra vez por cortesía.

Esta vez, á una ojeada que les lanzó Marcelo, los bohemios comprendieron cual era su objeto.

Mientras tanto el casero, empezaba á mover las pupilas de un modo desusado. Se columpiaba en la silla, profería palabras licenciosas, y prometía

á Marcelo, que le pedía algunas reparaciones en la casa, fabulosas reformas para embellecerla.

—¡Adelante la gruesa artillería!—dijo el artista en voz baja á Rodolfo, indicándole una botella de ron.

Cuando hubo apurado la primera copa, el casero entonó una canción licenciosa que hizo ruborizar á Schaunard.

Después de la segunda copa, relató sus infortunios conyugales; y como su esposa se llamaba Elena, él se comparó á Menelao.

Después de la tercera copita, tuvo un acceso de filosofía y emitió algunos aforismos como los que siguen:

«La vida es un río.

»La fortuna no da la felicidad.

»El hombre es efímero.

»¡Qué agradable es el amor!»

Y tomando á Schaunard por confidente, le contó sus relaciones clandestinas con una muchacha á quien puso casa, y que se llamaba Eufemia. E hizo un retrato tan detallado de aquella joven, de ingenua ternura, que Schaunard empezó á sentirse poseído de extrañas sospechas, que se convirtieron en certidumbre cuando el casero le enseñó una carta que sacó de su cartera.

—¡Cielos!—exclamó Schaunard al observar la letra.—¡Mujer cruel! Me hundes un puñal en el corazón.

—¿Qué tienes?—exclamaron los bohemios, sorprendidos por aquel lenguaje.

—Mirad—dijo Schaunard,—esta carta es de Eufemia; mirad este garabato que sirve de firma.—E hizo circular la carta de su ex-amante, que empezaba con estas palabras:

«Angelito mio.»

—Soy yo su angelito—dijo el casero tratando en vano de levantarse de la silla.

—¡Perfectamente!—dijo Marcelo que le observaba,—ya ha echado anclas.

—¡Eufemia! ¡Eufemia!—murmuraba Schaunard,—me has dado un gran disgusto.

—Le he amueblado un pequeño entresuelo, en la calle de Coquenard, número 12,—dijo el propietario.—Está muy bonito... muy bonito... y me ha costado mucho dinero... Pero el amor sincero no tiene precio, y además tengo veinte mil francos de renta... Ella me pide dinero,—prosiguió recobrando la carta.—¡Pobre niña!... Voy á regalarle éste, y estará contenta...—y alargó la mano hacia el dinero preparado por Marcelo.—¡Hola, hola!—exclamó con sorpresa mientras palpaba la mesa—¿dónde se ha metido?...

El dinero había desaparecido.

—Es imposible que un hombre honrado se preste á tan culpables manejos—se dijo Marcelo.—Mi conciencia, la moral me prohíben dejar en manos de este viejo libertino el dinero de los alquileres. No pagaré ya el trimestre. Pero mi alma se quedará al menos sin remordimientos. ¡Qué costumbres! ¡Un hombre tan calvo!

Mientras tanto el casero se había ido á pique y pronunciaba en alta voz discursos insensatos á las botellas.

Como hacía ya dos horas que estaba ausente, su esposa, inquieta por él, envió la sirvienta á buscarle, la cual, al verle, empezó á dar grandes voces.

—¿Qué le han hecho á mi amo?—preguntó á los bohemios.

—Nada—dijo Marcelo;—hace poco subió para

cobrar el alquiler; y como no teníamos dinero para pagarle, le hemos pedido una prórroga.

—Pero si está borracho—dijo la doméstica.

—Lo principal ya estaba hecho—respondió Rodolfo;—cuando ha subido nos ha dicho que había estado arreglando la bodega.

—Y había perdido de tal modo la cabeza—prosiguió Colline,—que quería dejarnos los recibos sin cobrar.

—Los devolverá usted á su esposa—añadió el pintor entregándole los recibos;—nosotros somos personas honradas, y no queremos aprovecharnos de su estado.

—¡Ah, señor! ¿Qué dirá la señorita?—exclamó la sirvienta arrastrando al casero, que no podía tenerse en pie.

—¡Por fin!—exclamó Marcelo.

—Volverá mañana—dijo Rodolfo;—ha visto el dinero.

—Cuando vuelva le amenazaré con revelar á su mujer sus relaciones con la joven Eufemia, y nos concederá un plazo.

Cuando el casero hubo salido, los cuatro amigos se pusieron á beber y á fumar otra vez. Marcelo, únicamente, conservó un sentimiento de lucidez en su embriaguez. A cada instante, al menor ruido de pasos que oía en la escalera, corría á abrir la puerta. Pero los que subían, deteníanse siempre en los pisos inferiores; entonces el artista volvía lentamente á sentarse al lado de la lumbre. Tocaron las doce de la noche y Musette no había comparecido aún.

—Seguramente — pensó Marcelo, — no estaba en casa cuando le llevaron mi carta. La encontrará esta noche cuando vuelva, y vendrá mañana por la mañana; aun encontrará fuego. Es imposi-

ble que no venga. Vamos, hasta mañana.—Y se durmió en un rincón del hogar.

En el momento en que Marcelo se dormía soñando en ella, la señorita Musette salía de casa de su amiga, la señora Sidonia, donde había permanecido hasta entonces. Musette no iba sola, la acompañaba un joven. Un coche esperaba á la puerta; subieron ambos y marchó al galope.

La partida de lansquenete continuaba en casa de la señora Sidonia.

—¿Pero dónde está Musette?—preguntó de pronto uno.

—¿Dónde está el joven Seraffin?—dijo otro.

La señora Sidonia se echó á reír.

—Acaban de escaparse juntos,—dijo.—¡Ja, ja! Es un cuento muy gracioso. ¡Qué original es esa Musette! Fugúrense ustedes...

Y explicó á la sociedad como Musette, después de haber casi reñido con el vizconde Mauricio, después de ponerse en camino para ir á casa de Marcelo, había subido un instante, por casualidad, y como allí se había encontrado con el joven Seraffin.

—Yo ya sospechaba algo—dijo Sidonia interrumpiendo su relación;—les he estado observando toda la noche; no es tonto ese muchacho. En una palabra—prosiguió,—se han marchado sin decir oste ni moste y échenles ustedes un gaigo. Lo curioso del caso es que Musette está loca por su Marcelo.

—Si es verdad que está tan loca, ¿por qué se encapricha con Seraffin, un niño casi? No ha tenido aún ninguna querida,—dijo un joven.

—Le querrá enseñar á leer—objetó el periodista que se ponía muy tonto cuando perdía.

—Lo mismo da—prosiguió Sidonia,—pero ya que ama á Marcelo, ¿por qué escapar con Serafin? Esto es lo que me choca.

—¡Ay! sí. ¿Por qué?

Durante cinco días, y sin salir de casa, los bohemios estuvieron entregados á la vida más alegre de este mundo. Permanecían sentados á la mesa desde la mañana hasta la noche. Un admirable desorden reinaba en la habitación, cuya atmósfera estaba cargada de pantagruélicos vapores. Sobre un entero banco de conchas de ostras estaba acostado un ejército de botellas de varias formas. La mesa estaba cubierta de restos de todas clases, y en la chimenea ardía un bosque.

El sexto día, Colline, que era el maestro de ceremonias, compiló, según hacía cada mañana, la lista del almuerzo, de la comida, de la merienda y de la cena, y la expuso á la apreciación de sus compañeros, rubricándola cada uno en señal de asentimiento.

Pero cuando Colline abrió el cajón que servía de caja, para tomar el dinero necesario para pagar el gasto del día, retrocedió dos pasos y se puso amarillo como el cetro de Banquo.

—¿Qué hay?—preguntaron con indiferencia los demás.

—Hay que sólo hay treinta sueldos—respondió el filósofo.

—¡Demonio! ¡demonio!—exclamaron aquéllos. —Esto nos obligará á modificar nuestra lista. Serán treinta sueldos bien empleados... ¡Cierto que no comeremos trufas!

Unos instantes después, la mesa estaba servida.

Velanse tres platos colocados con mucha simetría:

Un plato de arenques;

Un plato de patatas;

Un plato de queso.

En la chimenea había dos tizones pequeños como el puño.

Por fuera seguía nevando.

Los cuatro bohemios se sentaron á la mesa y desdoblaron con gran formalidad sus servilletas.

—Es particular—decía Marcelo,—estos arenques saben á faisán.

—Esto depende de la manera como los he condimentado—contestó Colline;—el arenque ha sido tratado hasta ahora con injusticia.

En aquel momento subía por la escalera una alegre canción que se detuvo ante la puerta, llamando. Marcelo, que no pudo evitar un estremecimiento, corrió á abrir.

Musette le echó los brazos al cuello y le tuvo abrazado durante cinco minutos. Marcelo la sentía temblar entre sus brazos.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—Tengo frío—dijo maquinalmente Musette, aproximándose á la chimenea.

—¡Ah!—exclamó Marcelo,—¡tan buen fuego como hemos tenido!

—Sí—observó Musette al ver en la mesa los restos del festín que había durado cinco días;—llego demasiado tarde.

—¿Por qué?—interrogó Marcelo.

—¿Por qué?—contestó Musette... ruborizándose. Y se sentó en las rodillas de Marcelo; seguía temblando y sus manos estaban violáceas.

—¿No eras libre de venir?—le preguntó Marcelo al oído.

—¿No ser libre yo?— exclamó la linda muchacha.—¡ Ah! ¡ Marcelo! Aunque estuviera sentada en medio de las estrellas, en el paraíso de Dios, si me hicieras un signo, bajaría contigo. ¿No ser libre yo?...—Y volvió á temblar.

—Aquí hay cinco sillas—dijo Rodolfo,—número impar, sin contar que la quinta tiene una forma ridícula.—Y rompiendo la silla contra el muro, tiró las astillas á la chimenea. El fuego resucitó en seguida con alegres llamaradas; después, haciendo un signo á Colline y á Schaunard, el poeta los condujo consigo.

—¿A dónde vais?—preguntó Marcelo.

—Vamos á comprar tabaco—respondieron.

—En la Habana—añadió Schaunard, haciendo un signo de inteligencia á Marcelo, que le dió las gracias con una mirada.

—¿Por qué no has venido más pronto?—volvió á preguntar á Musette cuando estuvieron solos.

Es verdad, he llegado un poco tarde...

—¡Cinco días para pasar el Puente Nuevo!

¿Has tomado acaso por los Pirineos?—preguntó Marcelo.

Musette bajó la cabeza y permaneció silenciosa.

—¡ Ah, pícara!—prosiguió con tristeza el artista golpeando ligeramente el pecho de su amante.—

¿Qué es lo que tienes aquí dentro?

—Ya lo sabes—rebató presurosamente aquélla.

—¿Pero, qué has hecho desde que te escribí?

—¡ No me lo preguntes!—repuso vivamente besándole repetidas veces.—¡ No me preguntes nada! Déjame que me caliente á tu lado en tanto haga frío. Ya lo ves, me había puesto el mejor traje para venir... Ese pobre Mauricio no me comprendía cuando quise venir aquí; pero esto es su-

perior á mi voluntad... Me puse en camino... ¡ Qué bueno es el fuego!—añadió acercando sus manitas á la llama. Me quedaré contigo hasta mañana. ¿Lo quieres?

—Hará mucho frío aquí—dijo Marcelo—y no tenemos de qué comer. Has venido demasiado tarde—repitió.

—¡ Mejor! Así parecerá que estamos en otros tiempos.

.....
Rodolfo, Colline y Schaunard pasaron veinticuatro horas buscando el tabaco. Cuando volvieron á la habitación de Marcelo, estaba solo.

Después de seis días de ausencia, el vizconde Mauricio vió entrar á Musette.

No la dirigió ninguna reconvencción, y únicamente le preguntó por qué estaba triste.

—He reñido con Marcelo—dijo,—y nos hemos separado de mala manera.

—Y sin embargo—observó Mauricio—¿quién sabe si todavía volverá usted con él?

—¿Qué quiere usted?—exclamó Musette—de vez en cuando tengo necesidad de ir á respirar aquel ambiente. Mi loca existencia es como una canción; cada uno de mis amores es una estrofa; pero Marcelo es el estribillo.





XX
MIMI POSEE PLUMAS

«No, no, ya no es usted Liseta. No, no, ya no es usted Mimi.

»Usted es hoy la señora vizcondesa; pasado mañana será usted tal vez la señora duquesa, pues ha puesto ya el pie en la escalera de las grandezas; la puerta de sus ensueños se ha abierto de par en par ante sus pasos, y acaba de pasar por ella victoriosa y triunfante. Tenía la persuasión de que acabaría usted así un día ú otro. Por lo demás, era inevitable que sucediera; sus manos blancas estaban hechas para la ociosidad, y requerían ha tiempo la sortija de una alianza aristocrática. ¡Por fin tiene usted un blasón! Pero nosotros preferimos todavía el que la juventud imprimía á su belleza, la cual, merced á sus ojos azules y su rostro pálido, parecía partida en cuarteles de gules en campo de lis. Noble ó plebeya, lo repito, es usted encantadora; y la he reconocido perfectamente cuando pasaba por la calle la otra noche, con pie rápido y delicadamente calzado, ayudando con su mano enguantada á que el viento levantara los volantes de su vestido nuevo, en parte para que no se mancharan, y principalmente para dejar

ver sus enaguas bordadas y sus medias transparentes. Llevaba usted un sombrero de prodigioso gusto, y parecía sumida en una profunda perplejidad á propósito del velo de blonda que flotaba por encima de aquel rico sombrero. ¡Justo embarazo, por cierto! pues se trataba de saber qué era lo mejor y más provechoso para su coquetería, si llevar el velo bajo ó levantado. Llevándolo bajo, corría usted el riesgo de no ser reconocida por los amigos que hubiese encontrado al paso, y que, con seguridad, hubieran pasado por su lado sin imaginar siquiera que aquel opulento involucro ocultaba á la señorita Mimi. En cambio, con el velo levantado, era él el que corría el riesgo de no ser visto, y entonces, ¿para qué llevarlo? Usted resolvió ingeniosamente la dificultad, bajando y subiendo cada diez pasos aquel maravilloso velo, tejido sin duda en esas regiones de arácnidos que llaman Flandes, y que ha costado, él solo, mucho más que toda su antigua guardarropa... ¡Ah, Mimi!... Perdóneme usted... ¡Señora vizcondesa! Yo tenía razón, ya ve usted, cuando la decía:—Paciencia, no desespere usted; el porvenir está henchido de cachemiras, de brillantes joyeros, de cenas íntimas, etc.—; Usted no daba crédito á mis palabras, incrédula! Pues bien, mis predicciones se han realizado completamente, y valgo, cuando menos, su *Oráculo de las Damas*, un brujo en octavo menor que compró usted por cinco sueldos á un librero de lance del Puente Nuevo, y que usted fatigaba con sus eternas interrogaciones. Diga usted otra vez, ¿no tenía razón en mis profecías, y no me creería usted ahora si la dijese que irá aún más allá? ¿Y si le dijese que oigo ya, en las profundidades de su porvenir, las patadas

y relinchos de los caballos enganchados á un cupé azul, conducido por un empolvado cochero que baja el estribo ante usted, diciendo: «¿Dónde va la señora?» ¿Me creería usted si le dijese también que más tarde... ¡ah! lo más tarde posible, por Dios, alcanzando el término de una ambición acariciada largo tiempo por usted, tendrá una casa de huéspedes en Belleville ó en Batignolles, y será usted cortejada por ex militares retirados y Celadones (1) en expectativa, que irán á su casa á jugar al lansquenete y baccará clandestinos? Pero antes de llegar á aquella época en la que el sol de su juventud habrá declinado, créame usted, queridá niña, consumirá muchas varas de seda y de terciopelo; muchos patrimonios se fundirán sin duda en los crisoles de sus caprichos; ajará usted muchas flores en su frente y hollará muchas otras bajo sus pies; cambiará usted muchas veces de blasón. Uno después de otro se verán brillar en su cabeza el rodete de las baronesas, la corona de las condesas y la diadema con perlas de las marquesas; tomará usted por divisa: *Inconstancia*, y sabrá, según sus caprichos ó necesidades, satisfacer uno á uno ó todos á la vez, al enjambre de adoradores que esperarán turno en la antesala de su corazón, como se espera turno á la puerta de un teatro donde se representa una obra de éxito. Siga usted, siga usted adelante, con el alma exenta de recuerdos que han sido reemplazados por la ambición; siga, el camino es hermoso, y hace tiempo deseamos que se deslice con suavidad bajo sus pies; pero deseamos,

(1) *Celadon*, personaje de la *Astrea*, célebre novela de D'Urfé. Ese nombre en Francia es sinónimo de amante constante, lánguido, discreto y tímido.

sobre todo, que todas esas suntuosidades, esos costosos vestidos no se conviertan en la mortaja donde se envuelva su alegría.»

Esto decía el pintor Marcelo á la joven señorita Mimi, que acababa de encontrar tres ó cuatro días después de su segundo divorcio con el poeta Rodolfo. Y aun cuando se esforzó en disimular las pullas que matizaban su horóscopo, la señorita Mimi no se dejó engañar por las buenas palabras de Marcelo, y comprendió perfectamente que, poco respetuoso hacía su nuevo título, se había mofado de ella sin piedad.

—Es usted malo conmigo, Marcelo,—dijo la señorita Mimi,—y esto no está bien: yo he sido buena con usted cuando era la amante de Rodolfo; y al fin y al cabo si me he separado de él, suya es la culpa. El fué quien me despidió sin remisión; y además ¿cómo me trató durante los últimos días que estuve con él? ¡Fuí muy desgraciada! Usted no sabe cómo se había puesto Rodolfo: un carácter mezcla de cólera y de celos, que me asesinaba lentamente. Me amaba, ya lo sé, pero su amor era peligroso como un arma de fuego; ¡y qué existencia la mía durante quince meses! ¡Ah! Si usted viera, Marcelo; no quiero hacermé mejor de lo que soy, pero he sufrido mucho con Rodolfo, usted lo sabe tan bien como yo. No es la miseria la que me ha obligado á dejarle, no; yo se lo aseguro, y por otra parte, ya estaba acostumbrada á ella; y además, se lo repito, es él quien me ha echado. Ha pisoteado mi amor propio; me dijo que no tendría vergüenza si me quedaba con él; me dijo que no me amaba ya, que era preciso que me buscara otro amante; llegó hasta el punto de designarme á un joven que me cortejaba, y sirvió,

con sus provocaciones, de lazo de unión entre yo y aquel muchacho. Me fui con él tanto por despecho como por necesidad, porque yo no le amaba; usted sabe perfectamente que no me gustan hombres tan jóvenes, porque son fastidiosos y sentimentales como salterios. En fin, lo hecho hecho está, y no lo siento, y volvería á repetirlo si se ofreciera ocasión. Ahora que no me tiene y que sabe que soy dichosa con otro, Rodolfo está furioso, se cree desdichado; sé de alguien que le encontró uno de estos días; tenía los ojos encarnados. No me extraña, estaba segurísima de que sucedería así y de que me perseguiría; pero puede usted decirle que pierde el tiempo y que esta vez la cosa es seria y definitiva. ¿Hace mucho tiempo que no le ha visto usted, Marcelo? ¿Es verdad que ha cambiado tanto?—preguntó Mimi mudando de entonación.

—Muy cambiado por cierto,—respondió Marcelo.—Muy cambiado.

—Se desespera, no hay duda; pero ¿qué quiere usted que le haga? ¡Peor para él! Lo ha querido; era indispensable que esto terminara definitivamente. Consuélele usted.

—¡Oh! ¡oh!—dijo tranquilamente Marcelo,—lo más importante ya está hecho. No se preocupe usted, Mimi.

—Usted no me dice la verdad, amigo—repuso Mimi con un ligero mohín irónico:—Rodolfo no se consolará tan fácilmente; ¡si usted supiera en qué estado le vi, la vispera de mi separación! Era viernes; no quise quedarme por la noche en casa de mi nuevo amante porque soy supersticiosa y el viernes es un mal día.

—Se equivoca usted, Mimi: en amor, el viernes



es un buen día, pues los antiguos decían: *Dies Veneris*.

—No sé latín,—dijo la señorita Mimí, prosiguiendo.—Volvía, pues, de casa Pablo; y encontré á Rodolfo que estaba de centinela en la calle. Era tarde, más de las doce de la noche, y yo tenía hambre, porque había almorzado mal. Supliqué á Rodolfo que me fuera á buscar algo para cenar. Volvió media hora después; había corrido mucho y no supo encontrar gran cosa de particular: pan, vino, sardinas, queso y un pastel de manzanas. Durante su ausencia me había acostado; puso la mesa al lado de la cama; yo hacía como que no le miraba, pero le veía perfectamente: estaba pálido como la muerte, se estremecía y daba vueltas por el cuarto como un hombre que no sabe lo que se hace. En un rincón apercibió varios paquetes de prendas de vestir que estaban en el suelo. Aquella vista le hacía daño, al parecer, y puso el biombo ante aquellos paquetes para no verlos. Cuando todo estuvo preparado, nos pusimos á comer; me instó á que bebiera; pero yo no tenía ya hambre ni sed, y sentí el corazón oprimido. Hacía frío, pues no teníamos con qué encender lumbre; y oíamos el viento que silbaba en la chimenea. ¡Qué cosa más triste! Rodolfo me miraba, con los ojos fijos; puso su mano en la mía, y sentí que su mano temblaba, helada y ardorosa á un tiempo.

—Es la cena de los funerales de nuestro amor,—me dijo en voz baja. Yo no respondí, pero no tuve valor para retirar mi mano de la suya.

—Tengo sueño—le dije al fin,—es tarde, durmamos.—Rodolfo me miró; yo me había puesto una de sus corbatas en la cabeza para preservarme del frío; y sin pronunciar una palabra me quitó la corbata.

—¿Por qué me quitas esto?—le pregunté;—tengo frío.

—¡Oh, Mimi!—me dijo entonces—yo te lo ruego, ponte por esta noche tu gorro rayado, no te costará mucho.

Era un gorro de dormir de indiana á rayas blancas y negras. A Rodolfo le gustaba verme con aquel gorro, que le recordaba algunas noches agradables, pues era así como contábamos nuestros días buenos. Pensando que era la última noche que dormiría con él, no me atreví á negarle la satisfacción de aquel capricho: me levanté, y fui á buscar mi gorro rayado que estaba en el fondo de uno de mis paquetes: por descuido, olvidé volver el biombo á su sitio; Rodolfo lo notó, y ocultó los paquetes, según había hecho antes.

—Buenas noches—me dijo.

—Buenas noches—le contesté.

Creí que me iba á abrazar, y por cierto que no se lo hubiera impedido, pero sólo tomó mi mano que llevó á sus labios. Ya recuerda usted, Marcelo, cómo sonaban fuertes sus besos. Oí rechinar sus dientes y sentí que su cuerpo estaba frío como el mármol. Apretando siempre mi mano, apoyó su cabeza sobre mi hombro, que al poco rato estaba completamente bañado. Rodolfo estaba en un estado lastimoso. Mordía las sábanas para no gritar; pero yo percibía claramente sus sordos sollozos, y sentía rodar continuamente sus lágrimas por mis hombros, calientes al principio y que se enfriaban luego. En aquel momento tuve necesidad de todo mi valor; y necesité mucho, la verdad. Me hubiera bastado decir una palabra, volver la cabeza: mis labios hubieran encontrado los de Ro-

dolfo, y una vez más hubiéramos hecho las paces. ¡Ah! por un instante llegué á creer que se moría entre mis brazos, ó que se volvía loco, como estuvo á punto de volverse otra vez ¿se acuerda usted? Yo iba á ceder, lo sentía; iba á ser la de antes, iba á estrecharle entre mis brazos, pues fuera preciso no tener corazón para permanecer insensible á tan grandes dolores. Pero me acordé de las palabras que me dijo la noche anterior: «No tienes corazón si te quedas conmigo, porque yo no te amo». ¡Ah! al recordar aquellas duras palabras, aunque Rodolfo hubiera estado en peligro de muerte y le hubiera podido salvar con un beso, habría apartado mis labios y le hubiera dejado morir. Finalmente, rendida de cansancio, me dormí á medias. Oía llorar á Rodolfo, y, se lo juro, Marcelo, aquel llanto duró toda la noche; y cuando al amanecer contemplaba en aquella cama, donde había dormido por última vez, al amante de quien me separaba para lanzarme en brazos de otro, quedé terriblemente asustada al ver las huellas desastrosas que aquel dolor pintaba en el rostro de Rodolfo.

Se levantó, como yo, sin decir nada, y estuvo á punto de caerse al dar los primeros pasos, tan débil y abatido estaba. No obstante, se vistió á toda prisa, y me preguntó únicamente cómo estaban mis asuntos y cuándo me iría. Le respondí que nada sabía. Y se marchó sin decirme adiós, sin darme la mano. Esta fué nuestra separación. ¿Qué tremendo golpe debió experimentar cuando no me halló al volver?

—Yo estaba allí cuando Rodolfo entró—dijo Marcelo á Mimi, fatigada por su larga relación.—Al tomar la llave en la portería, la portera le dijo:

—La fulanita se ha marchado.

—¡Ah!—respondió Rodolfo,—no me sorprende, ya me lo esperaba.—Y subió á su habitación, á donde le seguí, temiendo también alguna crisis; pero no ocurrió nada.

—Como ya es tarde para ir á alquilar otro cuarto para esta noche, lo dejaremos para mañana—me dijo,—y lo buscaremos juntos. Vamos á comer.

Yo creí que quería emborracharse, pero me engañé. Comimos muy sóbriamente en un restaurant en donde alguna vez estuvo usted con él á comer. Yo pedí vino de Beaune para aturdir un poco á Rodolfo.

—Era el vino favorito de Mimi,—me dijo;—á menudo lo hemos bebido con ella en esta misma mesa. Me acuerdo que un día me decía, alargándome el vaso que había vaciado varias veces: «Échame más, porque es como *bálsamo* (1) para mi corazón.» Era una frase muy medianeja, ¿no te parece? digna á lo sumo de la amiga de un sánetero... ¡Ah! y cuánto bebía Mimi. Viéndole dispuesto á encaminarse por los senderos de los recuerdos, cambié de conversación, y no se habló más de usted. Pasó toda la noche conmigo, y estuvo más tranquilo que el Mediterráneo. Lo que más me extrañaba, era que aquella calma no era afectada. Era verdadera indiferencia. A las doce de la noche volvimos á casa.

—Te sorprende mi tranquilidad dada la situación en que me encuentro,—me dijo;—voy á hacerte una comparación, amigo mío, y si resulta vulgar, tiene por lo menos el mérito de ser justa.

(1) *Baume*, bálsamo, juega aquí con el nombre del vino *Beaune*.

Mi corazón es como una fuente cuya espita haya quedado abierta durante toda la noche; á la mañana siguiente no queda una gota de agua. Esto es, en verdad, lo que sucede en mi corazón: lloré aquella noche todas las lágrimas que me quedaban. La cosa es singular; pero me creía más rico de dolores, y con una noche de sufrimientos, me tienes arruinado, completamente exhausto, ¡palabra de honor, tal como lo digo! Y en la misma cama donde estuve á punto de expirar la otra noche, al lado de una mujer que no se conmovió más que una piedra, ahora que esa mujer apoya su cabeza en la almohada de otro, voy á dormir como un mozo de cuerda que ha trabajado todo el día.

—¡Comedia! — pensé entre mí; — apenas me marche yo se dará de cabezadas contra la pared.— No obstante, dejé solo á Rodolfo y me subí á mi cuarto, pero no me acosté. A las tres de la madrugada me pareció oír ruido en la habitación de Rodolfo; bajé á toda prisa, temiendo hallarle en un arrebato de desesperación...

—¿Y qué?—preguntó Mimi.

—Nada, mi buena amiga, que Rodolfo dormía, que la cama no estaba descompuesta y que todo probaba que su sueño era tranquilo y que no había tardado mucho en ser dominado por él.

—Es posible, — dijo Mimi; — estaba tan cansado de la noche anterior... ¿Pero al día siguiente?...

—Al día siguiente, Rodolfo subió á despertarme temprano, y fuimos á alquilar dos cuartos en otra casa, en donde nos instalamos aquella misma tarde.

—¿Pero qué hizo al dejar el cuarto que ocupá-

bamos?—preguntó Mimi.—¿Qué dijo al abandonar la habitación donde tanto me amó?

—Hizo tranquilamente sus líos — respondió Marcelo;— y hallando en un cajón un par de guantes ribeteados que se dejó usted, como también dos ó tres cartas igualmente suyas...

—Ya me acuerdo—observó Mimi con acento que parecía querer decir: «Las olvidé expresamente para que le quedara algún recuerdo mío».—¿Qué hizo de ellas?—añadió.

—Creo recordar que echó las cartas á la chimenea y los guantes por la ventana; pero sin actitud teatral, sin afectación, con mucha naturalidad, como se hace de cosa que estorba.

—Querido señor Marcelo, le aseguro con toda la buena fe de mi corazón, que no le deseo más sino que le dure esta indiferencia. Pero una vez más, le manifiesto sinceramente que no creo en una curación tan rápida, y á pesar de cuanto me dice usted, sigo convencida de que mi poeta tiene el corazón despedazado.

—Puede muy bien ser—respondió Marcelo despidiéndose de Mimi;—pero, ó yo me engaño mucho, ó los pedazos están en buen estado.

Durante este coloquio en medio de la vía pública, el vizconde Pablo esperaba á su nueva amante, la cual llegó en retardo, cosa que desagradó extraordinariamente al vizconde. Lo que no obstó para que cayera á sus pies y la arrullara con su tonada favorita, á saber, que era simpática, blanca como la luna, dulce como un cordero; pero que la amaba sobre todo por las bellezas de su alma.

—¡Ah!—pensaba Mimi soltando las ondas de sus negras guedejas sobre la nieve de sus hombros.—Mi amante Rodolfo no era tan exclusivista.

II

Tal como había dicho Marcelo, Rodolfo parecía radicalmente curado de su amor á la señorita Mimi, y tres ó cuatro días después de su separación, el poeta apareció completamente metamorfoseado. Estaba vestido con una elegancia que debía hacerle desconocer hasta de su propio espejo. Por lo demás, nada en él dejaba sospechar que estuviese dispuesto á precipitarse en los abismos de la nada, como la señorita Mimi propalaba con toda clase de hipócritas lamentaciones. Rodolfo estaba, en efecto, perfectamente tranquilo; oía sin pestañear los relatos que le hacían de la nueva y suntuosa existencia de su amante, quien se complacía en hacerle informar de lo que le ocurría por medio de una mujer que era su confidente y que tenía ocasión de ver á Rodolfo todas las noches.

—Mimi es muy dichosa con el vizconde Pablo, —decían al poeta;— parece que está verdaderamente *enamoricada*; una sola cosa la inquieta; el temor de ver turbada su tranquilidad por las persecuciones de usted, que podrian serle perjudiciales, pues el vizconde adora á su amante y posee dos años de esgrima.

—¡Oh! ¡oh! — respondía Rodolfo. — Duerma tranquila, que no siento deseo ninguno de ir á verter un poco de vinagre en su luna de miel. En cuanto á su joven amante, puede muy bien colgar su daga en el clavo, como *Gastibelsa*, el hombre de la carabina. No deseo cortar los días de un noble que tiene aún la dicha de amantarse de ilusiones.

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA
 "ALTON" 1880
 1880. 1880. 1880. 1880

Y como no faltaba quien relataba á Mimi la indiferencia con que su ex amante recibía todas esas noticias, ella por su parte no dejaba de contestar, levantando los hombros:

—Está bien, está bien; ya se verá dentro de algunos días lo que esto significa.

No obstante, aun más que otro cualquiera, el mismo Rodolfo estaba sorprendido de aquella repentina indiferencia, que sin pasar por las ordinarias transiciones de la tristeza y la melancolía, sucedía á las tempestuosas tormentas que le agitaban pocos días antes. El olvido, tan lento en llegar, sobre todo para los desdichados en amor, el olvido que invocan á gritos, y que á gritos rechazan cuando lo sienten cerca de sí; aquel implacable consuelo había súbitamente, de golpe, y sin que él tuviera tiempo para ponerse á la defensa, invadido el corazón de Rodolfo, y el nombre de la mujer que había amado tanto podía ya penetrar en él sin despertar ningún eco. Cosa extraña: Rodolfo, cuya memoria era bastante poderosa para traer á su espíritu las cosas que le habían ocurrido en los días más remotos de su pasado, y los seres que habían figurado ó ejercido alguna influencia en su más lejana existencia; Rodolfo, á pesar de sus esfuerzos, no podía recordar con claridad, al cabo de cuatro días de separación, las facciones de aquella amante que estuvo á punto de romper su existencia entre sus débiles manos. En vano buscaba la dulzura de aquellos ojos á cuya luz se había adormecido tantas veces. Aquella misma voz, cuyas iras y cuyas amorosas caricias le hacían delirar, había perdido para él su timbre. Un amigo poeta, que no le había visto desde su divorcio, le encontró una noche; Rodolfo parecía preocupado

é inquieto, y andaba presuroso por la calle dando vueltas al bastón.

—¡Hola!—dijo el poeta tendiéndole la mano—¡es usted!—y examinó curiosamente á Rodolfo.

Viendo que ponía la cara seria, se creyó en el deber de expresarse en tono doliente.

—Vamos, valor, amigo mío, la prueba es ruda, pero al fin y al cabo es lo que tenía que suceder; vale más que sea ahora que más tarde; dentro de tres meses estará usted completamente curado.

—¿Qué antífona es esta?—dijo Rodolfo;—que yo sepa, no estoy enfermo, amigo.

—¡Bah! qué diantre—dijo aquél,—no se haga usted el interesante ¡pardiez! Ya sé la historia, y si no la supiese, la leería en su semblante.

—Alerta, no se engañe usted—objetó Rodolfo.—Estoy incomodado, es cierto; mas en cuanto al motivo de mi enojo, no ha puesto usted absolutamente el dedo en la llaga.

—¿Pero, por qué se defiende usted? Si la cosa es muy natural; no se rompen tan tranquilamente unas relaciones que hace dos años que duran.

—Todos me dicen lo mismo—dijo Rodolfo con impaciencia.—Pues bien, le doy mi palabra de honor de que se equivoca, lo mismo usted, que los demás. Estoy profundamente triste, y lo parezco, es muy posible; pero el motivo es éste: esperaba que el sastre me traería un traje, y no ha venido; aquí tiene usted explicada la razón de mi mal humor.

—Malo, malo—dijo aquél sonriendo.

—Al contrario; bueno, muy bueno, inmejorable. Oiga mis razonamientos, y me comprenderá.

—Veamos—dijo el poeta,—ya le escucho; pruébeme usted cómo se puede razonablemente apare-

cer tan triste porque un sastre falte á la palabra. Diga, diga, estoy esperando.

—¡Eh!—dijo Rodolfo,—ya sabe usted que pequeñas causas producen grandes efectos. Esta noche debía hacer una visita muy importante y no puedo hacerla por culpa de mi traje. ¿Se entera usted?

—Ni pizca. No veo en esto motivo suficiente para entristecerse. Y usted está triste... porque... en fin: es usted un tonto guardando estas reservas conmigo. Esta es mi opinión.

—Amigo mío—contestó Rodolfo,—es usted muy obstinado; siempre hay uno ú otro motivo de mal humor si nos falta una dicha ó cuando menos un placer, porque casi nunca lo perdido se recobra; así es que cometemos un error diciendo, á propósito de uno ú otro: Ya te atraparé otro día. Resumen: esta noche tenía una cita con una mujer; debía ir á buscarla á una casa desde donde hubiera tal vez podido conducirla á la mía, si esto hubiese sido más breve que ir á su casa y aunque hubiese sido más largo. En aquella casa hay una fiesta; no se va á una fiesta más que de traje negro; como no tengo traje negro, mi sastre debía traerme uno; y como no me lo ha traído, no voy á la fiesta y no encuentro á la mujer y tal vez la encuentre otro; no me la llevo ni á casa ni á la suya, y tal vez se la lleve otro. Así, pues, según ya le he dicho, yo pierdo una dicha ó un placer; me pongo de mal humor, lo demostré exteriormente y no hay nada más natural.

—Bueno—dijo el amigo;—ahora que ha sacado un pie del infierno, quiere usted meter el otro; pero, amigo mío, cuando le he encontrado en aquella calle, me ha parecido que estaba haciendo el oso.

—Y es verdad, lo hacía.

—Pero—prosiguió aquél,—la calle está en el barrio donde vive su ex amante; ¿quién me asegura que no la esperaba usted?

—Aunque me he separado de ella, razones particulares mías me han obligado á permanecer en el mismo barrio; pero por más que somos vecinos vivimos tan distanciados como si ella estuviera en un polo y yo en el otro. Por otra parte, é estas horas mi ex amante se halla al lado de la chimenea, tomando lecciones de gramática francesa del vizconde Pablo, que quiere encaminarla á la virtud por el camino de la ortografía. ¡Jesús! ¡cómo la va á viciar! En fin, esto es cuenta suya, puesto que es el redactor en jefe de su felicidad. Ya ve usted, pues, que sus reflexiones son absurdas, y que en lugar de haber adivinado las borrosas huellas de mi antigua pasión, yo estoy á punto de encontrar el rastro de la nueva, que ya está muy próxima, y que lo estará aún más; pues me propongo hacer todo el camino necesario, y si ella quiere andar lo restante, no tardaremos en entendernos.

—¿Pero de verdad, está usted ya enamorado?

—Esta es mi manera de ser—respondió Rodolfo;—mi corazón se parece á esos pisos que ostentan el rótulo de «se alquila» apenas los desalojan los inquilinos. Cuando un amor desaloja mi corazón, pongo un cartel para llamar á otro amor. El sitio se halla en disposición de ser habitado y con las consiguientes reparaciones.

—¿Y quién es este nuevo ídolo? ¿dónde y cuándo lo conoció usted?

—Verá usted—dijo Rodolfo;—procedamos por orden. Cuando Mimi se marchó, yo me figuré que

nunca más me enamoraría, é imaginaba que mi corazón estaba muerto de cansancio, de agotamiento, de todo lo que usted quiera. Había palpitado tanto, por tanto tiempo, tan deprisa, y tan excesivamente deprisa, que la cosa podía ser cierta. En una palabra, lo creí muerto, bien muerto, muy muerto, y ya pensaba en enterrarlo, como á Marlborough. En aquella ocasión, di un modesto banquete de luto al que invité á algunos amigos. Los comensales debían guardar una expresión de dolor, y las botellas llevaban una gasa en el cuello.

—¿Por qué no me invitó usted?

—Dispéñeme, amigo, pero ignoraba la dirección de la nube en donde vive. Uno de los comensales trajo una mujer, una joven, abandonada poco hacia por su amante. Contáronle mi historia; el narrador era un amigo mio que toca muy bien el violoncello del sentimiento. Habló á la joven viuda de las cualidades de mi corazón, aquel pobre difunto á quien íbamos á enterrar, y la invitó á beber por su eterno descanso.—¡Ea!—dijo ella levantando su copa—pues yo bebo, por el contrario, á su salud!—y me lanzó una mirada capaz de despertar á un muerto, según se acostumbra decir, y nunca mejor ocasión de decirlo, pues aun no había terminado su brindis que oí inmediatamente á mi corazón que cantaba el *O Filii* de la Resurrección. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

—¡Donosa pregunta!... ¿cómo se llama ella?

—Lo ignoro todavía, no le preguntaré su nombre hasta el momento en que firmemos el contrato. Comprendo que no he cumplido las diligencias legales bajo el punto de vista de ciertas gen-

tes; pero eso no me da cuidado, pues las solicito á mi mismo, y yo me concedo las dispensas. Lo único que sé, es que mi futura me traerá en dote la alegría, que es la salud del espíritu, y la salud, que es la alegría del cuerpo.

—¿Es bonita?

—Muy bonita, sobre todo de color: parece que se limpia la cara al levantarse con la paleta de Watteau.

*Es rubia, y sus miradas como ardientes tizones
Propagan el incendio dentro los corazones.*

Testigo el mio.

—¿Una rubia? Me sorprende usted.

—Sí, ya estoy cansado de marfil y ébano, y paso al rubio;—y Rodolfo se puso á cantar dando brincos:

*Y cantaremos en coro
si os gusta, amigos,
Que es tan rubia la que adoro
como los trigos.*

—¡Pobre Mimi!—dijo el amigo.—¡Qué pronto ha sido olvidada!

Este nombre, mezclado á la alegría de Rodolfo, dió súbitamente otro giro á la conversación. Rodolfo tomó el brazo de su amigo, y le contó extensamente las causas de su ruptura con la señorita Mimi; los terrores que le asaltaron cuando se marchó; su desesperación al considerar que ella se llevaba consigo lo que le quedaba de juventud y de pasión; y como, dos días después, reconoció que se había equivocado, sintiendo los átomos de su corazón, empapados por tantos sollozos y lágrimas, caldearse, inflamarse y estallar á la pri-

mera mirada juvenil y apasionada que le lanzaba la primera mujer con quien topaba. Le contó aquella súbita é imperiosa invasión de olvido que había experimentado, sin que se le ocurriera pedir auxilio al dolor, cuyo dolor estaba muerto y enterrado en el olvido.

—¿No es esto un milagro?—decía al poeta, quien, sabiendo de memoria y por propia experiencia los dolorosos capítulos de las rupturas amorosas, le respondió:

—¡Ah! no, amigo mío, no es ningún milagro, ni para usted ni para nadie. Lo que le sucede me ha sucedido á mi. Las mujeres que amamos cuando se convierten en nuestras queridas, dejan de ser para nosotros lo que son realmente. No las vemos solamente con ojos de amante, sino también con los de poeta. Del mismo modo que un pintor echa sobre un maniquí la púrpura imperial ó el estrellado velo de una sagrada virgen, nosotros tenemos siempre almacenes repletos de mantos espléndidos y de túnicas de lino puro, que echamos sobre los hombros de esas criaturas ignorantes, insípidas ó malas; y cuando las vemos revestidas con los trajes que llevaban nuestras amantes ideales en el azul de nuestros ensueños, nos dejamos engañar por aquel disfraz y encarnamos nuestro ideal en la primera mujer que nos sale al paso, á la que hablamos un lenguaje que no comprende. Y aunque esa criatura, á cuyos pies nos prosternamos, se arranque ella misma la divina envoltura en que la hemos escondido, para hacernos ver su mala naturaleza y sus malos instintos; aunque ponga nuestra mano en el sitio donde debería tener el corazón, donde nada palpita, y donde tal vez no ha palpitado nunca nada;

aunque separe su velo y nos enseñe sus ojos sin luz, sus labios pálidos y sus facciones ajadas, nosotros volvemos á ponerle el velo y exclamamos: «¡Mientes! ¡mientes! Yo te amo y tú también me amas. Este blanco pecho es el estuche de un corazón que late con toda su fuerza juvenil; ¡yo te amo y tú me amas! ¡Eres bella y joven! En el fondo de tus vicios, hay amor. ¡Yo te amo y tú me amas!» Y al final ¡ay! muy al final siempre, cuando después de obstinarnos en ponernos una triple venda en los ojos, nos apercibimos de que nos engañamos nosotros mismos, y echamos á la miserable que ha sido nuestro ídolo hasta la víspera; le arrancamos los velos de oro de nuestra poesía, y al día siguiente los colgamos otra vez de los hombros de una desconocida, que pasa inmediatamente al estado de ídolo coronado de luz: y aquí tiene usted explicado porque todos nosotros no somos más que unos monstruos egoístas, que deseamos el amor por el amor; ¿verdad que me comprende usted? Y bebemos ese divino licor en el primer vaso que viene á nuestros labios.

¿Qué importa la botella, si da la borrachera?

—Es tan cierto como dos y dos son cuatro, lo que usted dice,—respondió Rodolfo al poeta.

—Sí—añadió éste,—es tan cierto y triste como mitad y media verdad. ¡Buenas noches!

Dos días después, la señorita Mimí supo que Rodolfo tenía otra amante. Únicamente se informó de una cosa: si la besaba las manos con tanta frecuencia como á ella.

—Con la misma frecuencia—respondió Marcelo.—Además, le besa los cabellos uno tras de otro, y permanecen juntos hasta acabar la operación.

—¡Ah!—dijo Mimi, pasándose la mano por la cabellera,—qué suerte no se le haya ocurrido conmigo, porque hubiéramos tenido que estar juntos toda la vida. ¿Pero cree usted de veras que no me ama ya?

—¡Quiá!... Y usted ¿le ama todavía?

—¿Yo? nunca le he amado.

—Sí, Mimi, sí, usted le ha amado, en aquellos instantes en que el corazón de las mujeres cambia de sitio. Usted le ha amado, y no lo niegue, porque es su única justificación.

—¡Bah!—dijo Mimi,—ya ve usted que ahora ama á otra.

—Es verdad—asintió Marcelo,—pero esto no *empece*. Más adelante, el recuerdo de usted será para él semejante á esas flores que se intercalan aún frescas y perfumadas entre las hojas de un libro y que, mucho tiempo después se encuentran muertas, descoloridas y ajadas, pero que conservan todavía un vago perfume de su pasada frescura.

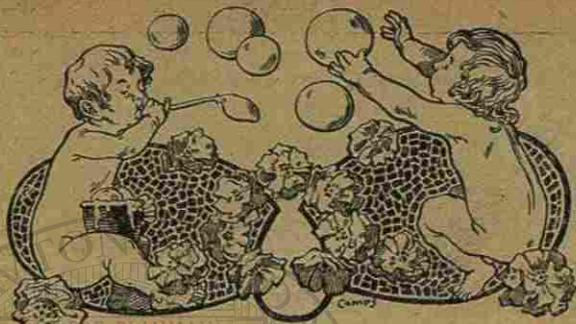
Una noche que tarareaba en voz baja, el vizconde Pablo dijo á Mimi:

—¿Querida, qué es lo que canta usted?

—La oración fúnebre de nuestros amores que Rodolfo compuso últimamente. Y se puso á cantar:

Se me acabó el dinero, dulce amada,
Puedes ya ahora prescindir de mí
Y sin pesar, cual prenda desechada
Ovidarme podrás ¿verdad, Mimi?

Me es igual, pues del tiempo disfrutado
Nadie quitarnos puede la ocasión.
¿Qué le vamos á hacer si no ha durado?
Cuanto más corto fue, más ilusión.



XXI

ROMEO Y JULIETA

Elegante como un grabado de su periódico *La gasa de Iris*, enguantado, reluciente, afeitado, rizado, con los bigotes retorcidos, con el junco en la mano, con el monóculo en el ojo, satisfecho, rejuvenecido, verdaderamente guapo: así hubieran podido ver ustedes, una noche del mes de noviembre, á nuestro amigo el poeta Rodolfo, que, parado en el bulevar, esperaba un coche para hacerse llevar á su casa.

¿Rodolfo esperando un coche? ¿Qué repentino cataclismo había ocurrido en su vida privada?

A aquella misma hora en que el poeta, transformado, se acariciaba el bigote, mascaba entre sus dientes una enorme regalla, y llamaba la atención de las bellas, un amigo suyo pasaba también por el mismo bulevar. Era el filósofo Gustavo Colline. Rodolfo le vió venir y le reconoció en

seguida: ¿y cómo podían dejar de reconocerle los que le hubiesen visto una sola vez? Colline iba cargado, como siempre, con una docena de libros de lance. Vestido con aquel inmortal gabán avellana, cuya solidez daba á sospechar si había sido construido por los romanos, y cubierto con su famoso sombrero de anchas alas, cúpula de castor bajo la cual se agitaba el enjambre de sus ensueños hiperfísicos, y al que llamaban el yelmo de Mambrino de la filosofía moderna, Gustavo Colline andaba pausadamente, madurando en su interior el prefacio de una obra que hacía tres meses estaba en prensa... en su imaginación. A medida que se acercaba al sitio donde estaba Rodolfo, Colline creyó reconocerle por un momento; pero la suprema elegancia con que vestía el poeta sumió al filósofo en la duda y la incertidumbre.

—¡Rodolfo con guantes y bastón! ¡Quimera! ¡Utopía! ¡Qué aberración! ¡Rodolfo rizado! ¡El, que tiene menos cabellos que la *Ocasión!* Pero, ¿dónde tengo la cabeza? A estas horas, mi pobre amigo estará llorando, y componiendo versos elegíacos sobre la separación de la señorita Mimi, que le ha plantado, según he oído decir. A fe mía que lamento esta separación; porque ella se distinguía por la manera de preparar el café, que es el brebaje de los espíritus superiores. Pero me inclino á creer que Rodolfo se consolará, y tomará en breve una nueva *cafetera*.

Y Colline estaba tan contento de sus deplorables juegos de palabras, que de buena gana se hubiera gritado *bis...* si la grave voz de la filósofa, despertándose en su interior, no le hubiese detenido imperiosamente en aquella orgía de la imaginación.

Sin embargo, cuando llegó al lado de Rodolfo, Colline tuvo que rendirse á la evidencia; era Rodolfo, rizado, enguantado, con un bastón en la mano; era imposible, pero era.

—¡Hola, hola! ¡Pardiez!—dijo Colline.—No me engaño, eres tú, estoy seguro.

—Y yo también—respondió Rodolfo.

Y Colline se puso á examinar á su amigo, dando á su semblante la expresión empleada por Lebrun, pintor del rey, para expresar la sorpresa. Pero de pronto observó dos objetos extraños que llevaba Rodolfo: 1.º, una escala de cuerda; 2.º, una jaula en la que revoloteaba un pájaro cualquiera. A aquella vista, la fisonomía de Gustavo Colline expresó un sentimiento que Lebrun, pintor del rey, olvidó incluir en el cuadro de *Las pasiones*.

—Vamos — dijo Rodolfo á su amigo, — estoy viendo claramente la curiosidad de tu espíritu que se asoma á las ventanas de tus ojos; voy á satisfacerle; pero apartémonos de la vía pública, porque hace un frío que helaría tus preguntas y mis respuestas.

Y ambos entraron en un café.

Los ojos de Colline no abandonaban la escala de cuerda, ni la jaula donde el pajarillo, reanimado por la templada atmósfera del café, se puso á cantar en lengua desconocida para Colline, que era, no obstante, poliglota.

—Dime de una vez—dijo el filósofo designando la escala,—¿qué es esto?

—Es un punto de unión entre mi buena amada y yo—respondió Rodolfo con acento de bandurria.

—¿Y esto?—dijo Colline indicando el pájaro.

—Esto—dijo el poeta, cuya voz se iba endul-

zando como al murmullo de la brisa,—es un reloj.

—Háblame, si quieres, sin parábolas, en prosa vil, pero correctamente.

—Bueno. ¿Has leído á Shakspeare?

—Sí, le he leído. *To be or not to be*. Era un gran filósofo... Sí, le he leído.

—¿Te acuerdas de Romeo y Julieta?

—¡Sí, me acuerdo!—dijo Colline. Y se puso á recitar:

—No temas, no es de día, no es la alondra
La que lanza esos cantos que te asustan;
No, no, es el ruiseñor...

¡Caramba, si me acuerdo! ¿Pero y qué?

—¿Cómo?—dijo Rodolfo mostrando la escala y el pájaro.—¿No lo entiendes? Oye el poema: yo estoy enamorado, amigo, enamorado de una mujer que se llama Julieta.

—Pero bueno ¿y qué?—insistió Colline con impaciencia.

—Me explicaré: como mi nuevo ídolo se llama Julieta, he concebido un plan, el de realizar con ella el drama de Shakspeare. Empiezo por no llamarme Rodolfo; me llamo *Romeo Monteagudo*, y te agradeceré que no me lames de otro modo. Además, para que todo el mundo lo sepa, me he mandado grabar nuevas tarjetas de visita. Pero no para aquí la cosa; voy á aprovecharme precisamente de que no estamos en carnaval, para vestir jubón de terciopelo y ponerme espada al cinto.

—¿Para matar á Tibaldo?—dijo Colline.

—No, eso no—prosiguió Rodolfo.—En fin, esta escala que ves debe servirme para penetrar en casa de mi amante, que casualmente dispone de balcón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO MATEO"
AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

—Pero, ¿y el pájaro? ¿y el pájaro?—dijo con obstinación Colline.

—¡Pardiez! Este pájaro, que es un pichón, debe hacer el papel de ruiñeñor, é indicar, cada madrugada, el momento preciso en que, al desprenderme de sus adorados brazos, mi amada me abrazará por el cuello diciéndome con voz dulce, lo mismo que en la escena del balcón: No, no ha despuntado aún el día, no es la alondra... mejor dicho, no han dado aún las once, hay barro por las calles, no te muevas, ya estamos bien aquí. Y para completar la imitación, buscaré una nodriza, para ponerla á las órdenes de mi amada; y espero que el almanaque será bastante condescendiente para procurarme de vez en cuando algún rayo de luna al escalar el balcón de mi Julieta. ¿Qué te parece mi proyecto, filósofo?

—Es bonito hasta allá—exclamó Colline;—pero, ¿podrías también explicarme el misterio de esta soberbia encuadernación que te pone desconocido?... ¿Te has vuelto rico?

Rodolfo no respondió, pero llamó al mozo y le echó con indiferencia un luis, diciendo:

—¡Cobre usted!

Después golpeó su bolsillo que se puso á cantar.

—¿Llevas acaso un campanario en los bolsillos, para que suenen así?

—Unos luises solamente.

—¿Luises de oro?—dijo Colline, con voz sofocada por la sorpresa.— Enséñame cómo son.

Después de lo cual se separaron, Colline para ir á explicar las costumbres opulentas y los nuevos amores de Rodolfo; y éste para volver á su casa.

Esto ocurría en la semana sucesiva á la segunda ruptura amorosa de Rodolfo con la señorita Mimí. Acompañado por su amigo Marcelo, el poeta, después de haber roto con su amada, tuvo deseos de cambiar de aires y de situación, y dejó el obscuro cuarto amueblado, cuyo casero le vió marcharse sin pesar, lo mismo que á Marcelo. Ambos, como ya hemos dicho, buscaron casa en otro lado, y alquilaron dos cuartos en la misma casa y en el mismo rellano. El cuarto que eligió Rodolfo era incomparablemente más cómodo que ninguno de los que había tenido hasta entonces. Tenía muebles casi buenos; sobre todo un sofá tapizado de tela carmesí que debía imitar terciopelo, cuya tela no por ello obedecía al proverbio: «Haz lo que debes».

Había, además, en la chimenea, dos jarrones de porcelana con flores y en medio un reloj de alabastro con feísimos adornos. Rodolfo ocultó los jarrones en un armario; y un día que el propietario subió para dar cuerda al reloj que se había parado, el poeta le suplicó que no lo tocara.

—Consiento en que el reloj esté sobre la chimenea—dijo,—pero únicamente como á objeto de arte; y ya que señala las doce de la noche, que se quede así, ¡porque es una bonita hora! El día que señale las doce y cinco minutos, dejo la casa... ¡Un reloj!—decía Rodolfo que nunca había podido someterse á la tiranía del cuadrante,—no es más que un enemigo íntimo que cuenta implacablemente nuestra existencia hora á hora, minuto á minuto, y nos dice á cada instante: Mira, este minuto no vuelve. ¡Ah! Yo no podría vivir tranquilo en un cuarto que contuviera uno de estos instrumentos de tortura, cuya proximidad nos hace im-

posibles todos nuestros ensueños y descuidos... Un reloj cuyas agujas se alargan hasta la cama y nos punzan por la mañana cuando más embebecidos estamos en las dulzuras del primer sueño... Un reloj cuya voz llama: ¡tilin, tilin, tilin! Es hora de trabajar, abandona tu agradable sueño, escapa á las caricias de tus visiones (y algunas veces á otras más reales). Ponte el sombrero, las botas, hace frío, llueve, márchate á tus asuntos, ya es hora, tilin, tilin... Ya basta con el almanaque... Quédese, pues, mi reloj paralizado, si no...

Y mientras hablaba así, iba examinando su nueva habitación y se sentía aquejado por aquella secreta inquietud que se experimenta casi siempre al entrar en una nueva casa.

—He notado otras veces—pensaba,—que los lugares en que vivimos ejercen una misteriosa influencia en nuestras ideas, y por consiguiente en nuestras acciones. Este cuarto es frío y silencioso como una tumba. Si alguna vez lo puebla la alegría es que vendrá de fuera; y no se detendría aquí mucho tiempo, pues las carcajadas se desvanecerían sin producir eco en este techo, bajo, frío y blanco como un cielo de nieve. ¡Ay! ¿cuál será mi vida entre estas cuatro paredes?

Sin embargo, pocos días después, aquel cuarto tan triste resplandecía de luz y resonaba de alegres exclamaciones; inaugurábase el hogar, y la presencia de numerosas botellas explicaba el buen humor de los comensales. El mismo Rodolfo se había dejado invadir por la alegría contagiosa de sus convidados. Aislado en un rincón con una joven que había asistido allí casualmente y de la que se había apoderado, el poeta la requiebaba



con la palabra y con las manos. Al final de la *fiesta*, obtuvo una cita para el día siguiente.

—Vamos—se dijo cuando estuvo solo,—la velada no ha sido mala y no podía inaugurar mejor mi casa.

Al día siguiente, á la hora convenida, llegó la señorita Julieta. Aquella noche la pasaron en mutuas explicaciones. Julieta estaba enterada de la reciente ruptura de Rodolfo con aquella niña de ojos azules de quien había estado tan enamorado; sabía también que después de haberla dejado una vez, Rodolfo la había vuelto á admitir, y temía ser víctima de una nueva reconciliación.

—Porque, ya ve usted—añadió haciendo un agradable mohín de orgullo,—no me gustaría hacer un papel ridículo. Le prevengo á usted que soy muy mala; una vez *dueña* de este sitio—y subrayó con una mirada la intención que daba á la palabra,—no me muevo y no lo cedo á nadie.

Rodolfo apeló á toda su elocuencia para convencerla de que sus temores eran infundados, y como la muchacha tenía por su parte grandes deseos de dejarse convencer, acabaron por entenderse. En lo único que no se entendieron fué al dar las doce de la noche; pues Rodolfo quería que Julieta se quedase, y ésta quiso marcharse.

—No—le dijo ella al ver que insistía.—¿Por qué apresurarnos? Al fin y al cabo llegaremos á donde debemos llegar, si usted no se queda por el camino; volveré mañana.

Y así volvió todas las noches durante una semana, marchándose cuando tocaban las doce.

Aquellas prórrogas no disgustaban en realidad á Rodolfo. Lo mismo en el amor que en sus caprichos, pertenecía á aquella especie de viajeros que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prolongan los viajes y los hacen pintorescos. Aquel corto prefacio sentimental tuvo por resultado inmediato impeler á Rodolfo más allá de lo que quería ir. Y era, sin duda, para conducirle á aquel punto en que el capricho, exacerbado por la resistencia que se le opone, empieza á parecerse al amor, por lo que la señorita Julieta había empleado aquella estratagema.

A cada nueva visita que hacia á Rodolfo, Julieta notaba un acento más pronunciado de sinceridad en lo que él le decía. Sentía ya, cuando ella tardaba, aquellas impacencias sintomáticas que tanto gustaban á la joven; y le escribía además ciertas cartas cuyo lenguaje dejaba suponer que ella sería muy pronto su *querida legítima*.

Un día que Marcelo, que era su confidente, sorprendió una epístola de Rodolfo, le dijo riendo:

—¿Te dejas llevar por el estilo, ó piensas realmente lo que dices aquí?

—Sí, lo pienso realmente—respondió Rodolfo,—lo que no deja de sorprenderme á mí mismo; pero es así. Hace ocho días, estaba en una situación de ánimo muy triste. La soledad y el silencio que tan brutalmente habían sucedido á las tormentas de mi anterior existencia, me asustaban horriblemente, pero Julieta se presentó casi de improviso. Volvieron á resonar en mis oídos las notas argentinas de una alegría de veinte años. He visto ante mí un semblante fresco, unos ojos sonrientes, unos labios rebosando besos, y me he dejado desliz dulcemente por esta pendiente del capricho que tal vez me haya llevado hasta al amor. Deseo amar.

Sin embargo, Rodolfo no tardó en apercibirse de que ya sólo dependía de él la terminación de

aquella novelita; y entonces se le ocurrió copiar de Shakspeare la escena de los amores de *Romeo y Julieta*. Su futura amante encontró la idea divertida y consintió en tomar parte en la broma.

La misma noche fijada para la cita fué la en que Rodolfo encontró al filósofo Colline, cuando acababa de comprar la escala de cuerda de seda que debía servirle para escalar el balcón de Julieta. El vendedor de pájaros á quien se había dirigido no tenía ninguna alondra, por lo cual Rodolfo la substituyó por un pichón que, según aseguró aquél, cantaba todas las madrugadas al apuntar el día.

Al llegar á su casa, el poeta reflexionó que una ascensión por una escala de cuerda no era cosa tan fácil como parecía, y que sería bueno hacer un pequeño ensayo de la escena del balcón, si no quería exponerse, no sólo á una probable caída, sino á aparecer ridículo y torpe á los ojos de la mujer que le esperaba. Y atando la escala á dos clavos sólidamente clavados en el techo, Rodolfo empleó las dos horas que le quedaban haciendo gimnástica; y después de un número infinito de pruebas, logró subir bien ó mal una docena de escalones.

—Vamos, esto va bien—se dijo,—ahora estoy seguro de mí mismo, y además, si me quedo por el camino *el amor me dará alas*.

Y cargando con la escala y la jaula del pichón, se dirigió á casa de Julieta que vivía cerca de allí. Su cuarto estaba situado en el fondo de un jardín-cito, y tenía, en realidad, balcón. Pero el cuarto estaba en el piso bajo, y el balcón se podía saltar con toda facilidad.

Así es que Rodolfo quedó aterrado cuando se

apercibió de aquella disposición local, que anulaba su proyectado escaló.

—Lo mismo da—dijo á Julieta,—no por ello dejaremos de representar el episodio del balcón. Este pájaro nos despertará mañana con su armoniosa voz, y nos advertirá el momento preciso en que debemos separarnos con desesperación. Y Rodolfo colgó la jaula en un rincón del cuarto.

Al día siguiente, á las cinco de la madrugada, el pichón fué puntualísimo y llenó la habitación con un prolongado arrullo que hubiera despertado á los amantes si hubiesen estado dormidos.

—Vamos—dijo Julieta,—ha llegado el momento de salir al balcón para despedirnos desesperadamente; ¿qué te parece?

—El pichón adelanta—dijo Rodolfo;—estamos en noviembre, el sol no se levanta hasta mediodía.

—Lo mismo da—dijo Julieta,—yo me levanto. ¡Toma! ¿por qué?

—Estoy débil de estómago, y te participo que de buena gana comería algo.

—Es extraordinaria la concordancia de nuestras simpatías; yo también tengo un hambre atroz,—dijo Rodolfo levantándose á su vez y vistiéndose á toda prisa.

Julieta había encendido ya el fuego y buscaba en la alacena si había algo; Rodolfo ayudábala en sus pesquisas.

—Mira—dijo,—cebollas.

—Y tocino—añadió Julieta.

—Y manteca.

—Y pan.

—¡Ay! ¡y nada más!

Durante aquellas investigaciones, el pichón optimista y alegre cantaba en su jaula.

Romeo miró á Julieta, Julieta miró á Romeo; ambos miraron el pichón.

No habían pronunciado una sola palabra. Pero la suerte del pichón reloj estaba decidida; aun cuando hubiese recurrido en casación hubiera perdido el tiempo, porque el hambre es un malísimo consejero.

Rodolfo puso carbón en el hornillo y freía tocino en la hirviente manteca, con aire serio y severo.

Julieta mondaba cebollas en actitud melancólica.

El pichón cantaba siempre su *Romansa del sauce*.

A sus lamentaciones se unió el canto de la manteca en la cacerola.

Cinco minutos después, la manteca cantaba aún; pero semejante á los templarios el pichón ya no cantaba.

Romeo y Julieta habían asado su reloj.

—¡Qué bien cantaba!—decía Julieta al sentarse á la mesa.

—¡Y qué tierno está!—exclamó Romeo partiendo su *despertador*, perfectamente dorado.

Y ambos amantes se miraron y se sorprendieron mutuamente con lágrimas en los ojos.

...¡Hipócritas! ¡Eran las cebollas que les hacían llorar!





Durante los primeros días de su ruptura definitiva con Mimi, que le había dejado, según el lector recordará, para pasearse en los coches del vizconde Pablo, el poeta Rodolfo trató de aturdirse buscando otra amante.

Era la rubia aquella, por la que se disfrazó de Romeo en un día de locura y de paradoja. Pero aquellas relaciones, que eran en él obra del despecho y en ella capricho pasajero, no podían durar, porque, después de todo, aquella mujer no pasaba de ser una loca, que cantaba á la perfección el solfeo de la truhanería; bastante inteligente para conocer la inteligencia de los demás y servirse de ella si se ofrecía el caso, y sin más corazón que el que le dolía, cuando se hartaba con exceso. A más de esto, un amor propio desen-

frenado y una coquetería feroz que la hubiera llevado á preferir que su amante se rompiera una pierna antes que prescindir de un volante en su falda ó de un cintajo en el sombrero. Belleza discutible, criatura ordinaria, naturalmente dotada de todos los malos instintos, y sin embargo, seductora bajo ciertos aspectos y á ciertas horas. No tardó en apercibirse de que Rodolfo la había tomado únicamente para ayudarle á olvidar á la ausente, que ella le hacía desear más y más, pues nunca su antigua amiga le había parecido tan viva y palpitante en su corazón.

Un día, Julieta, la nueva amiga de Rodolfo, hablaba de su amigo el poeta con un estudiante de medicina que la cortejaba; el estudiante le respondió:

—Querida amiga, aquel muchacho se sirve de usted como nosotros del nitrato para cauterizar las llagas, y quiere cauterizar su corazón; así es que hace usted mal en sacrificarse y en serle fiel.

—¡Ja! ¡ja!—exclamó la joven soltando la carcajada—¿se figura usted que esto me detiene?—Y aquella misma noche dió al estudiante una prueba de lo contrario.

Gracias á la indiscreción de uno de esos amigos officiosos que no saben mantener inédita la noticia susceptible de daros una pena, Rodolfo tuvo noticia de la cosa y la tomó por pretexto para romper interinamente con su amiga.

Entonces se encerró en la más completa soledad, en la que no tardaron en hacer el nido todos los murciélagos del fastidio; llamó en ayuda el trabajo, pero fué en vano. Cada noche, después de haber sudado tantas gotas de agua como gotas de tinta había consumido, escribía una veintena de

líneas en las que una idea más vieja y más cansada que el Judío Errante, y mal vestida con los harapos recogidos en las basuras literarias, bailaba pesadamente sobre la cuerda floja de la paradoja. Al releer aquellas líneas, Rodolfo quedábase consternado como un hombre que viera crecer ortigas en la maceta donde creyó sembrar rosas. Entonces rasgaba la cuartilla en la que acababa de ensartar tantas tonterías y la pisoteaba con ira.

—Vamos—decía golpeándose el pecho por encima del corazón,—la cuerda se ha roto, resignémonos.—Y como desde hacía mucho tiempo, todas sus tentativas de trabajo se estrellaban ante idénticos obstáculos, asaltóle uno de esos invencibles descorazonamientos que aterran los más inquebrantables orgullos y embrutecen las más claras inteligencias. En efecto, nada más terrible que aquellas luchas solitarias que se entablaban á veces entre el obstinado artista y el arte rebelde, nada más conmovedor que esos arrebatos en que se alternan, ora suplicantes, ora impetuosas las invocaciones dirigidas á la Musa desdeñosa ó rugitiva.

Las más violentas angustias humanas, las más profundas heridas, hechas en lo vivo del corazón no causan un sufrimiento que se aproxime al que se siente en esas horas de impaciencia y de duda tan frecuentes en cuantos se entregan á los peligrosos oficios de la imaginación.

A aquellas violentas crisis, suceden lamentables abatimientos; Rodolfo permanecía entonces horas enteras petrificado en una inmovilidad de idiota. Con los codos apoyados sobre la mesa, los ojos clavados fijamente en el círculo luminoso que la

luz de su lámpara describía en medio de aquella hoja de papel, «campo de batalla», donde su espíritu quedaba vencido diariamente y donde su pluma se había embotado persiguiendo la idea fugitiva, veía desfilan lentamente, semejantes á figuras de las linternas mágicas con que se divierte á los niños, cuadros fantásticos que iban desenvolviendo ante su vista el panorama de su pasado. Al principio eran los días laboriosos en los que cada hora del cuadrante tocaba el cumplimiento de un deber, las noches estudasas pasadas frente por frente de su musa, que acudía á adornar con sus fantasmagorías su pobreza solitaria y paciente. Y recordaba entonces con envidia la orgullosa satisfacción que le embargaba antiguamente cuando concluía la tarea impuesta por su voluntad. «¡Oh! nada hay—exclamaba,—nada os iguala, voluptuosas fatigas del trabajo, que hacéis encontrar tan agradable el colchón del *far niente*. Ni las satisfacciones del amor propio, ni los febriles éxtasis escondidos tras las pesadas cortinas de las misteriosas alcobas, nada hay que iguale esta alegría honrada y tranquila, este legítimo contento de sí mismo que el trabajo concede á los laboriosos como á salario primero.» Y con los ojos siempre fijos en aquellas visiones que seguían representándole las escenas de épocas desaparecidas, subía á todas las buhardillas de los sextos pisos en donde había transcúrrido su existencia azarosa, y donde la Musa, su único amor entonces, fiel y perseverante amiga, le había seguido siempre, acompañándole en su miseria y no interrumpiendo jamás su canto de esperanza. Pero de pronto, en medio de aquella existencia regular y tranquila, apareció la figura de una mujer; y al

verla entrar en aquella casa, donde hasta entonces había reinado como única dueña, la Musa del poeta se alejó tristemente y cedió el sitio á la recién llegada en la que había adivinado una rival. Rodolfo vaciló un instante entre la Musa á quien con la mirada parecía decirle que se quedase, mientras con atractivo gesto decía ven á la desconocida. ¿Y cómo rechazar á la simpática criatura que iba hacia él, armada con todas las seducciones de una belleza en su aurora? Boca diminuta y labios de rosa, que hablaba un lenguaje ingenuo y atrevido, impregnado de calurosas promesas; ¿cómo rehusar la mano á aquella manita blanca de venas azuladas, que le tendía prometiéndole un mundo de caricias? ¿Cómo decir «vete» á aquellos floridos diez y ocho años, cuya presencia embalsamaba la casa con un perfume de juventud y de alegría? Y después, ¿cantaba tan bien, con su voz tiernamente conmovida, la cavatina de la tentación! Con sus ojos vivos y brillantes, decía á maravilla: Yo soy el amor; con sus labios donde florecía el beso: Yo soy el placer; con toda su persona, en fin: Yo soy la dicha. No es extraño que Rodolfo cediera. Y después de todo, aquella mujer ¿no era acaso la poesía viviente y real, no le había debido sus más frescas inspiraciones? ¿no había sido causa á menudo de aquellos entusiasmos que le transportaban á lo alto del éter de la fantasía, hasta perder de vista las cosas de la tierra? Si había sufrido mucho por su culpa, ¿aquellos sufrimientos no eran la expiación de los goces inmensos que ella le había dado? ¿No era acaso la venganza ordinaria del destino humano, que impide la felicidad absoluta como una impedida? Si la ley cristiana perdona á los que han

amado mucho, es porque han sufrido mucho también, y el amor terrestre no se convierte en pasión divina más que con la condición de purificarse por las lágrimas. Así como algunos se embriagan respirando el perfume de las rosas marchitas, Rodolfo también se embriagaba reanimando con sus recuerdos la vida de otros tiempos, en la que cada día le representaba una nueva elegía, un drama terrible, una comedia grotesca. Iba repasando todas las fases de su extraño amor hacia la amada ausente, desde su luna de miel, hasta las tormentas domésticas que habían determinado su definitiva ruptura; y se acordaba del repertorio de todos los engaños de su antigua amante, y repetía todos sus dicharachos. Veíala andar á su alrededor en la reducida casita, tarareando su canción de *Mi amiga Anita*, y acogiendo con la misma indiferente alegría tanto los buenos como los malos días. Y, al fin de cuentas, acababa por confesarse, que la razón en cuestiones de amor, había tenido siempre culpa. En efecto, ¿qué había ganado con aquella ruptura? Cuando vivía con Mimí, ésta le engañaba, es verdad; pero si él lo sabía, era culpa suya al fin y al cabo, pues hacía todo lo posible por averiguarlo, perdiendo el tiempo espíandola y aguzando él mismo los puñales que se clavaba en el corazón. Además, Mimí no tenía muchas veces elocuencia bastante para demostrarle que era él el que se engañaba. Y después, ¿con quién le era infiel? Lo más frecuente era con un chal, con un sombrero, con objetos, no con hombres. La calma, la tranquilidad que esperaba recobrar al separarse de su amante, ¿las había encontrado desde su ausencia? ¡Ay, no! Lo único que faltaba en la casa era ella. Antes, su dolor

podía expansionarse, podía resolverse en injurias, en acusaciones, podía demostrar todo lo que sufría, y excitar la piedad de la que motivaba sus sufrimientos. Y ahora su dolor era solitario, sus celos se habían convertido en delirio; pues antes, podía al menos, cuando tenía sospechas, impedir á Mimi que saliera, retenerla á su lado, poseerla; y ahora, la encontraba en la calle, del brazo de su nuevo amante, y era necesario que volviera la cara para dejarla pasar, seguramente dichosa y encañinándose al placer.

Aquella vida miserable duró tres ó cuatro meses. Poco á poco fué calmándose. Marcelo, que había hecho un largo viaje para distraerse de Musette, regresó á París y se fué á vivir otra vez con Rodolfo. Y consolábanse mutuamente.

Un día, un domingo, al atravesar el Luxemburgo, Rodolfo encontró á Mimi, ricamente ataviada. Se dirigió al baile. Ella le dirigió un signo de cabeza y él respondió saludándola. Aquel encuentro perturbó su corazón, pero su impresión fué menos dolorosa que de costumbre. Paseóse un rato todavía por el jardín del Luxemburgo, y se marchó á su casa. Cuando Marcelo volvió por la noche le encontró trabajando.

—¡Hola!—exclamó Marcelo asomando la cabeza por encima de su hombro,—¿escribes... versos?

—Sí—respondió Rodolfo con alegría.—Creo que la loca de la casa no está muerta del todo. Hace cuatro horas que estoy aquí, porque he vuelto á encontrar la inspiración de mis antiguos tiempos, he vuelto á encontrar á Mimi.

—¿Sí?—dijo Marcelo con inquietud.—¿Y qué habéis hecho?

—No temas—interrumpió Rodolfo,—no hemos

hecho más que saludarnos. No hemos pasado de ahí.

—¿Dices la verdad?—interrogó Marcelo.

—La verdad. Entre nosotros todo está acabado, lo comprendo; pero si logro volver á trabajar, se lo perdono.

—Si todo está acabado como dices—añadió Marcelo que acababa de leer los versos de Rodolfo—¿por qué le escribes versos?

—¡Ay!—replicó el poeta—recojo mi poesía donde la encuentro.

Durante ocho días estuvo trabajando en aquel pequeño poema. Cuando lo hubo terminado, se lo leyó á Marcelo, quien se declaró satisfecho, animando á Rodolfo para que aprovechara en otro sentido la inspiración que acababa de recobrar.

—Porque—observó,—no valía la pena de separarte de Mimi, si habías de continuar viviendo á su sombra. Después de todo—añadió sonriendo,—en lugar de predicar á los demás, obraría mejor predicándome á mi mismo, pues tengo el corazón lleno todavía de Musette. ¡Quién sabe si habremos puesto fin á nuestras endiabladas locuras!

—¡Ay!—exclamó Rodolfo,—no es cosa de decir á la juventud: Vete.

—Tienes razón—dijo Marcelo,—pero hay días en que me gustaría ser un honrado anciano, miembro del Instituto, condecorado con varias órdenes, y curado de las Musettes de este mundo. ¡El diablo me lleve, si volviera otra vez! Y á tí—añadió riendo el artista,—¿te gustaría tener sesenta años?

—Hoy—contestó Rodolfo,—preferiría tener sesenta francos.

Pocos días después, la señorita Mimi y el viz-

conde Pablo entraron en un café; y abriendo una *Revista*, aquélla se encontró con los versos ya impresos que Rodolfo había escrito para ella.

— ¡Hola! — exclamó riendo súbitamente, — mi amante Rodolfo vuelve á hablar mal de mi en los periódicos.

Pero cuando acabó de leer la poesía, permaneció silenciosa y abstraída. El vizconde Pablo, adviniendo que pensaba en Rodolfo, trató de distraerla.

— Te compraré unos pendientes — le dijo.

— ¡Val! — respondió Mimi, — ¡cuando no falta dinero!

— Y un sombrero de paja de Italia — prosiguió el vizconde Pablo.

— No — contestó Mimi, — si quieres darme gusto, cómprame esto.

Y le mostraba el cuaderno en el que acababa de leer la poesía de Rodolfo.

— ¡Ah! esto no — exclamó el vizconde mortificado.

— Está bien — respondió friamente Mimi. — Lo compraré yo, con dinero que ganaré yo misma. Sí, prefiero que no sea con el tuyo.

Y durante dos días, Mimi volvió á su antiguo taller de florista, donde ganó con que comprar el cuaderno. Se aprendió de memoria la poesía de Rodolfo; y para hacer rabiar al vizconde Pablo, la iba repitiendo todo el día á sus amigos. Aquí van los versos:

Buscaba una mujer y en mi camino errante
El azar te lanzaba con ironía cruel;
Yo puse entre tus manos mi corazón amante,
Diciéndote: Alma mía, haz lo que quieras de él.

Mas ¡ay! querida amiga dura conmigo fuiste,
Mi juventud rasgaste con torpe mano airada:
Como si vidrio fuera mi corazón rompiste,
Y en cementerio convertiste
El cuarto aquel, donde enterrada
Queda la fe que destruiste.

Ya todo entre nosotros, mi Lella, se ha acabado,
Yo soy sólo un espectro, tú sólo una visión,
Y sobre el amor nuestro, difunto y enterrado
Cantaremos, si quieres, la última oración.

Mas como nuestras voces no están hoy muy seguras
Cantemos en un tono mediano y natural;
Busquemos un menor grave y sin florituras;
Tú cantarás de tiple, yo de bajo central.

Mi, re, mi, do, re, la. — ¡Deja esta melodía
Que en tiempos más felices te oí alegre cantar!
Porque mi corazón ya muerto, amada mía,
Con este *De profundis* puede resucitar.

Do, mi, fa, sol, si, do. — ¡Horrible desconsuelo!
Esta un wals me recuerda que es causa de mi mal;
El flautín se burlaba del triste violoncelo
Cuyas cuerdas gemían con notas de cristal.

Sol, do, do, si, si, la. — No sigas, te lo ruego,
Pues la cantamos juntos en próxima ocasión
Con ciertos ademanes que abandonamos luego
De noche, entre los bosques cercanos á Meudón.

Dejemos, pues, el canto; ahoguemos los latidos,
Y para que podamos olvidarlos mejor
Echemos sobre nuestros amores extinguidos
Un último recuerdo sin odio y sin rencor.

¡Oh cuán felices éramos en tu cuarto hechicero
Cuando el cierzo y la lluvia nos situaban allí!
Como me deleitaba en las noches de enero,
Al amor de la llama soñar despierto en ti.

La leña chispeaba y al calor de la lumbre
Olíase el puchero dulcemente cantar
Y á su compás danzaba revuelta muchedumbre
De alegres salamandras encima del hogar.

Un libro tú hojeabas friolenta y perezosa,
Cerrábanse tus ojos bajo un blando sopor;
Yo oprimía en mis labios tu mano temblorosa
Y á tus plantas rendía mi juvenil ardor.

Así los que venían, al penetrar apenas
Sentían un perfume de dicha y de bondad,
Perfume que jaundaba la casa á manos llenas
Porque la dicha amaba nuestra hospitalidad.

Huyó luego el invierno; por la abierta ventana
Llamó la primavera con temprano arrebol,
Y entrambos aquel día salimos de mañana
Para gozar del campo bajo el ardiente sol.

Caía en Viernes Santo; la férvida natura
Mostraba de sus galas el verde despuntar;
Y con ligero paso, del bosque á la llanura,
Del valle á la colina, corríamos sin cesar.

Al fin ya fatigados de nuestra correría
En un lugar mullido por el césped feraz
Desde donde un extenso paisaje se veía
Nos sentamos buscando refrigerio y solaz.

Tus manos en mis manos, tu aliento con mi aliento,
Unidos nuestros cuerpos que la pasión juntó,
Se abrieron nuestras bocas sin proferir acento
Y un ardoroso beso nuestros labios selló.

Jacintos y violetas, por entre los abrojos,
el aire perfumaban en agradable unión,
Y vimos en el cielo, al levantar los ojos,
Que Dios nos sonreía desde su azul balcón.

Amaos, nos decía; para haceros más bueno
Vuestro largo camino, he mandado extender
Esta mullida alfombra de césped y de henó;
Besaos todavía,—que yo no os he de ver.

Amaos siempre: es vuestra la brisa que murmura,
Estas limpidas aguas, estos bosques floridos,
El astro rey, las flores, la canción de los nidós...
Para vosotros sólo renace la natura.

Amaos, y si os gusta la nueva primavera
Y el sol que os ilumina con áurea esplendor
Dejaos de plegarias, que la virtud sincera
Consiste en amar siempre.—Besaos otra vez.

Transecurrió un mes; las rosas apenas florecían
En el jardín modesto que nuestro amor plantó;
Y cuando más mis ojos en ti se embebecían
Sin razón aparente tu amor me abandonó.

¿A dónde se fué? A todas partes, pues, en conciencia
Haciendo que triunfen uno y otro color
Tu amorosa inconstancia flota sin pre'erencia
De un amante moreno á otro rubio mejor.

Por fin eres feliz; tu caprichosa estrella
Reina sobre una corte galante y juvenil;
No puedes dar un paso sin imprimir tu huella
En alfombra de flores de perfume sutil.

Cuando entras en los bailes radiante de hermosura
En torno tuyo se abre un círculo de amor
Y el roce de la seda, que vistes con soltura,
Un coro de alabanzas levanta en derredor.

Calzando la pequeña y elegante botina
Que aun á la Cenicienta causara desazón,
Tu pie es tan diminuto que apenas se advierte
Cuando en su torbellino te lleva el cotillón.

En los baños grasientos de aceite de pereza
Tus morenitas manos han llegado á tomar
Del marfil la blancura, del lirio la belleza
Que el astro de la noche descende á acariciar.

En torno de tu brazo un brazaete gira
De perlas engarzado, de artístico valor,
Y desde tus espaldas un chal de Cachemira
en cascada de pliegues se viene á resolver.

El punto de Inglaterra, las blondas de Bruselas,
Los góticos guipures de pálido blanco,
Joyas inimitables de históricas escuelas
Completan de tus trajes el mágico esplendor.

Yo en cambio odio esas galas; mejor te considero
Con trajes de indiana ó modesto organdí
Con adornos sencillos, sin velo en el sombrero,
El cuello almidonado y el simple borcegui.

Porque este nuevo lujo que tanto á ti te agrada
En nada me recuerda mi venturoso amor;
Y me pareces muerta, mejor dicho, enterrada
Envuelta en tu sudario de seda y similar.

En tanto que escribía el canto tunerario
Que es un recuerdo postumo de mi felicidad
Vestía traje negro cual perfecto notario
Menos las galas de oro ni su formalidad.

Envuelto en una gasa el mango de mi pluma,
Con el papel de luto, como el que siento en mí,
Febril iba escribiendo los versos con que exhumo
Mi acongojado espíritu la dicha que perdí.

Y al fin de este poema, que es como el hondo abismo
En donde hundir pretendo mi pobre corazón
Como un sepulturero que se entierre á sí mismo,
Solté una carcajada, perdida la razón.

Mas esa carcajada estúpida é inconsciente
Hizo temblar mi pluma en el instante aquel,
Y mientras me reía, cual rociada ardiente
Mí llanto iba borrando lo escrito en el papel.

II

Era el 24 de diciembre, y aquella noche el barrio Latino tenía una fisonomía particular. Desde las cuatro de la tarde en los oficinas del Monte de Piedad, las prenderías y los libreros de lance pululaba una rumorosa muchedumbre que por la noche tomó por asalto las tocinerías, los despachos de carnes asadas y las tiendas de ultramarinos. Aunque los dependientes hubiesen tenido cien brazos como Briareo, no hubieran podido des-

pachar á sus clientes, que se arrancaban las provisiones de las manos. En las tahonas se formaba cola como en los días de escasez. Los taberneros despachaban el vino de tres vendimias, y un hábil estadista se hubiera visto apurado para contar la cifra de jamones y salchichones que se vendieron en casa del célebre Borel de la calle de la Delfina. En aquella sola noche, el tío Cretaine, apodado *el Panecillo*, despachó diez y ocho ediciones de sus pasteles con manteca. Durante la noche entera, escapábanse ruidosos clamores de todas las casas amuebladas cuyas ventanas resplandecían, y una atmósfera de fiesta llenaba todo el barrio.

Celebrábase el clásico y solemne banquete de Noche Buena.

Aquella noche, sobre las diez, Marcelo y Rodolfo se volvían á casa tristemente. Al remontar la calle de la Delfina, observaron una gran afluencia en una de las tiendas de comestibles, y detuviéronse un momento en la acera, atraídos por el espectáculo de aquellas apetitosas producciones gastronómicas; los dos bohemios semejaban, en su contemplación, á aquel personaje de una novela española, que hacía adelgazar los jamones con sólo mirarlos.

—Esto es un pavo trufado—decía Marcelo indicando un magnífico volátil que ponía en evidencia á través de su epidermis sonrosada y transparente, los tubérculos de Perigord de que estaba relleno.—He visto á personas impías comiendo de esto sin arrodillarse,—añadió el pintor lanzando sobre el pavo unas miradas capaces de asarlo.

—¿Y qué me dices de este muslo de carnero?—añadió Rodolfo.—Qué hermoso color tiene, parece

acabado de arrancar de aquella tienda de comestibles que se ve en un cuadro de Jordaens. Este muslo es el manjar favorito de los dioses, y de la señora Chandelier, mi madrina.

—Observa esos pescados—prosiguió Marcelo enseñándole unas truchas,—son los más hábiles nadadores de la raza acuática. Estos animalitos, que se presentan sin pretensiones, podrían ganar sumas enormes haciendo habilidades; figúrate que remontan la corriente de una cascada con más facilidad que nosotros aceptaríamos una cena ó dos. Una vez estuve á punto de comerlas.

—Y allá abajo, aquellas grandes frutas doradas en forma de cono, cuyas hojas parecen una panoplia de sables salvajes, llámense ananas y son las piñas de los trópicos.

—Lo mismo me da—respondió Marcelo,—en cuestión de frutas prefiero este filete de vaca, este jamón ó este otro más pequeño ácorazado con una jelatina transparente como el ámbar.

—Tienes razón—añadió Rodolfo,—el jamón es el amigo del hombre, cuando hay. Sin embargo, no rehusaría este faisán.

—Ya lo creo, es el plato de las testas coronadas.

Y como al proseguir su camino, se encontraran con multitud de alegres comitivas que se dirigían á sus casas para festejar á Momo, Baco, Como y demás divinidades gastronómicas, se preguntaron qué señor Camaecho celebraba sus bodas con tan grandiosa profusión de vituallas.

Marcelo fué el primero en recordar la fecha de aquel día.

—Es que hoy es Noche Buena—dijo.

—¿Te acuerdas de lo que hicimos el año pasado?—preguntó Rodolfo.

—Sí—respondió Marcelo,—en el café de Momo. Barbemuche fué el pagano. Jamás hubiera imaginado que una mujer tan delicada como Eufemia pudiera engullir tanto salchichón.

—¡Qué lástima que Momo nos haya prohibido la entrada!—dijo Rodolfo.

—¡Ay!—exclamó Marcelo,—las festividades se siguen y no se parecen.

—¿No piensas celebrar la Noche Buena?—preguntó Rodolfo.

—¿Con quién y con qué?—replicó el pintor.

—Pues, conmigo.

—¿Y el oro?

—Espera un momento—dijo Rodolfo,—voy á entrar en este café donde conozco á algunas personas que juegan fuerte. Pediré algunos sextercios á un favorito de la fortuna, y traeré con qué remojar una sardina ó una mano de cerdo.

—Ve pronto—exclamó Marcelo,—¡tengo un hambre canina! Te espero allí.

Rodolfo subió al café, donde tenia algunos conocidos. Un caballero que acababa de ganar trescientos francos en diez vueltas de monte, mostróse muy complacido de poder prestar al poeta una pieza de dos francos, que le ofreció envuelta con aquella especie de mal humor que da la fiebre del juego. En otro momento y fuera del tapete verde, tal vez hubiera prestado cuarenta francos.

—¿Qué tal?—preguntó Marcelo á Rodolfo que volvía.

—Aquí traigo la colecta—dijo el poeta mostrando el dinero.

—Un bocado y un trago—observó Marcelo. Con aquella módica suma, pudieron, sin em-

bargo, procurarse pan, vino, salchichón, tabaco, luz y leña.

Volviéronse á su casa, donde vivían en dos cuartos separados. Como el de Marcelo, que le servía de taller, era el más grande, escogieronlo para el banquete, y ambos amigos hicieron de común acuerdo los preparativos de su festín de Baltasar íntimo.

Pero al sentarse á la modesta mesa, al lado de la chimenea, en la que una leña mala y humedecida por el transporte fluvial se consumía sin llama y sin calor, sentóse con ellos, triste comensal, el fantasma del lejano pasado.

Durante una hora por lo menos, permanecieron silenciosos y pensativos, preocupados ambos sin duda por la misma idea que se esforzaban en disimular. Marcelo fué el primero en romper el silencio.

—Oye—dijo á Rodolfo,—no es esto lo que nos habíamos propuesto.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Rodolfo.

—¡Eh! ¡qué diablo! ¿vas á hacerte el tonto conmigo? Estás pensando en olvidar y yo también ¡vive Dios!... no lo niego.

—Pues bien, así...

—Pues bien, es necesario que sea la última vez. ¡Al diablo los recuerdos que nos amargan el vino y nos ponen tristes cuando todo el mundo se divierte!—exclamó Marcelo aludiendo á los alegres gritos que se escapaban de los cuartos inmediatos al suyo. Ea, pensemos en otra cosa, y que no vuelva á suceder.

—Siempre lo decimos y no obstante...—profririó Rodolfo volviéndose á ensimismar.

—Siempre volvemos á las andadas—prosiguió

Marcelo.—Esto proviene de que, en lugar de buscar francamente el olvido, tomamos pie de los más fútiles pretextos para reanimar nuestros recuerdos; esto proviene sobre todo de que nos obstinamos en vivir en el mismo ambiente en que vivieron las criaturas que por tanto tiempo nos atormentaron. Somos más esclavos de la costumbre que de la pasión. Y hay que romper este cautiverio en el que agotaremos nuestras fuerzas en una ridícula y vergonzosa esclavitud. Pues bien, el pasado, pasado, hay que romper los lazos que aun nos unen á él; ha llegado la hora de avanzar sin mirar atrás; se acabó ya la juventud, la despreocupación y la paradoja. Todo esto es muy bonito, da materia para escribir una bonita novela; pero esta comedia de locuras amorosas, este derroche de días perdidos con la prodigalidad de personas que creen poder gastar una eternidad, todo esto debe acabar. Bajo pena de justificar el desprecio con que nos mirarían, y de despreciarnos á nosotros mismos, no nos es posible seguir viviendo por más tiempo al margen de la sociedad, casi al margen de la vida. Porque seamos justos ¿puede llamarse existencia la que llevamos? ¿Y esta independencia, esta libertad de costumbres de que tan alto nos alabamos, no constituyen ventajas muy insignificantes? La verdadera libertad, consiste en poder prescindir de los demás y en valerse á sí mismo; ¿lo hacemos nosotros? ¡No! El primer pícaro que se nos presenta, cuyo nombre no quisiéramos llevar ni cinco minutos, se venga de nuestras burlas y se convierte en nuestro dueño desde el momento que nos presta cinco francos, después de habernos hecho gastar por valor de cien escudos de engaños y de humilla-

ciones. Por mi parte, estoy harto. La poesía no existe únicamente en el desorden de la existencia, en las dichas improvisadas, en los amores que duran lo que una vela esteárica, en las rebeliones más ó menos excéntricas contra los principios que serán eternamente los soberanos del mundo: se derriba más fácilmente una dinastía que una costumbre, aunque sea ridícula. No basta ponerse un gabán de verano en el mes de diciembre para tener talento; se puede ser un poeta ó un verdadero artista llevando los pies calientes y comiendo tres veces al día. Por más que se diga y se haga, si se quiere llegar á ser algo, hay que tomar siempre el camino del sentido común. Te sorprendo quizás este discurso, amigo Rodolfo, vas á decir que derribo mis ídolos, me llamarás corrompido, y sin embargo, te aseguro que es la expresión de mi sincera voluntad. Sin yo apercibirme, se ha operado en mi una lenta y saludable metamorfosis: ha entrado la razón en mi espíritu, con fractura, si quieres, y tal vez á pesar mio; pero el caso es que ha entrado, probándome que me había internado por mal sendero, y que de perseverar en él me exponía al ridículo y á la desgracia. En efecto, ¿qué sucederá si continuamos esta monótona é inútil vida vagabunda? Llegaremos al borde de nuestros treinta años, desconocidos, aislados, cansados de todo y de nosotros mismos, envidiando á los que veamos llegar á la meta, sea la que quiera, obligados para vivir á recurrir á los vergonzosos medios del parasitismo, y esto no es ciertamente que yo evoque este cuadro fantástico para asustarte. Yo no veo el porvenir sistemáticamente negro, pero tampoco lo veo de color de rosa; veo lo justo. Hasta la

hora presente, la existencia que llevábamos nos estaba impuesta; teníamos la excusa de la necesidad. Hoy nada podría excusarnos; y si no volvemos á entrar en la vida común, será porque no queremos, pues han desaparecido los obstáculos contra los cuales hemos debido luchar constantemente.

—¡Diantre!—exclamó Rodolfo ¿á dónde quieres ir á parar? ¿A qué viene este sermón?

—Tú me comprendes perfectamente—respondió Marcelo con la misma gravedad;—hace un momento te he visto asaltado, como yo, por los recuerdos que te hacían desear el tiempo pasado: tú pensabas en Mimi, como yo pensaba en Musette; tú hubieras querido, igual que yo, tener á tu amante al lado. Pues bien, yo digo que no debemos, ni uno ni otro pensar en aquellas criaturas; que no hemos venido al mundo únicamente para sacrificar nuestra existencia á esas Manon vulgares, y que el caballero Desgricux, que es tan bello, tan verdadero y tan poético, no se salva del ridículo más que por su juventud y por las ilusiones que supo conservar. A los veinte años, puede seguir á su amante á las islas sin dejar de ser interesante; pero á los veinticinco años hubiera puesto á Manon á la puerta, y lo hubiera hecho con razón. Desengañémonos, somos ya viejos ¿sabes, amigo? hemos vivido mucho y muy aprisa; nuestro corazón está cascado y sólo produce sonidos desentonados; no se pasan impunemente tres años amando á una Musette ó á una Mimi. Por mí, todo se ha acabado; y como deseo divorciarme completamente de su recuerdo, voy desde luego á echar al fuego algunos objetos que ha ido dejando en mi casa durante sus varias estancias,

y que me obligan á pensar en ella cuando me vienen á la mano.

Y Marcelo, que se había levantado, fué á tomar en el cajón de la cómoda una cajita de cartón, dentro de la cual guardaba los recuerdos de Musette, un ramilletito marchitado, un cinturón, un lazo y algunas cartas.

—Vamos—dijo al poeta,—imitame, Rodolfo.

—¡Pues bien, sea!—exclamó éste haciendo un esfuerzo,—tienes razón. Yo también quiero romper definitivamente con aquella muchacha de las manos blancas.

Y levantándose bruscamente, fué á buscar un paquetito que contenía los recuerdos de Mimi, poco más ó menos del mismo género que los que Marcelo estaba inventariando en silencio.

—Nos vendrá bien—murmuró el pintor.—Estas fruslerias nos servirán para avivar el fuego que se extingue.

—Es verdad—añadió Rodolfo;—aquí hay una temperatura capaz de hacer venir osos blancos.

—Vamos—dijo Marcelo,—echemos á dúo. Mira allá va la prosa de Musette que arde como un ponche; ¡cómo le gustaba el ponche! ¡Atención, Rodolfo, ahora tú!

Y durante algunos minutos fueron echando alternativamente en la chimenea, que ardía con ímpetu y claridad, el relicario de su pasado amor.

—Pobre Musette—decía en voz baja Marcelo, contemplando el último objeto que tenía en la mano.

Era un ramillete marchito, compuesto de flores campestres.

—Pobre Musette, y era hermosa por cierto, y me amaba, ¿no es verdad, ramito, que su corazón

te lo dijo el día en que tus flores estaban prendidas en su cintura? Pobre ramilletito, parece que me pides compasión; pues bien, sí, pero con una condición; que nunca más me hablarás de ella, ¡nunca más! ¡nunca más!

Y aprovechando un momento en que creyó no ser visto de Rodolfo, se metió el ramo en el seno.

—No puedo, es superior á mis fuerzas. Esto es trampa—pensó el pintor.

Y lanzando una furtiva mirada á Rodolfo, vió que el poeta, al llegar al final de su auto de fe, escondía cuidadosamente en el bolsillo, después de haberla besado con ternura, la gorra de dormir que fué de Mimi.

—Vamos—murmuró,—es tan cobarde como yo.

En el mismo instante que Rodolfo se iba á marchar á su cuarto para acostarse, sonaron golpecitos en la puerta de Marcelo.

—¿Quién diablos puede venir á estas horas?—dijo el pintor mientras iba á abrir.

Pero apenas hubo abierto la puerta no pudo contener un grito de sorpresa.

Era Mimi.

Como el cuarto estaba bastante oscuro, Rodolfo no reconoció de pronto á su amada; distinguió solamente á una mujer, y pensó que era una de las conquistas de paso de su amigo, así es que por discreción iba á retirarse.

—¿Estorbo?—dijo Mimi, que se había quedado en el umbral de la puerta.

Al oír aquella voz, Rodolfo se dejó caer en una silla como fulminado.

—Buenas noches,—le dijo Mimi aproximándose á él y estrechándole la mano, que él se dejó tomar maquinalmente.

—¿Quién demonios la ha traído aquí—le preguntó Marcelo,—á estas horas?

—Tengo mucho frío—replicó Mimi temblando;—he visto luz en su casa mientras pasaba por la calle, y aunque es muy tarde, he subido.

Y seguía temblando; su voz tenía sonoridades cristalinas que penetraban en el corazón de Rodolfo como un hielo mortal y le llenaban de lúgubre espanto; miróla algo más atentamente, con disimulación. No era Mimi, era su espectro.

Marcelo la hizo sentar al lado de la chimenea.

Mimi sonrió al ver las brillantes llamaradas que danzaban en el hogar.

—Qué bien se está—dijo aproximando á la lumbré sus pobres manos violáceas.—A propósito, señor Marcelo, ¿no sabe usted por qué he venido á su casa?

—No, por mi vida—respondió.

—Pues bien—prosiguió Mimi;—venía únicamente á preguntarle si me podría hacer tomar un cuarto en esta casa. Acaban de despedirme de mi cuarto amueblado, porque debo dos quincenas, y no sé á dónde ir.

—¡Diablo!—exclamó Marcelo meneando la cabeza.—Precisamente no estamos en buen olor con el casero, y nuestra recomendación sería pernicioso, pobre hija mía.

—¿Qué hacer, entonces?—dijo Mimi.—Es que no sé dónde ir.

—¿Y esto?—preguntó Marcelo.—¿Ya no es usted vizcondesa?

—¡Ay, Dios mío! No, ya no.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos meses.

—¿Le habrá hecho alguna jugarreta al vizconde?

—No—dijo ella echando con disimulo una ojeada á Rodolfo, que se había puesto en el rincón más obscuro del cuarto;—el vizconde cuestionó conmigo, á causa de ciertos versos que escribieron para mí. Tuvimos una violenta disputa y le mandé á paseo; ¡valiente miserable!

—Sin embargo—dijo Marcelo,—la puso á usted de veinte alfileres, según pude ver el día que nos encontramos.

—¡Pues bien!—prosiguió Mimi.—Figúrese usted que el día que me marché se me quedó con todo, y supe después que había rifado mis objetos en una mala fonda donde me llevaba á comer. No obstante, aquel muchacho es rico, pero con toda su fortuna es avaro como un tronco, y estúpido como una oca; no quería que bebiese vino puro y me hacía comer de vigilia los viernes. ¿Creerá usted que quería que me pusiese medias de lana negras, á pretexto de que se ensucian menos que las blancas? Nadie podría figurarse lo que es; en fin, me cargaba horriblemente. Puedo decir que he pasado con él mi purgatorio.

—¿Y está enterado de la situación de usted?—preguntó Marcelo.

—No le he vuelto á ver ni quiero verle—replicó Mimi.—¡Siempre que me acuerdo me da náuseas! Preferiría morirme de hambre, antes que pedirle un céntimo.

—Pero—prosiguió Marcelo,—desde que le plantó usted, no habrá permanecido sola.

—¡Sí!—afirmó Mimi con viveza.—Le aseguro que sí, señor Marcelo: he trabajado para vivir; únicamente que, como el oficio de florista no va

muy bien, he tomado otro: hago de modelo para los pintores. Si usted me puede ocupar...—añadió alegremente.

Y observando que Rodolfo, de quien no separaba los ojos mientras hablaba á su amigo, hacía un movimiento, añadió:

—¡ Ah! Pero sirvo tan sólo para las manos y la cabeza. Tengo mucho trabajo y ya hay dos ó tres artistas que me deben dinero; y como cobraré dentro dos días, hasta entonces necesito tomar alojamiento. Cuando tenga dinero volveré á mi cuarto amueblado. ¡ Toma!—dijo viendo la mesa, donde se hallaban todavía los preparativos del modesto festín que apenas habían probado ambos amigos.—¿ Iban á cenar?

—No—dijo Marcelo,—no tenemos apetito.

—¡ Qué felices son!—dijo ingenuamente Mimi.

Al oír aquellas palabras, Rodolfo sintió oprimirse horriblemente el corazón, é hizo un signo á Marcelo que comprendió en seguida.

—Bueno—dijo el artista,—puesto que está aquí, participará usted de nuestro banquete. Nos habíamos propuesto celebrar la Noche Buena con Rodolfo, y después... ¡ por mi vida, que hemos pensado en muy otra cosa!

—Entonces, llego á tiempo—dijo Mimi, echando sobre la mesa donde había las provisiones una mirada casi hambrienta.—No he comido, amigo,—deslizó bajito al oído del artista de manera que no lo pudiera oír Rodolfo, quien mordía su pañuelo para no romper en sollozos.

—Acércate Rodolfo—dijo Marcelo á su amigo,—cenaremos los tres.

—No — dijo el poeta permaneciendo en su rincón.

—¿ Le molesta á usted mi venida, Rodolfo?—le preguntó Mimi con dulzura;—¿ á dónde debía ir?

—No, Mimi—respondió Rodolfo,—siento únicamente verla en este estado.

—Yo tengo la culpa, Rodolfo, y no me quejo; lo pasado, pasado; olvide usted como yo. ¿ No puede acaso ser amigo mío, porque ha sido otra cosa? Vaya que sí ¿ no es verdad? Pues bien, entonces no me ponga usted mala cara, y venga á sentarse á la mesa con nosotros.

Y se levantó para ir á traerle de la mano, pero estaba tan débil que no pudo dar un paso y se cayó en la silla.

—El calor me ha mareado—dijo,—y no puedo tenerme en pie.

—Vamos—dijo Marcelo á Rodolfo,—ven á hacernos compañía.

El poeta se aproximó á la mesa y se puso á comer con ellos. Mimi estaba muy contenta.

Cuando la frugal cena hubo terminado, Marcelo dijo á Mimi:

—Hija mía, no nos es posible hacer que le alquilen un cuarto en la casa.

—Así es que debo marcharme—dijo ella tratando de levantarse.

—¡ No, no!—exclamó Marcelo,—tengo otro medio de arreglar la cosa; usted se quedará en mi cuarto, y yo me iré al de Rodolfo.

—Esto les causará molestia—observó Mimi,—pero no durará mucho, dos días nada más.

—Lo que es así, no nos molesta para nada—respondió Marcelo;—de modo que quedamos entendidos; usted está en su casa, y nosotros dormiremos en la de Rodolfo. ¡ Buenas noches, Mimi! Duerma bien.

—Gracias—dijo ella tendiendo la mano á Marcelo y Rodolfo que se marchaban.

—¿Quiere usted encerrarse?—le preguntó Marcelo al llegar cerca de la puerta.

—¿Por qué?—repuso Mimi mirando á Rodolfo —¡no tengo miedo!

Cuando los dos amigos se hallaron solos en el cuarto inmediato, en el mismo rellano, Marcelo dijo bruscamente á Rodolfo:

—¡Y bien! ¿Qué vas á hacer ahora?

—¿Yo?... balbuceó Rodolfo, —¿yo que sé?

—Vamos, no te pares en tíquis miquis, ¡ve á reunirte á Mimi! Si vuelves á su lado, te anuncio que mañana volveréis á vivir juntos.

—Si fuese Musette la que hubiera venido ¿qué harías tú?—preguntó Rodolfo á su amigo.

—¿Si fuese Musette la que está en el cuarto de al lado?—respondió Marcelo, —pues bien, francamente, haría un cuarto de hora que no estaría en éste.

—Pues bien, yo—dijo Rodolfo,—seré más valiente que tú: me quedo.

—Ya lo veremos ¡pardiez!—dijo Marcelo que ya se había metido en la cama.—¿Te vas á acostar?

—Sin duda—respondió Rodolfo.

Pero durante la noche se despertó Marcelo y notó que Rodolfo se habla marchado.

Por la mañana fué á llamar discretamente á la puerta del cuarto donde estaba Mimi.

—Entre usted—dijo ella; y al verle le hizo signo de hablar bajo para no despertar á Rodolfo que dormía. Estaba sentado en un sillón que había acereado á la cama, y descansaba la cabeza en la almohada en contacto con la de Mimi.

—¿Así han pasado ustedes la noche?—preguntó Marcelo sorprendido.

—Sí—respondió la joven.

Rodolfo se despertó de pronto, y después de haber besado á Mimi, tendió la mano á Marcelo que parecía muy inquieto.

—Voy á buscar dinero para almorzar—dijo al pintor, y entre tanto harás compañía á Mimi.

—¿Qué tal?—preguntó Marcelo á la joven cuando se hallaron solos.—¿Qué ha sucedido esta noche?

—Cosas muy tristes—dijo Mimi.—Rodolfo me ama aún.

—Ya lo sé.

—Sí, usted quiso que me olvidara; pero no estoy resentida, Marcelo, porque usted tenía razón, le he hecho mucho daño á ese pobre muchacho.

—Y usted—preguntó Marcelo,—¿le ama todavía?

—¡Ah! sí, le amo—dijo uniendo las manos,—este ha sido mi tormento. ¡Cuánto he cambiado, amigo mío! ¡Y en poco tiempo!

—Pues bien, puesto que se aman y que no pueden pasar el uno sin el otro, reúnanse de una vez y hagan que sea la definitiva.

—Es imposible—dijo Mimi.

—¿Por qué?—preguntó Marcelo.—No hay duda que sería más razonable que se separaran; pero para no verse más, sería indispensable que estuvieran á mil leguas uno de otro.

—Antes de poco, estare aún más lejos.

—¡Cómo! ¿qué quiere usted decir?

—No se lo diga usted á Rodolfo, porque esto le causaría una gran pena; me marcho para siempre.

—Pero ¿á dónde?

—Pobre Marcelo, mire usted—dijo Mimi sollo-

zando. Y levantando un poco las sábanas, le enseñó sus hombros, su cuello y sus brazos.

—¡Ah, Dios mío! — exclamó dolorosamente Marcelo—¡Pobre muchacha!

—¿No es verdad, amigo, que no me engaño y que voy á morir pronto?

—Pero ¿cómo se ha puesto así en tan poco tiempo?

—¡Ah! — contestó Mimi, — con la vida que llevo hace dos meses, nada tiene de extraño: todas las noches llorando, de día haciendo de modelo en los talleres sin lumbre, mala alimentación, la pena que no me dejaba; y después, no lo sabe usted todo aun: quise envenenarme con ácido clorhídrico; pero me salvaron, aunque por poco tiempo, como ve usted. Además yo no he tenido nunca una salud muy robusta; en fin, la culpa es mía: si hubiese permanecido tranquila al lado de Rodolfo, no me encontraría así. Pobre amigo mío, pensar que vuelvo á caer entre sus brazos... Pero no será por mucho tiempo, el último traje que me regalará será enteramente blanco, mi pobre Marcelo, y me enterrarán con él. ¡Ah! ; si usted supiera lo que sufro porque sé que voy á morir! Rodolfo sabe que estoy enferma; esta noche se ha quedado una hora sin poder hablar al ver mis brazos y mis hombros tan demacrados; ¡ay! ; no sabía reconocer á su Mimi!... Tampoco me reconoce mi espejo. ¡Ah! lo mismo da, he sido bonita y me ha amado mucho. ¡Ay, Dios mío! — exclamó hundiendo su rostro entre las manos de Marcelo, — mi pobre amigo, yo le voy á robar también á Rodolfo. ¡Ay, Dios mío! — Y los sollozos ahogaron su voz.

—Vamos, Mimi — dijo Marcelo, — no se descon-

suele así, ya curará usted; no necesitamos más que muchos cuidados y tranquilidad.

—¡Ah! no — observó Mimi, — se acabó todo, lo presiento. He perdido completamente las fuerzas; cuando vine ayer noche, empleé más de una hora en subir la escalera. Si hubiese encontrado una mujer, yo hubiera salido por la ventana. No obstante estaba libre, aunque no vivíamos juntos; pero, crea usted, Marcelo, que yo estaba bien segura de que él me amaba todavía. Por esto — dijo deshaciéndose en llanto, — por esto no quisiera morir tan pronto: pero no hay esperanza. ¡Ah! Dios no es justo puesto que no me da tiempo de hacer olvidar á Rodolfo el pesar que le he causado. Se ha dado cuenta del estado en que estoy. No he querido que se acostara á mi lado, porque me parece que tengo ya los gusanos alrededor de mi cuerpo. Hemos pasado la noche llorando y hablando de nuestro pasado. ¡Ah! ¡qué triste es, amigo mío, ver lejos de nosotros la dicha á cuyo lado hemos pasado tantos días sin verla! Siento un fuego dentro del pecho; y cuando muevo mis miembros, me parece que van á quebrarse. Oiga — dijo á Marcelo, — tráigame la falda. Voy á echar las cartas para saber si Rodolfo traerá dinero. ¡Quisiera hacer un buen almuerzo con ustedes! como en otro tiempo; esto no me haría daño; Dios ya no puede ponerme más enferma de lo que estoy. Ve usted — dijo á Marcelo enseñándole la baraja que acababa de mezclar, — salen espadas. Es el palo de la muerte. Ahora salen copas, — añadió con alegría. — Sí, tendremos dinero.

Marcelo no sabía qué decir ante el lúcido delirio de aquella criatura que tenía, como había dicho

ella misma ¡los gusanos de la tumba á su alrededor!

Al cabo de una hora, Rodolfo volvió. Venía acompañado de Schaunard y de Gustavo Colline. El músico vestía de verano. Había vendido sus prendas de paño para prestar dinero á Rodolfo, al saber que Mimi estaba enferma. Colline, por su parte, había vendido algunos libros. Hubiera preferido, según decía, vender un brazo ó una pierna antes que desprenderse de sus queridos libros de lance. Pero Schaunard le hizo observar que nadie hubiera comprado su brazo ni su pierna.

Mimi se esforzó en mostrarse alegre para recibir á sus antiguos amigos.

—No soy mala—les dijo,—y Rodolfo me ha perdonado. Si quiere tenerme consigo, me pondré unos zuecos y una cofia, lo mismo me da. Decididamente la seda no es buena para mi salud—añadió con tristísima sonrisa.

A propuesta de Marcelo, Rodolfo envió á buscar á un amigo suyo que había acabado recientemente la carrera de medicina. Era el mismo que algún tiempo antes había cuidado á la buena Paquita. Cuando llegó le dejaron sólo con Mimi.

Rodolfo, avisado de antemano por Marcelo, sabía ya el peligro que amenazaba á su amante. Cuando el médico hubo visitado á Mimi, dijo á Rodolfo:

—No puede usted tenerla en casa. A menos de ocurrir un milagro, está perdida. Hay que enviarla al hospital. Yo le daré una carta para la Piedad, conozco allí á un interno, y estará bien cuidada. Si ella puede llegar á la primavera, tal vez podamos sacarla de allí; pero si se queda aquí, dentro de ocho días ya habrá dejado de existir.

—Yo no me atreveré jamás á proponérselo—dijo Rodolfo.

—Se lo he dicho yo mismo—respondió el médico,—y ella consiente. Mañana le enviaré el boletín de admisión en la Piedad.

—Amigo mío—dijo Mimi á Rodolfo,—el médico tiene razón, vosotros no podríais cuidarme aquí. En el hospital tal vez logre curarme; así, pues, hay que conducirme á él. ¡Ah! ¿ves? tengo tantas ganas de vivir ahora, que consentiría en acabar mis días con una mano en el fuego y la otra entre las tuyas. Además, ya irás á verme. No has de darte pena; allí estaré bien cuidada, me lo ha asegurado ese joven. En el hospital dan gallina y encienden la estufa. Mientras yo me curaré, tú trabajarás para ganar dinero, y cuando esté ya curada, me vendré á vivir contigo. Ahora tengo muchas esperanzas. Tiempo atrás, cuando aún no te conocía, estuve también enferma y me salvaron. Sin embargo, entonces no era dichosa, y hubiera debido morir. Ahora que vuelvo á ser tuya y que podemos ser felices, me volverán á salvar, pues yo me defenderé con todas mis fuerzas de la enfermedad. Tomaré todas las cosas malas que me den y si la muerte me arrebatara, será á la fuerza. Dame el espejo, me parece que tengo mejor color. Si—dijo mirándose en el cristal,—recobro ya mi buena cara; y mis manos, ¿ves? son siempre bonitas; bésalas otra vez, y no será la última ¿oyes? pobre amigo mío—dijo abrazándose al cuello de Rodolfo y anegándole el semblante entre sus sueltas gudejas.

Antes de marchar al hospital, quiso que sus amigos bohemios se quedasen á pasar la velada con ella.—Hacedme reír—decía,—la alegría es mi

salud. Es aquel tipo de lechuza del vizconde, el que me ha puesto enferma. Quería enseñarme ortografía, figúrense ustedes; ¿para qué había de servirme? Y sus amigos ¡qué sociedad! Un verdadero corral, en el que el vizconde era el gallo. El mismo se señala la ropa blanca. Si alguna vez llega á casarse, estoy segura de que se hará los hijos él mismo.

Nada más desgarrador que la alegría casi póstuma de aquella desdichada muchacha. Todos los bohemios hacían penosos esfuerzos para disimular sus lágrimas y mantener la conversación en el tono de broma en que la había colocado la pobre niña, para quien el destino estaba hilando el hilo de su última vestimenta.

Al día siguiente, por la mañana, Rodolfo recibió el boletín del Hospital. Mimi no podía tenerse en pie; fué preciso que la bajaran al coche. Durante el trayecto, sufrió horriblemente por los vaivenes del simón. Pero aun en medio de aquellos sufrimientos, sobrevivía en ella la última cosa que muere con las mujeres, la coquetería; dos ó tres veces hizo detener el coche delante de los almacenes de novedades, para contemplar los escaparates.

Al entrar en la sala designada en su boletín, Mimi sintió un terrible sobresalto; una voz interior le decía que iba á terminar su vida entre aquellos muros apestosos y desolados. Y empleó toda su fuerza de voluntad en disimular la lúgubre impresión que le había helado la sangre.

Cuando estuvo acostada en la cama, besó á Rodolfo por última vez y le dijo adiós, recomendándole que fuera á verla el próximo domingo, que era día de entrada.

—¡Qué mal huele aquí—dijo.—Tráeme flores, violetas, que aun hay.

—Sí—dijo Rodolfo,—adiós, hasta el domingo.

Y corrió las cortinas de la cama. Pero al oír las pisadas de su amante que se alejaba, Mimi sintió un repentino acceso de fiebre, casi delirante. Abrió bruscamente las cortinas, y echándose á medias fuera de la cama, gritó con voz entrecortada por las lágrimas:

—¡Rodolfo, llévame! ¡Quiero marcharme!

La hermana corrió á su grito y trató de calmarla.

—¡Oh!—dijo Mimi.—Aquí me moriré.

El domingo siguiente, que era el día en que debía ir á ver á Mimi, Rodolfo se acordó que le había prometido violetas. Por una superstición poética y amorosa fué á pie, con un tiempo horrible, á buscar las flores que le había pedido su amiga, en aquellos bosques de Aulnay y de Fontenay donde había estado tantas veces con ella. Aquella naturaleza tan risueña, tan alegre, bajo el sol de los hermosos días de junio y de agosto, la encontró sombría y helada. Durante dos horas corrió los zarzales cubiertos de nieve, levantó los espesos matorrales con un bastón, y logró reunir algunos tallos, precisamente en una parte del bosque inmediata al estanque de Plessis, sitio que era su retiro favorito cuando iban al campo.

Mientras atravesaba la aldea de Chatillon para regresar á París, Rodolfo encontró en la plaza de la iglesia el acompañamiento de un bautizo, entre el que reconoció á un amigo que hacía de padrino con una artista de la Opera.

—¿Qué diablos vienes á hacer aquí?—le preguntó el amigo, sorprendido de ver á Rodolfo en aquel sitio.

El poeta le contó lo que le sucedía.

El joven, que conocía á Mimi, se sintió conmovido por la relación, y metiendo la mano en el bolsillo, sacó un cucurucho de confites del bautizo, y lo entregó á Rodolfo.

—¡Pobre Mimi! Déle usted esto de mi parte, y dígame que irá á verla.

Vaya usted pronto, en este caso, si quiere llegar á tiempo—le respondió Rodolfo al dejarle.

Cuando llegó al hospital, Mimi, que no podía moverse, le abrazó con la mirada.

—¡Ah! ¡ya están aquí mis flores!—exclamó con la sonrisa de un deseo satisfecho.

Rodolfo le contó su peregrinación por aquellos lugares campestres que habían sido el paraíso de sus amores.

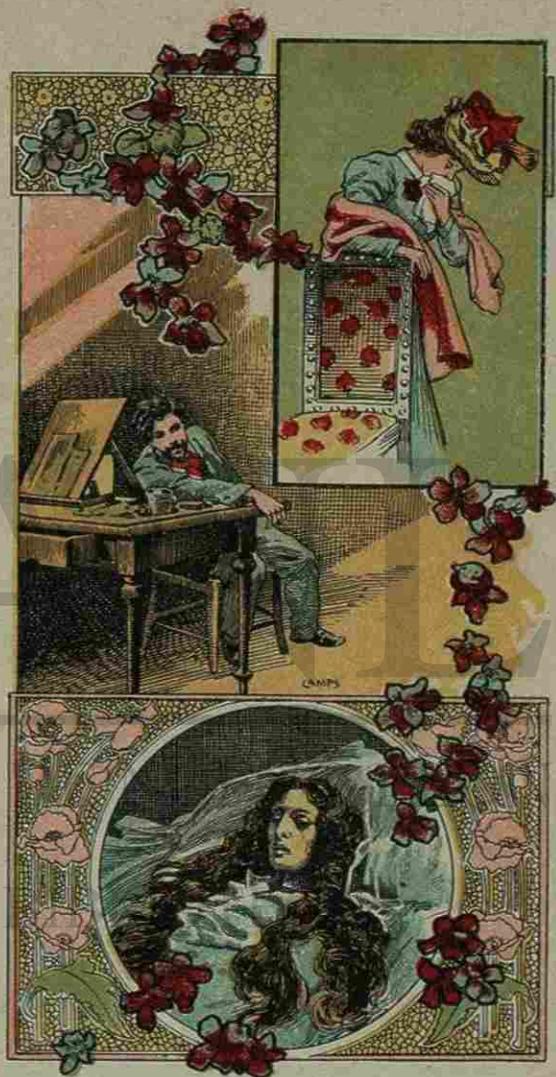
—¡Flores queridas!—dijo la pobre muchacha besando las violetas. Los confites la pusieron también muy contenta.—¡Es decir que no me han olvidado! ¡Qué buenos sois vosotros! ¡Ah! ¡Cuánto les quiero á tus amigos!—dijo á Rodolfo.

Aquella entrevista fué casi alegre. Schaunard y Colline hicieronle compañía con Rodolfo. Fué preciso que los enfermeros les mandaran salir, porque había pasado ya la hora de la visita.

—Adiós—dijo Mimi;—hasta el jueves sin falta, y venid pronto.

Al día siguiente, al volver á su casa por la noche, Rodolfo recibió una carta de un alumno de medicina, interno del hospital, á quien había recomendado la enferma. La carta sólo contenía estas palabras:

«Amigo mío, he de comunicar á usted una mala noticia: el número 8 ha fallecido. Esta mañana, al pasar por la sala, he hallado la cama vacía.»



Rodolfo se dejó caer en una silla sin derramar una sola lágrima. Cuando Marcelo volvió, encontró á su amigo en la misma actitud de embrutecimiento; con un signo, el poeta le enseñó la carta.

—¡Pobre muchacha!—dijo Marcelo.

—Es extraño—dijo Rodolfo,—no siento nada. ¿Murió acaso mi amor al saber que Mimi debía morir?

—¡Quién sabe!—murmuró el pintor.

La muerte de Mimi causó un duelo profundo en el cenáculo de la bohemia.

Ocho días después, Rodolfo encontró en la calle al interno que le había anunciado el fallecimiento de su amante.

—¡Ah! mi querido Rodolfo—dijo éste corriendo al encuentro del poeta,—perdóneme usted del mal que le hice con mi precipitación.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó sorprendido Rodolfo.

—¿Cómo?—replicó el interno,—¿no lo sabe usted? ¿no la ha vuelto á ver?

—¿A quién?—gritó Rodolfo.

—A ella, á Mimi.

—¿Qué?—dijo el poeta palideciendo.

—Que me equivoqué. Cuando le escribí aquella mala noticia, fui víctima de un error; voy á explicarle cómo. Yo estuve ausente del hospital durante dos días. Cuando volví, siguiendo la visita, hallé vacía la cama de su mujer. Pregunté á la hermana donde estaba la enferma y me respondió que había muerto durante la noche. Pero lo ocurrido era esto. Durante mi ausencia, Mimi había sido cambiada de sala y de cama. En el número 8 que acababa de dejar, instalaron á otra enferma que murió el mismo día. Esto explica el error

de que fui víctima. Al día siguiente del en que le escribí, encontré á Mimi en una sala vecina. La ausencia de usted la puso en un estado horrible; me dió una carta para usted, que llevé á su casa en aquel mismo momento.

—¡ Ah! ¡ Dios mío! —exclamó Rodolfo, —desde que creí muerta á Mimi, no he vuelto á mi casa. He ido á dormir aquí y allá con mis amigos. ¡ Mimi vive! ¡ Dios mío! ¡ Qué debe pensar de mi ausencia! ¡ Pobre niña! ¡ pobre niña! ¿Cómo está? ¿Cuándo la vió usted?

—Anteayer por la mañana, y no estaba mejor ni peor; se hallaba muy inquieta porque creía que usted estaría enfermo.

—Condúzcame usted á la Piedad al momento—dijo Rodolfo, —que yo la vea.

—Espere usted un momento—dijo el interno cuando llegaron á la puerta del hospital;—voy á pedir al director permiso para que pueda usted entrar.

Rodolfo esperó un cuarto de hora en el vestíbulo. Cuando el interno volvió, le tomó la mano y le dijo únicamente estas palabras:

—Amigo mío, hágase cargo de que la carta que le escribí hace ocho días era cierta.

—¡ Cómo! —dijo Rodolfo apoyándose en un pilar.—Mimi...

—Esta madrugada, á las cuatro.

—Lléveme al anfiteatro—dijo Rodolfo, —¡ que yo la vea!

—Ya no está allí—dijo el interno. Y señalando al poeta un gran furgón que estaba en el patio, parado delante de un pabellón sobre cuya puerta se leía: *Anfiteatro*, añadió:—Está allí.

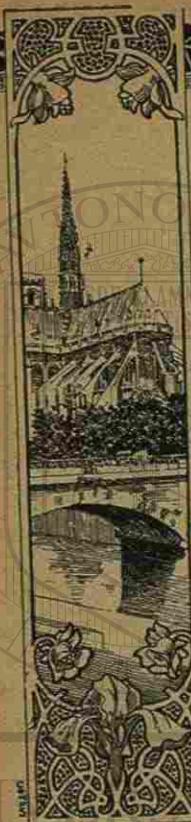
Era, efectivamente, el coche que sirve para el

transporte de los cadáveres que no han sido reclamados, á la fosa común.

—Adiós—dijo Rodolfo al interno.

—¿Quiere usted que le acompañe?—le propuso éste.

—No—repuso Rodolfo marchándose.—Tengo necesidad de estar solo.



XXIII

LA JUVENTUD NO VUELVE

Un año después de la muerte de Mimi, Rodolfo y Marcelo, que no se habían separado nunca, inauguraban con una fiesta su ingreso en el mundo oficial. Marcelo, que pudo penetrar por fin en el Salón, había expuesto dos cuadros, uno de los cuales fué comprado por un rico inglés que había sido por algún tiempo amante de Musette. Con el producto de aquella venta y el de un encargo del gobierno, Marcelo liquidó en parte las deudas de su pasado. Había amueblado á sus expensas un piso decoroso, y tenía un taller puesto con mucha seriedad. Casi al propio tiempo, Schaunard y Rodolfo se daban á conocer al público, que es quien da fama y fortuna, el uno con un álbum de melodías que se cantaron en todos los conciertos, y que fué la base de su reputación; y el otro con un libro que ocupó á la crítica durante un mes. En cuanto á Barbemuche hacía tiempo que había renunciado

á la bohemia; y Gustavo Colline había heredado, contrayendo luego un ventajoso matrimonio, que le permitía dar veladas de música y pasteles.

Una noche, Rodolfo, sentado en *su* sillón, con los pies en *su* alfombra, vió entrar á Marcelo que mostraba cierta agitación.

—¿No sabes lo que me acaba de pasar?—dijo.

—No—respondió el poeta.—Sólo sé que ayer estuve en tu casa, que estabas en ella, y que no me quisiste abrir.

—Sí, ya te vi. Adivina con quién estaba...

—¿Qué sé yo?

—Con Musette, que ayer noche se presentó en mi casa como llovida del cielo.

—¡Musette! ¿Has vuelto á ver á Musette?—exclamó Rodolfo con acento pesaroso.

—No te inquietes, no es que hayamos vuelto á reanudar las hostilidades; Musette vino á mi casa á pasar su última noche de bohemia.

—¿Cómo?

—Se casa.

—¡Ah!—exclamó Rodolfo.—¿Y contra quién?

—Contra un administrador de correos que era el tutor de su último amante; un pillín, según parece. Musette le dijo: «Señor mío, antes de darle definitivamente mi mano y de ir á la alcaldía, quiero ocho días de libertad. He de arreglar mis asuntos, y quiero beber mi última copa de champaña, bailar mi última polka, y abrazar á mi amante Marcelo, que se ha vuelto todo un señor como los demás, según parece». Y durante ocho días, la simpática criatura me ha estado buscando, hasta que por fin compareció en casa en el momento preciso que estaba pensando en ella. ¡Ay! amigo mío, en suma, hemos pasado una noche

muy triste, no parecíamos nosotros absolutamente, pero absolutamente. ¡Eramos como una mala copia de una obra maestra! A propósito de esta última despedida he compuesto una corta lamentación que voy á gimotearte, si me lo permites. Y Marcelo se puso á cantar las coplas siguientes:

Volvió ayer la golondrina
De mi techo compañera
Mostrando que se avecina
La florida primavera.
Al mirarla, solitario,
Me acordaba, con dolor,
Que era el vivo calendario
De nuestro dichoso amor.

Tu memoria no está muerta,
No está muerta mi pasión,
Pues si llamas á mi puerta
Te abrirá mi corazón.
Ya que tiembla á tu conjuro
Musa de infidelidad!
Ven, comamos el pan duro
Bendito por la amistad.

Nuestros muebles, confidentes
De nuestro antiguo embeleso
Parece que sonrientes
Esperan ya tu regreso.
Ven y verás todo el mal
Que tu huida les causó;
Son la cama y el cristal
Donde tu labio bebió.

Te pondrás tu vestido
De fiesta, mi bella niña,
Y el domingo tempranito
Saldremos á la campiña.
Y allí, bajo el emparrado
Volveremos á libar
El vinillo regalado
Que alegraba tu cantar.

Musette al fin me hizo caso,
Y pasado el carnaval,
Vino, cual ave de paso,
A su ex nido conyugal.

Mas al besar á mi bella
Mi pecho no palpité;
Y Musette, que ya no era ella,
Dijo que yo no era yo.

Adiós, deja este santuario
Que es ya sólo un ataúd
Donde yace el calendario
Que vió nuestra juventud.
Sólo hojeando en la memoria
Podamos tal vez hallar
Un recuerdo de la gloria
Que ya no hemos de gozar.

—¿Qué tal?—dijo Marcelo cuando hubo acabado—¿estás más tranquilo ahora? Mi amor por Musette está bien muerto, puesto que no falta ni siquiera el epitafio,—añadió irónicamente, mostrando el manuscrito de su canción.

—¡Pobre amigo mío!—dijo Rodolfo,—tu espíritu se bate en duelo con tu corazón; ¡cuidado que no lo mate!

—No hay peligro—respondió el pintor;—estamos listos, mi viejo amigo, y muertos y enterrados. ¡La juventud no vuelve! ¿Dónde comes esta tarde?

—Si quieres—dijo Rodolfo—iremos á comer por doce sueldos en nuestro antiguo restaurant de la calle del Horno, donde sirven en *fayence* de á cinco céntimos la pieza, y donde nos quedábamos con tanto apetito cuando habíamos acabado de comer.

—Por vida mía que no voy—replicó Marcelo.—Consiento en contemplar el pasado, pero á través de una botella de verdadero vino, y sentado en una buena butaca. ¿Qué quieres? Me he corrompido. ¡Ya no me gusta mas que lo bueno!



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

